

# PUNTO DE VISTA

Revista de Cultura

Nº 23, Abril de 1985

\$a 500

**CONO SUR:  
después de las dictaduras**

**HISTORIA:  
el revisionismo argentino**

**MODERNIDAD:  
el significado de Kant**

**La sexualidad en Occidente;  
la escuela de los Annales;  
imagen de una generación.**



Ilustraciones  
Guillermo Kuitca



## **Ediciones de la Flor s.r.l.**

**Anchoris 27 - Tel. 23 - 5529  
1280 Buenos Aires, República Argentina**

### **LOS LIBROS DE LA FLOR**

**Arturo y yo.**

Arturo Carrera

**De profesión periodista.**

Silvia Rudni

**El mago y otros poemas.**

Daniel Samoilovich

**El solicitante**

**descolocado.**

Leónidas Lamborghini

**El teatro de la muerte.**

Tadeusz Kantor

**El cine: cara y ceca.**

Simón Feldman

**Memorias de un librero.**

Héctor Yánover

**Sentimientos completos.**

César Fernández

Moreno

**Teatro (tomo I).**

Griselda Gambaro

**y el mejor humor gráfico  
(del mundo, claro)**

**Ediciones de la Flor  
Anchoris 27 / 1280 BA  
Tel.: 23-5529**

# **PUNTO DE VISTA**

**AÑO VII, NUMERO 23  
Abril 1985**

**Consejo de dirección:**

Carlos Altamirano

José Aricó

María Teresa Gramuglio

Juan Carlos Portantiero

Hilda Sabato

Beatriz Sarlo

Hugo Vezzetti

**Directora:**

Beatriz Sarlo

**Diagramación:**

Carlos Boccardo

---

**Suscripciones:**

Suscripción en la Argentina: un año: \$a 2.000

Suscripción en el exterior: seis números por correo aéreo: U\$S 25

---

Los dibujos que ilustran este número pertenecen a GUILLERMO KUITCA.

---

**Punto de Vista** recibe toda su correspondencia, cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49 (B), Buenos Aires, Argentina, Teléfono: 47-5082.

---

**Punto de Vista** fue compuesta en Estudio Century, 48-0166. Películas: Carlos Tirabassi, 921-1723. Impresa en los Talleres Gráficos Litodar, Viel 1444, Buenos Aires. Hecho el depósito que marca la ley. Registro de propiedad intelectual en trámite.

## LA DEMOCRACIA EN AMERICA LATINA

**M**il novecientos ochenta y cuatro. Veinte años atrás, en América Latina se derrumbaba el gobierno electo del Brasil. Esta caída inició una serie de golpes militares en el continente. Poco a poco, como en un juego de dominó, fueron cayendo un gobierno tras otro: el de Illia, en la Argentina, el de Belaúnde, en el Perú, el de Uruguay, el de Bolivia, hasta que —suprema humillación para el régimen que era la quintaesencia de la democracia latinoamericana— ocurrió la tragedia de Allende, en 1973.

Todo el Cono Sur se transformaba en un enorme Paraguay (donde Stroessner hoy conmemora más de treinta años de dictadura militar).

A partir de ese momento, la literatura especializada en sociología política fue pródiga en la descripción de los regímenes militares y en el vaticinio sobre su perdurabilidad. Hubo, sin duda, aciertos razonables en el análisis. Dos fueron los debates que apasionaron: la relación entre desarrollo económico y dictadura militar y la propia naturaleza política de los regímenes recién instalados.

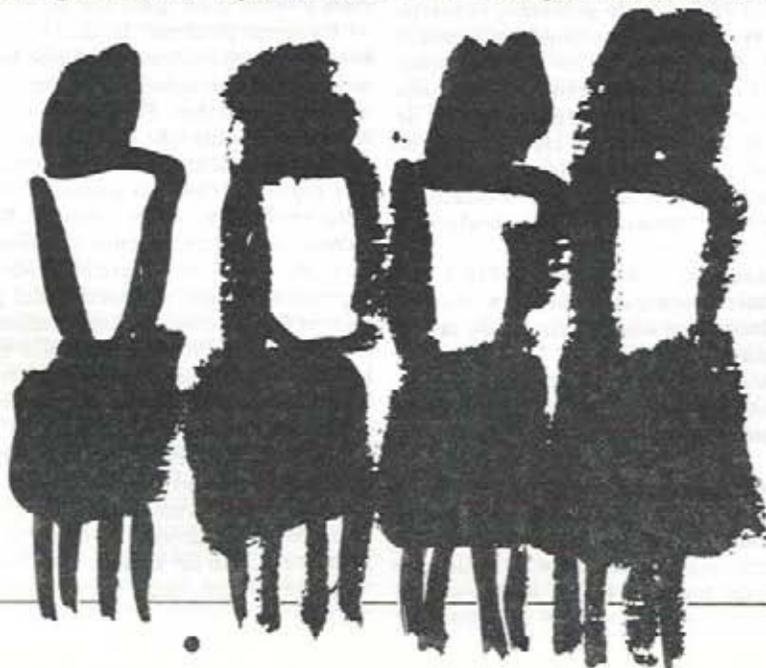
En este último aspecto, hubo considerables avances en el análisis. La sorpresa de los primeros golpes unificó las perplejidades: caudillos militares otra vez, fue la primera reacción de los analistas para calificar las dictaduras. Stroessner habría vengado al Paraguay derrotado por la guerra de la Triple Alianza (Argentina, Brasil y Uruguay) imponiendo, un siglo más tarde, y a sus vencedores de ayer, el modelo de dominación personalístico-militar. El engaño duró poco. Si era correcto ver en Onganía la figura del jefe personalista y si en el Brasil un mariscal como Castello Branco —entre los muchos que tenemos— dejara su marca

en el nuevo régimen, los uruguayos mantuvieron la apariencia civil del régimen y los brasileños, a pesar de los jefes, estaban antes subordinados a las Fuerzas Armadas como corporación, que a los caprichos de un hombre.

En la sinuosa historia política de Latinoamérica —y voy a referirme más al sur del continente que al resto— otro fenómeno renacía de las cenizas del caudillismo, tal vez menos maléfico en lo que hace a sus apariencias, pero más persistente en sus efectos: la burocratización de las Fuerzas Armadas sirviendo de columna vertebral para el autoritarismo del Estado.

Curioso proceso éste. Más curioso todavía porque nació bajo el incentivo de otros dos fenómenos —que acabaron por corresponderse recíprocamente— y que no tienen orígenes estrictamente burocrático-autoritarios: el de la profesionalización de las Fuerzas Armadas y el de la guerrilla revolucionaria. Ambos, por cierto, actuaron así por efecto del conflicto Este-Oeste, reflejando con atraso el calor de la "guerra fría".

De hecho, si el golpe de 1964 en el Brasil se hizo "en nombre de la democracia", en la lucha contra el populismo y el izquierdismo, que proponían reformas de base en las estructuras sociales y eran acusados de violar la Constitución, también se hizo apoyado en el sector del ejército que, influido por los ideales democrático-liberales reactivados en la lucha contra el nazi-fascismo italiano durante la Segunda Guerra Mundial, se había vuelto, igualmente, el más "profesionalizante". Esto era tan así que, en el famoso libro de Alfred Stepan, *The Military in Politics*, aún se esperaba de los militares profesionales aquello que Samuel Huntington considerara su misión: ayudar a la institu-



cionalización de la vida estatal y política.

Sutil engaño. Las proclamadas intenciones "liberales" e "institucionalizadoras" no eran suficientes para orientar el camino del nuevo militarismo. Atormentados por la eventualidad de la guerra revolucionaria de las místicas guerrillas del "Che" —la imaginación militar-oscuroantista operaba una verdadera multiplicación de los panes, haciéndoles sentir los uno, dos, tres, muchos Vietnams por todos lados—, acentuaron la represión, valorizaron el orden y, si algo institucionalizaron, fue el espíritu corporativo. Descaradamente ocuparon las instituciones estatales e hicieron del suelo de la burocracia un campo propio de maniobras.

Así nacían, bajo el incentivo del miedo —por todas partes sentían la amenaza del comunismo— los regímenes de terror. La amenaza no era inexistente. Los tupamaros, los montoneros, los guerrilleros de las ciudades (más que los del campo) vivían su saga, pagando con sangre el tributo a la posibilidad, que creían existente, de fundar en la tierra el paraíso sin males de la igualdad social. Pero entre el visionarismo armado de unos y la bestialidad de la represión estatal de los otros, la distancia era enorme. La tortura ganó la batalla política de los quijotes modernos. E intentó hacer de las sociedades, Sanchos Panzas del orden, casi sin progreso.

Pero, ¿cuál era este orden?

Y fue en este punto cuando hubo un avance teórico significativo. Los nuevos regímenes, de base militar, eran —en la consagrada expresión de Guillermo O'Donnell— burocrático-autoritarios.

No se trataba más —para el caso brasileño yo lo había observado en los años '60— del caudillismo tradicional. Inclusive Pinochet, que vino después, expresaba y estaba sometido a un encuadramiento de la Corporación Armada. El dictador podía, como en el Brasil, disfrazarse de presidente electo por el Congreso; los partidos, redefinidos por el nuevo orden, funcionarían, y el Congreso refrendaría la elección del presidente.

Por cierto, la ambigüedad entre la forma democrática y la sustancia autoritaria asegurada por la tropa y por la rigidez de los controles estatales, desaparecería en la Argentina porque allí la Junta Militar —los jefes de las tres armas— silenció todo. Uruguay tuvo alternativamente un colegiado civil y un presidente civil. Perú, en apariencia, se militarizó más aún: las Fuerzas Armadas asumieron la revolución y la quisieron progresista. Y en Bolivia funcionaba un permanente juego de idas y vueltas entre personalismo caudillesco, control corporativo del ejército y generales democratizantes.

Sin embargo, a pesar de la forma de gobierno, el sustrato común era claro: en vez de la libre competencia por el poder entre partidos, el rígido control de los comandos burocráticos militares; a la ideología izquierdista-progresista que era movilizadora, se contraponía la rígida noción de que más vale la apatía de las masas y la clarividencia de los líderes fortificados en el Estado; a la ideología democrático-liberal, se oponía la noción de un cierto estatismo dirigista, basado en planes de desarrollo y aspirando a la grandeza de la patria.

Regímenes desmovilizadores, por lo tanto. Fríos con respecto a la convocatoria ideológica, aun para motivar a los que los apoyan. Represivos hasta el límite de la tortura. Controladores hasta la supresión de la libertad de prensa y de información. Híbridos, muchas veces, dudando entre la profesionalización de la tropa y la ocupación abierta y descarada de sinecuras y cargos públicos por los militares.

Estos regímenes estuvieron más próximos a la situación española posmovimiento propiamente fascista o a la portuguesa del salazarismo, que al fascismo italiano o alemán, que había sido más civil, más movilizador y ávido por el control partidario. En la América Latina de los milita-

res en el poder, los partidos son antes ornamentos del régimen que piezas de sustentación. Cuando existen, viven al margen del poder, sedientos por él, subordinados, casi siempre, a los verdaderos amos y señores.

Pero éstos ¿quiénes serían?

Y es en este punto que paso a hablar sobre la relación entre dictadura militar y desarrollo económico.

Al comienzo, como los golpes se opusieron al progresismo latinoamericano (fuese éste populista, como en el caso de Goulart, desarrollista, como en el caso de Illia, popular-desarrollista, como con los peronistas o con Belaúnde, popular-socialista, como en el caso de Allende), se imaginó que habían ocurrido para "impedir el desarrollo nacional". No pocos autores vieron en el militarismo la marca del colonial-fascismo. La dependencia económica hacía renacer el fantasma del retorno a la agricultura y a la exportación; de la muerte de la industrialización; de la minimización de la idea de Estado-nación y de política externa independiente.

Fui parte de los que se opusieron, en la época, a esta tesis para analizar el caso brasileño. No era que los militares propusiesen incentivos al "popular desarrollismo". Pero sucedía lo que llamé "internacionalización del mercado interno". Más directamente: las corporaciones multinacionales, desde mediados de los años '50, pero aceleradamente entre 1965/1975, invirtieron fuertemente en algunos países de la región, especialmente Brasil. Quisiesen o no, los militares, en este caso, fueron la garantía de la internacionalización de la economía y con su represión ayudaron a contener los ímpetus redistribucionistas, facilitando la acumulación de capitales y el crecimiento económico.

Entendámonos bien. No fue la acción de los militares la que llevó a la inversión de capitales y al desarrollo de la base productiva de los países. Fue la acción de las grandes empresas. Ni siquiera hubo (con excepción de Perú, en modestísima escala) un esfuerzo para dotar al Estado-nación de una capacidad autónoma de producción. Al contrario, se aceptó la ideología predominante de asociación creciente entre el sector privado nacional, el sector estatal y las multinacionales, los cuales constituyeron, en conjunto, el "trípode del desarrollo".

Si bien es cierto que en algunos países —especialmente aquellos que se militarizaron en la década del '70, como Argentina y Chile— la "nueva derecha" y la "nueva economía" ya actuaban reforzando la división internacional del trabajo que mantendría la diferencia entre países industrializados y agroexportadores, los regímenes militares no pregonaban el "inmovilismo económico", como se anunciara y temiera en la década del '60.

En otras palabras: la dinámica de la economía, aun en los países dependientes, no obedece a las ideologías. Estas se mezclan con aquella, la redefinen, a veces le dan mayor o menor velocidad. Pero la dinámica de la economía no se reduce al discurso de los que mandan. En Argentina y Chile hubo, ciertamente, una desaceleración del crecimiento, sin que dejase de existir la internacionalización de la economía. Pero en Perú y, sobre todo, en Brasil, los militares convivieron con el crecimiento económico, bajo la forma de lo que yo llamé de "desarrollo dependiente-asociado". Se expandía la base productiva del país, se incentivaban las *joint-ventures* con las corporaciones multinacionales y se aceptaba el estilo de desarrollo que unía umbilicalmente las economías locales a las exteriores.

En este sentido, el punto importante a señalar es que la militarización del poder jugó un papel menor del que se imaginaba. El análisis comparativo de las políticas económicas entre países con regímenes militares y de éstos con las democracias remanentes en el continente muestra que el estilo de desarrollo se debió menos a la forma del régimen que al tipo de Estado.

¿Qué quiero decir con esto? Solamente que, si bien

es verdad que los regímenes se militarizaron, el nuevo poder no alteró las bases de dominación social. El Estado, en tanto síntesis de las relaciones de dominación, continuó respondiendo a las clases y no, *strictu sensu*, al estamento burocrático-militar. Así, la respuesta a la pregunta "quién manda", es sólo parcialmente "los militares". Mandan, sí; controlan el Estado; pero no definen las políticas centrales del gobierno a través de este mandar y controlar.

De aquí se deriva como consecuencia inmediata la inexistencia de un "partido militar" o de un partido reaccionario estructurado. Concluido el golpe, eliminadas del gobierno las fuerzas políticas consideradas objetivos preferenciales (progresistas, izquierdistas, nacionalistas y demócratas populares), los militares llaman al gobierno a los conservadores liberales y a los tecnócratas, o son cercados por ellos. Y, paradójicamente, con respecto a la política económica, se comportan como si fuesen reinas de Inglaterra: asisten a la "liberalización de la economía", a veces con escolafros nacionalistas, y terminan por asumir, en la práctica, la posición de que "lo que es bueno para la General Motors es bueno para el país".

Este aspecto híbrido de los regímenes militares desconcertó a muchos analistas. Por un lado la represión, la voluntad de ordenar todo para imprimir la marca de una disciplina, capaz de soportar los avances de la reivindicación social, en una sociedad que ellos consideran anárquica o, al menos, amorfa. Por otro lado, una conducción político-económica orientada por las viejas ideas de *laissez-faire*, pero que, poco a poco, se transfigura en dirigismo e intervencionismo estatal para asegurar el crecimiento a partir de las grandes empresas oligopólicas. Y al margen de todo eso, en la voz de los conservadores, el eco del liberalismo político intentando contraponerse simultáneamente al corporativismo militar-estatal y a los rasgos más abiertamente fascistas que algunos sectores de la sociedad y de las Fuerzas Armadas nunca dejan de proponer.

No deseo discutir aquí estos aspectos contradictorios de la ideología de los regímenes burocrático-autoritarios. Prefiero sujetarme a las consecuencias efectivas de la relación entre este tipo de régimen y la sociedad que fue creada por el desarrollo dependiente asociado.

Obviamente, corresponde hacer una distinción entre los países. En el extremo sur del continente (Argentina, Chile y Uruguay) las políticas internacionalizadoras de la economía operan sobre una base social y productiva que desde el siglo pasado había estado marcada por dos características principales: exitosas economías primario-exportadoras y fuerte capacidad integradora de la sociedad. Son países que transplantaron poblaciones europeas para América Latina, que diezmaron o concentraron regionalmente a las poblaciones indígenas preexistentes y que, alentados por la antigua división internacional del trabajo, se especializaron en la complementación de la economía de Europa. Socialmente, fue el capitalismo de viejo estilo el que echó raíces en este tipo de sociedad. Las clases se formaron a la europea, con una burguesía competitiva, una pequeña burguesía inmigrante, y una masa de trabajadores asalariados, tanto en el campo como en la ciudad, que no sufría la competencia de ex esclavos, indígenas desarraigados, o bolsones de miserables y marginales.

En estos países, de hecho, los golpes militares destruyeron instituciones democráticas: partidos arraigados en la población y con larga historia, parlamentos respetados por la ciudadanía y, en una palabra, una "sociedad civil" relativamente activa. Encontraron estructuras estatales sólidas, con amplia capacidad de coordinación económica, pero sin una burocracia aislada de los partidos. Por lo tanto, los militares tuvieron que reprimir la sociedad encontrando terreno menos fértil en la burocracia y en el esti-

lo de desarrollo económico (menos pautado por la presencia de las grandes corporaciones oligopólicas internacionales) para servir de trampolín al "salto hacia adelante" de las ideologías de grandeza nacional.

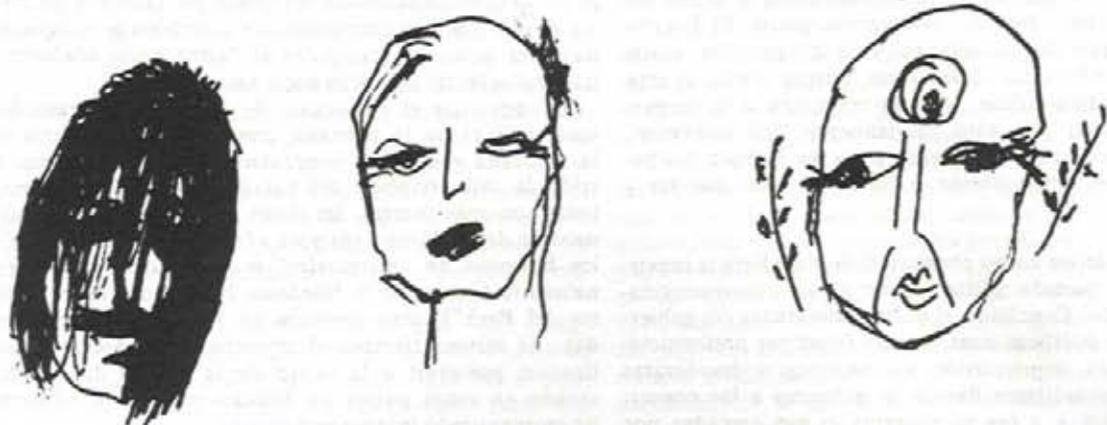
Es diferente el panorama de la sociedad brasileña, al igual que el de la peruana, como también lo sería el de la mejicana y el de la venezolana si en ellas hubiese ocurrido la militarización del Estado. Los rasgos patrimonialistas son más fuertes, las clases menos nítidas a la luz del modelo de la Europa anterior a la Segunda Guerra Mundial, los bolsones de "marginales" muy grandes no sólo regionalmente (como en el Nordeste brasileño o en el "altiplano del Perú"), sino también en las áreas más desarrolladas. Al mismo tiempo, el impacto de la nueva industrialización posterior a la mitad de la década del '50 había creado en estos países un Estado-empresarial moderno y un empresariado internacionalizado.

Con la estructura social y productiva de estos países ocurrió algo parecido a un gran corte histórico. Pasaron de la economía agroexportadora y de los bolsones de la economía de subsistencia que sofocaban el parque industrial relativamente modesto, orientado hacia el mercado interno y sustentado por las "políticas de sustitución de importaciones" al estilo de desarrollo basado en las grandes corporaciones privadas y estatales funcionando en el marco de la actual internacionalización del proceso productivo. Paralelamente, el antiguo patrimonialismo se recompuso en el sector productivo estatal, la burocracia se modernizó, sin perder fuerza, las clases trabajadoras urbanas y las clases medias modernas (cuyos miembros son empleados de las grandes corporaciones privadas y públicas, o ejercen profesiones de base técnica y en el sector terciario moderno —educación, salud, comunicación social, administración, etc.) pasaron a vivir al compás de las "sociedades de masa". Y aun al campo —donde segmentos de la antigua estructura social permanecen casi inalterados— llegan los efectos de la capitalización y de la modernización de la sociedad.

Se observa de este modo que, si en cualquiera de los casos aquí mencionados, el régimen burocrático-militar, en el aspecto político, fue semejante, por lo menos en relación con las ideologías, a la forma del régimen y a la voracidad represiva (aunque con grados diferentes en cada país, de acuerdo con la diversa resistencia de las clases y de su ímpetu de lucha), muy distintas fueron las consecuencias de las políticas económicas adoptadas, así como los efectos del impacto del crecimiento económico dependiente-asociado sobre la sociedad.

En efecto, en Chile y Uruguay la "nueva economía" no hizo otra cosa que disminuir el ímpetu del crecimiento, privatizar sectores de la actividad económica y social sin dotarlos de recursos de expansión, mantener o ampliar el desempleo y transformar en una caricatura la inserción de las economías locales en la nueva división internacional del trabajo. En Argentina, del mismo modo, se desorganizó la base productiva afirmada en el viejo capitalismo competitivo y, si hubo progreso en las exportaciones (como también ocurrió eventualmente en Chile) se debió apenas a los incentivos que, en el antiguo orden económico, habrían beneficiado a algunos sectores con los aires de la prosperidad: la exportación agrícola para un mundo —en este caso el soviético, principalmente— hambriento de granos nobles y baratos. En cuanto al resto, fue sólo desbarajuste: especulación financiera, evasión de divisas y retracción, inclusive en términos absolutos, de la base productiva y de la clase trabajadora.

En este caso —el argentino— si con los militares en el poder se esperaba la gran transformación que, acumulando capitales, profundizaría la división del trabajo y lanzaría el país hacia una "etapa superior" de desarrollo económico, sólo se obtuvo inmovilismo y desacierto. Contrariando los análisis de los argentinos que esperaban que



allí ocurriese otro "milagro económico" como en el Brasil, los hechos parecían darles la razón a los sociólogos y economistas brasileños si, en lugar de haber hablado de "agrarización" de la economía de su propia tierra, se hubiesen referido a la Argentina...

Fue diferente el impacto de las políticas económicas de los regímenes militares del Perú y Brasil, dado que en estos países no ocurrió una adhesión a la histeria friedmaniana. Por el contrario, los núcleos de racionalidad desarrollista, apoyados en el sector productivo estatal y en la dinámica de la empresa privada, paralizaron los efectos de las propuestas ortodoxas. Si de tanto en tanto, especialmente en el caso brasileño, la retórica era de este tipo, en la práctica los gobiernos no dejaron de apoyar al sector público, de mantener una activa política de expansión y de promover, desordenadamente, asociaciones —como ya dije— entre capitales locales, estatales e internacionales.

Sólo recientemente, bajo la presión de la crisis mundial, del endeudamiento extraordinario de la economía y de la política monetaria de Reagan, intentando contornear el déficit público a través del aumento y la fluctuación de la tasa de intereses, Brasil renunció a decir una cosa, en el lenguaje de la ortodoxia económica, y a practicar otra, en el más puro desarrollismo al estilo latinoamericano.

Está claro, por lo tanto, que no fueron propiamente los militares o los regímenes burocrático-autoritarios los que definieron las economías. Del mismo modo, no se puede atribuir la emergencia de las dictaduras a la discutible "necesidad histórica" que impondrían las etapas del crecimiento económico. Tampoco cabe imaginar que en sociedades estructural e históricamente diversas como las que estoy analizando, políticas e ideologías más o menos semejantes tengan efectos homogéneos.

A su vez, estas diferencias no explican, aunque matizan, el modo del renacimiento del ideal y las prácticas democráticas en América Latina. A esta altura de la exposición me gustaría reconsiderar los caminos y el significado de la nueva onda de la democracia en el continente.

### La onda democrática

Poco tiempo atrás, era signo de sensatez el vaticinar la estabilidad y durabilidad de los gobiernos militares; predomina ahora la tendencia opuesta. La democratización se ve por todas partes. Conviene preguntarse hasta qué punto esto es real y qué significa la democracia en países de la periferia del sistema capitalista mundial que, bien o mal, se industrializaron y modernizaron.

Con respecto a la tendencia democratizadora es preciso verla *cum grano salis*. Ella existe, y es general, al nivel de la sociedad. Encuentra resistencia, y en algunos países resistencia victoriosa, al nivel del Estado.

De hecho, paradójicamente, el conservadurismo desarrollista sustentado por algunos gobiernos militares y el ca-

rácter híbrido del autoritarismo antipartidario acabaron creando condiciones sociales adversas a la duración de los regímenes de excepción.

En algunos casos, como vemos particularmente en el Brasil, la nueva sociedad —de masas, abierta a la influencia del cosmopolitismo cultural, sincopada al ritmo de la televisión y los *mass media*— se transformó en una sociedad reivindicante, inmediatamente después de que los regímenes se liberalizaron. En otros casos, igualmente bajo la bota militar —como en Chile y Uruguay—, la propia internacionalización del sistema productivo y la incompleta fascitización del poder, mantuvieron y hasta expandieron los núcleos de la sociedad civil que resistían al autoritarismo. Más aún, en los países en que existe la presencia activa de las "nuevas clases" (el empresariado internacionalizado, los sectores medios modernos y las conducciones obreras), se hizo difícil que el ímpetu represivo (en general emanado de los círculos militares y administrativos vinculados a los servicios del cuidado del orden y el control de las informaciones) durase más que los momentos de conflicto político-social abierto o que se dirigiese indiscriminadamente a toda la sociedad en lugar de restringirse a los sectores llamados "subversivos".

La propia dinámica de la economía internacionalizada lleva a la apertura de horizontes. Hombres de negocios, técnicos, asesores, universitarios y estudiantes van y vienen por todo el mundo al ritmo de la expansión de la producción, las inversiones externas y el comercio. No se atienen al horizonte cultural estrecho que, en los peores momentos, el militarismo intenta imponer al país.

La resistencia democrática, hasta que ocurre la liberalización del régimen, convive con el autoritarismo. Esta resistencia sienta raíces más en el plano social que en el político. Y más en el plano de la propia lucha burocrática que en el de los partidos, proscriptos o disminuidos. Salvando las distancias en relación con la diversidad de situaciones en cada país y en cada momento, es innegable que la Iglesia Católica, por un lado; la pequeña prensa que escapa a los controles de los medios de comunicación, por otro; los gremios de profesionales (abogados y escritores, sobre todo); las universidades y algunas organizaciones científicas, así como sectores sindicales, acabaron por tomar en sus manos, con fuerza, la cuestión de los derechos humanos y, más tarde, la de la redemocratización.

Es cierto que la política de defensa de los derechos humanos del gobierno Carter contribuyó a legitimar estas luchas. Y no cabe duda de que la conducción desastrosa de la guerra de las Malvinas fue el principal fenómeno que precipitó el retorno a la democracia en Argentina. No obstante, los "factores externos" únicamente redefinieron y acentuaron un proceso de lucha democrática que ya estaba presente en las sociedades latinoamericanas. Es en este caminar hacia la redemocratización cuando, creo, surgieron nuevas prácticas y emergieron nuevas ideas.

Con respecto a las nuevas prácticas, lo que llama más



la atención al observador que conoce la dinámica de las sociedades latinoamericanas (y ellas ocurren también en países que no fueron víctimas de regímenes militares) es la presencia de los "movimientos sociales" en el lugar preferencial de la política. En obvio que la movilización de masas, las huelgas, la protesta urbana y rural, no son fenómenos nuevos en estas sociedades. Lo que es nuevo es su repercusión en la percepción de los actores políticos, así como el entrelazamiento entre ellos, los partidos y el Estado, sobre lo cual hablaré más adelante.

Entendámonos bien. En la resistencia al autoritarismo, inicialmente, los movimientos sociales no estaban al frente. La resistencia se dio a partir de los sectores progresistas de la "clase media": obispos y curas, profesores y periodistas, familiares de presos políticos. Antes que nada era una acción de ejemplaridad, de pocos, y en general realizada por personalidades que por su eminencia social o cultural estaban más protegidas de la represión. Pero lo que convirtió a los regímenes militares en más vulnerables fue la acción conjunta de los efectos liberalizadores desencadenados por estas luchas con la reivindicación social más amplia.

Por esto, en la dinámica política, antes de ocurrir avances propiamente redemocratizadores (elecciones libres, regionales o nacionales, limitación de los efectos de las leyes represivas, amnistías, reconocimiento de la vida partidaria, etc.) hubo la creación de un clima de disminución del miedo a la represión y de garantía para las libertades civiles (*habeas corpus*, libertad de prensa, etc.).

Hasta tal punto esta adquisición paulatina de espacios de libertad valió como fuerza política, que en teorización reciente sobre el modelo de la transición hacia la democracia, O'Donnell y Philippe Schmitter, la hacen reposar principalmente en el conflicto *interno al régimen*, entre "duros" y "blandos", definidos los últimos como los que están por la liberación política. Poco a poco, en la creencia de estos autores, se pasaría a la efectiva redemocratización. Y es tal el cuidado para evitar que en el camino se pierda la oportunidad de un horizonte democrático, y son tan delicadas e inestables las fuerzas realmente redemocratizadoras en juego que, para ellos:

"Los hechos nos inspiran la conclusión —establecida más arriba como una preferencia normativa— de que dichos países tienen como único acceso a la democracia política una vía pacífica y negociada, basada en una liberalización inicial y en la introducción de instituciones para competir electoralmente, representar intereses y rendir cuentas de la gestión, con los costos, renuncias de oportunidades alternativas e incertezas que tal camino supone."<sup>1</sup> (Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter, *Political life after authoritarian rule: tentative conclusions about uncertain positions*, p. 94.)

No suscribo totalmente esta afirmación, como ya veremos. Pero es innegable que la contención de las prácticas

represivas y la aceptación de la liberalización del régimen por parte de sectores de las Fuerzas Armadas y del gobierno fue y es condición importante para la superación del autoritarismo. Pero ¿por qué se refuerzan los "blandos"?

Es en este punto donde se da el entrecruzamiento de la lucha en el plano de la sociedad con el juego propiamente político. No ocurre, necesariamente, la conversión íntima de algunos dueños del poder (además, ¿quién otro puede saber de esto con certeza sino el psicoanalista o el cura confesor?). El proceso político requiere otro tipo de explicación: en la lucha interna por el poder —especialmente frente a algún fracaso económico o militar de los generales de turno o cuando se aproxima el período de sucesión normal de la cúpula— las banderas disponibles para la presentación de plataformas de acción no son ilimitadas. La existencia, en la sociedad, de focos liberalizantes y la necesidad de ampliar la base de apoyo para reforzarse en el poder llevan a que algunos sectores militares excedan el círculo de los que mandan y emitan señales liberalizantes hacia afuera.<sup>2</sup> El general represivo de ayer se disfraza, así, con las ropas más soportables del liberalismo de mañana.

Establecida esta dinámica, después de tanteos, dificultades y rechazos entre los grupos de resistentes para que se tiendan los puentes con los sectores del régimen que se proponen una "apertura" o un proceso de transición, ella desfallece en unas pocas concesiones o entran en escena nuevos actores, menos motivados por el ablandamiento del orden político y más exigentes en relación con el orden social y con la agenda efectivamente redemocratizadora.

Por eso, tengo mis reservas respecto de las conclusiones de O'Donnell y Schmitter. No se trata de andar despacio, negociando cada paso, para evitar el retroceso, sino de tener recursos, para, una vez desatada la dinámica liberalizadora, forzar situaciones políticas que transformen el régimen. Se aplica aquí el aforismo: en política, o se desplazan los límites de lo posible, ampliando los horizontes de las alternativas, o se acepta que la forma actual del orden es la conveniente. Es en este sentido dinámico que interpreto la frase de Kierkegaard, tan del agrado de Albert Hirschman: conviene alimentar la pasión por lo posible. Pero como toda pasión, ésta también idealiza su límite y lo ve en expansión continua.

En la tarea de Sísifo de expandir las fronteras de lo que puede o no ser hecho en un régimen autoritario importó decisivamente la acción de ejemplaridad de personas y grupos ligados a lo que, en América Latina, se llama convencionalmente la "sociedad civil". La propia ambigüedad del término —sociedad *civil*— que distorsiona la interpretación correcta del concepto, ayudó a formar un clima de oposición a los *militares*. En la práctica, todo embrión de organización de la sociedad y toda personalidad que se destaca en la lucha contra el autoritarismo pasa a formar parte de este partido de los sin partido: la sociedad civil.

A tal punto se materializó la corriente antigobierno y anti-régimen así considerada que, ingenuamente, uno de los principales periódicos brasileños publicó al gobernador de la oposición de un Estado en una fotografía en que aparecía la "sociedad civil", esto es, los presidentes de las asociaciones profesionales y voluntarias y las altivas personalidades que mantienen la llama de la lucha por los derechos civiles y políticos...

A pesar de las exageraciones, ocurre, efectivamente, una especie de "invención de los actores" en aquellos países que intentan liberarse del autoritarismo. Esta invención se desdobra en dos tiempos. En el primero se crean las entidades de resistencia: las comisiones de justicia y paz de la Iglesia, las "Madres de los desaparecidos", los comités por la amnistía, etc. Es normal, en cualquier situación histórica, que haya una articulación de este tipo, en el momento en que los regímenes, por sus contradicciones internas o por fenómenos externos a los países, son incapaces o no desean continuar congelando la sociedad. Lo peculiar del caso latinoamericano fue la institucionalización práctica de instancias reivindicativas, de canales de negociación entre la sociedad y el régimen, y también de líderes a partir de círculos muy limitados de personas, pero —por las características de las sociedades de masa contemporáneas— con alta capacidad de producir hechos nuevos.

Me explico. En pleno régimen autoritario, antes de la liberalización (cuando se hablaba de "descompresión"), la Sociedad Brasileña para el Progreso de la Ciencia, en Brasil, tuvo su reunión anual transformada en una casi "Convención del Tercer Estado". Salvo que los portavoces no eran propiamente miembros del Tercer Estado: eran científicos eminentes u hombres de cultura que por esta característica "llamaban la atención" y tenían los medios de comunicación de masas dispuestos a darles cierta cobertura. En la Argentina no fueron los científicos quienes cumplieron este papel sino un premio Nobel de la paz o un periodista anglo-argentino que, publicando en inglés, en Buenos Aires, denunciaba las violencias.

Más tarde, cuando los vientos liberalizantes soplaron más fuertes, los medios de comunicación, y especialmente la prensa, actuaron decididamente para dar mayor nitidez, no sólo a la reivindicación democrática, sino a la reivindicación social.

Primero fueron los empresarios. Las conducciones fueron constituidas no tanto por delegación de las bases empresariales, sino a través del proceso al cual ya me referí, que vincula la prensa, intelectuales capaces de formular propuestas alternativas para la política económica y modelos de conducta democrático-reivindicante, con personalidades del empresariado que "vestían a la moda". A tal extremo, que la reivindicación pública del "derecho de huelga" fue puesta antes en la boca de un líder empresario que en la de un dirigente sindical... Y hubo un periódico especializado en *business*, la *Gazeta Mercantil*, que prácticamente formalizó la existencia de conducciones antigobierno y antisistema a través de la creación de un *forum* anual de empresarios que elegía previamente los "mejores" de la clase y les hacía aprobar una declaración, casi siempre reivindicando la democracia y la libre iniciativa.

Es este aspecto del resurgimiento de la política fuera de los tentáculos del Estado —al nivel de la sociedad—, pero por mecanismos propios de las "sociedades de masas", lo que llama la atención. Hay siempre algo de ostentoso, de capaz de ser consumido por el gran público, de casi-publicidad, aun en el más auténtico movimiento liberador.

En este aspecto, no fue diferente con los sindicatos. El mismo desdén de los regímenes militares por la movilización popular y por su sustentación organizada en la sociedad —basado en la creencia de que el Estado puede todo— dejó brechas inesperadas en la organización sindical. En Argentina sería casi natural que así fuese, dada la tradición

sindicalista-burocrática. Los militares hubiesen podido confiar en la inercia de los aparatos. Pero en Chile, donde hubo tantas purgas, fue inesperada la reciente reacción de la nueva conducción sindical. Y en Brasil los militares "despolitizaron" de tal forma al movimiento obrero, a través de la represión y la poca atención a la base sindical, que sin quererlo permitieron la creación de nuevos dirigentes y de un germen de sindicalismo reivindicante.

En efecto, durante los largos años del régimen puramente arbitrario, los sindicalistas, a la sombra del gran público, fueron reforzando sus aparatos corporativos. Emplearon abogados, construyeron edificios, imprimieron periódicos. Y lucharon por ventajas materiales para las categorías que representaban. En el instante en que se da el inicio de la liberalización hay una metamorfosis: huelgas bien organizadas y dirigentes altivos, cuyo prestigio se había afirmado en el período reivindicativo y "apolítico" anterior. Pero aun más, se vio el mismo proceso de fusión entre los aspectos reivindicantes, la voluntad democrática y el estilo *mass consumption* de la sociedad de la propaganda: "Lula" fue tapa de revista, entre 1979 y 1982, en mayor proporción que cualquier otro dirigente, en cualquier época de la historia de Brasil.

Sucedió algo así como la invención de nuevas conducciones a partir de un movimiento de pinzas entre la penosa reivindicación de la base —auténtica— y el ostentoso lanzamiento público de un producto de mercado.

Algunos se asustan con este aspecto de la política, porque creen que la lucha democrática, por estos medios, atrofia el conflicto social y frena el ímpetu para transformaciones más profundas. Otros temen que todo se torne una manipulación, no de los "dueños del poder", pero sí de los "patrones de la nueva sociedad" o, en el plano opuesto, de movimientos sociales que se aíslan de los partidos.

De hecho, si es cierto que ambas tendencias ocurren, al mismo tiempo ésta es la forma concreta por la cual se da la movilización en las sociedades contemporáneas y, a pesar de los riesgos de alienación —¿qué proceso político no los padece?—, esta forma sirve también para rearticular la política de masas.

Esta peculiaridad del renacimiento de la política, o mejor, de la vuelta a la política por parte de la sociedad, desconcierta a los observadores. No faltó, ni falta, quien vea el riesgo de un nuevo populismo en la fusión entre la ejemplaridad de la acción de unos pocos, con el efectivo reverdecimiento de las reivindicaciones de las bases, filtrada por el estilo pasteurizado de institucionalización de lo nuevo a través de la TV.

Terrible engaño. La nueva sociedad, al mismo tiempo que genera la "cultura del espectáculo", que penetra en la política, genera también dos fenómenos específicos: la segmentación de lo social y la búsqueda de un nuevo espíritu de comunidad. No cabe en este momento describir los efectos —muchos de los cuales son perversos— de la nueva sociedad ("programada", de servicios, "de masas" o el nombre que tenga) sobre la integración de las clases. Pero no es difícil percibir que el trasplante de las formas de producir y de vivir de las sociedades del capitalismo avanzado para los países de la periferia, aumentó la llamada heterogeneidad cultural. Entre el trabajador del ABC de San Pablo, corazón de la industrialización, y los trabajadores rurales golondrinas del mismo Estado, para no hablar de los trabajadores y los desocupados del Nordeste, existe un abismo mayor que el que se encuentra entre los trabajadores del ABC y los obreros franceses.

Una sociedad ya muy segmentada se segmentó más aún. Y, al mismo tiempo, aumentó el ansia de participación en el "mundo desarrollado". De nuevo, la TV y la radio, hicieron del mundo de la abundancia una realidad visual para el desempleado crónico, para el trabajador del campo y para el trabajador de los sectores tradicionales. Abundancia, es cierto, más de la publicidad que de la realidad. Pe-

ro aun así, símbolo de un nuevo horizonte humano y cultural. Y este proceso vale también para las clases medias, segmentadas, desiguales, pero sedientas de gozar el nuevo mundo.

La sociedad segmentada, filtrada al mismo tiempo por la expectativa del éxito y de la obtención de algo mejor en la vida, genera también un estilo de reivindicación que se apoya más en la parte que en el todo: en la categoría profesional antes que en la idea de clase; en el barrio y el vecindario antes que en el Estado y el país; en el líder local antes que en el nacional; en la parroquia antes que en el partido. Pero cada segmento desea obtener lo que supone ya haber sido alcanzado por "otro". Exige, con fuerza, la reivindicación específica, no obstante, aspira alcanzar lo general que le es dado conocer a través de la diferencia.

En este punto, el juego escénico de la proyección de deseos y valores por los medios tradicionales de la sociedad de consumo y de masas y la reivindicación directa de una voluntad social que se teje en el reconocimiento de la identidad de quien está próximo y de la exterioridad de un otro que es, al mismo tiempo, adversario —hasta enemigo— y patrón de referencia, torna clara la compleja relación política en proceso de emergencia.

Movimiento social, espíritu de comunidad, concreción de relaciones primarias entre la base y la conducción (*un cura, un vecino, un dirigente sindical* definidos) son ingredientes muy fuertes en el proceso reivindicador.

Delante de ellos, los partidos pueden parecer débiles para expresar el momento de la globalidad: el Estado, que sin duda expresa lo *uno*, como diría Touraine, pasa a ser el objetivo y la esperanza. Es común, en este contexto, que la fuerza reivindicante del movimiento social se desmorone en el escritorio del funcionario del Estado, sea concediendo la demanda, sea interponiendo entre ella y la masa la barrera de la violencia que corta las expectativas.

Mucha tinta ha sido empleada para entender la "novedad" del movimiento social y la constitución de nuevos actores políticos. Inclusive no faltó quien pasase del temor de un nuevo populismo (cuando el funcionario se juntara con el líder social) al extremo opuesto: muertos los partidos, nacerían los nuevos actores de la liberación social, capaces de organizar la sociedad autoprogramada.

Doble engaño. Frecuentemente la retórica fuerte de los movimientos de base, los de la Iglesia Católica sobre todo, esconde detrás de la teología de la liberación y de una nunca completamente enunciada teoría de la nueva revolución, una profunda conciencia de derechos y reivindicaciones de participación democrática. Tenemos una lectura de Marshall, con la Iglesia jugando el papel, a pesar de su lenguaje, de gran propulsora de la ciudadanía. Fenómeno nada sorprendente para quien sabe que, en nombre de Dios, de su llamamiento y de una ética de restricciones y de trabajo, el protestantismo ayudó a la formación del capitalismo. En esta óptica, la doctrina social de la Iglesia, la revalorización de los pobres y la reivindicación social más fuerte, estarían contribuyendo para el surgimiento de la democracia en América Latina y para la ampliación de la ciudadanía. Ciudadanía ésta que, en las condiciones del continente, es siempre regulada por una instancia social del Estado.

Pero sería un error pensar que así se consolida el liberalismo. Aquí no se trata del individualismo posesivo, ni existe la creencia según la cual el ciudadano es el propietario.

Ya dije que la reivindicación nace con el espíritu de la *communitas*; no es tanto el éxito individual en la competencia regida por el mercado (de la economía o de la política), sino el encuentro entre una motivación solidificante, fuertemente asociativa, y el reconocimiento por el estado del "derecho de la categoría", del barrio o del grupo.

Este sería el segundo engaño: el de creer que el espíritu democrático latinoamericano prescinde del Estado y los partidos. La lectura anarquista y libertaria en el análisis de algunos de estos movimientos sociales ha inducido una teorización de la "sociedad pura", como si, de repente, aboliésemos no sólo a los regímenes militares, sino al capitalismo oligopólico y sus instituciones, al frente de las cuales está el Estado Benefactor (hoy el Estado Endeudado).

No es lo que ocurre, sin embargo. Es esta fusión entre la conciencia de la diferencia —de lo específico—, que constituye nuevos actores, y el reconocimiento del Estado como instancia reguladora necesaria de la nueva sociedad, la que hace emerger un paradigma de democracia distante de los modelos clásicos. En él, por cierto, el Estado representa la dominación de clases. Pero no se reduce a ella. Esto por varias razones: porque al transformarse en Estado-productor y al acoger a una burocracia empresarial, la lucha reivindicativa "de la sociedad" pasa a ser, *ipso facto*, una lucha "dentro del Estado"; porque en sus funciones reguladoras el Estado interviene en la competencia entre capitales y en la formación de ellos; porque la reglamentación de la ciudadanía, como dije, no se reduce a la definición de la condición de elector, sino que implica la concesión por el Estado de derechos sociales públicamente reconocidos; etcétera.

El Estado comienza a existir entrelazado con la sociedad, rehaciendo, de otro modo, la distinción clásica entre sociedad civil y sociedad política. Lo social se panpolitiza y, en esta acepción restringida, lo estatal se socializa. Emerge, en el horizonte valorativo de las creencias democráticas, la noción de lo *público*: en lugar de restringir la acción del Estado y dar fuerza al sector privado, la lucha antiestatal se vuelve una lucha por la transparencia de la acción gubernamental y para el aumento del control social (público) de las políticas oficiales y de la gestión estatal.

Es en este cuadro valorativo, en el cual el fundamento social de la reivindicación democrática y la identidad y autonomía de los actores siempre referidas al todo se hacen presentes, donde emerge la acción partidaria nueva. Es indiscutible que, a pesar de la fuerza de las asociaciones civiles, los años de autoritarismo no han sido capaces de deslegitimar la acción de los partidos. En Chile y Uruguay, aun con proscripción, los viejos partidos continuaron la lucha subterráneamente. En Perú y Argentina, una vez que la sociedad se saca de encima el yugo militar, vuelven a la escena los apristas, los peronistas, los radicales y los partidos de izquierda. Y en Brasil, proscriptos los antiguos partidos, creados otros por el propio autoritarismo, la sociedad reaccionó y los re-ocupó, dándoles características inesperadas para el régimen.

No está en discusión el fenómeno histórico "partido". No obstante, es pertinente la pregunta sociológica: ¿con qué se corresponden los partidos en la nueva sociedad posautoritaria?

La respuesta, nuevamente, no puede ser buscada en el cuadro exclusivamente político. En el mismo, con mayores o menores alteraciones, los partidos cumplen funciones similares a las de antes del autoritarismo. Y los militares, como dije al comienzo, no crearon partidos propios, ni tuvieron suficiente fuerza ideológica para, en el ocaso del poder, permanecer vivos con una propuesta para la nueva sociedad.

Pero esto no supone que los partidos de hoy sean los mismos de antes. Y en una doble dirección: ni se mantiene intocada la anterior estructura partidaria, del período de las sociedades formadas a la europea por la economía agroexportadora, ni las formas populistas, caudillescas y clientelistas que convivieron con los partidos más clásicos sirven de base para la organización partidaria emergente en la nueva situación democrática.

En efecto, en virtud de las formas sociales emergentes ya descritas y de la fuerza del capitalismo de la gran empresa, se hizo difícil la cristalización de partidos de masas capaces de corresponder a la definición de Cerroni, inspirada en los modelos de partidos socialistas y comunistas de Europa: una organización, apoyada en sectores sociales más o menos homogéneos, y portadora de una filosofía inspiradora de un ideal de organización de buena sociedad. En el pasado chileno o uruguayo era así; en Argentina, aun con el sesgo peronista, también; en Perú, por lo menos el Apra y los demócrata-cristianos, siguieron el patrón de referencia; en Brasil el patrimonialismo tradicional restringía más los partidos al modelo del "círculo de notables".

Hoy, a pesar de subsistir las antiguas denominaciones, como en el caso del radicalismo argentino, la nueva sociedad reconstruye la matriz partidaria. Al mismo tiempo limita el caudillismo, el clientelismo y el populismo gracias a la forma autónoma y reivindicante de la sociedad enfrentada al Estado, que dispensa la relación servil o de favor y restringe los efectos unificadores de las ideologías partidarias. En la medida en que los partidos, para crecer en las sociedades segmentadas, precisan agregar sectores sociales con intereses muy diversos, la unidad ideológica se vuelve problemática.

Esta última característica, sumada a la valorización de los *grass root movements*, ha llevado a algunos observadores al engaño. Ellos creen que el futuro partidario de los países latinoamericanos ha de aproximarlos a la situación norteamericana. En los Estados Unidos los partidos son máquinas de producir votos. Para esto, acogen en su seno intereses distintos, enraizados en situaciones de clase muchas veces conflictivas, y buscan con voracidad la victoria para, sin distinciones ideológicas mayores, lanzarse con empeño en el *spoils system*, dividiendo cargos y ventajas entre los seguidores.

Si las nuevas situaciones partidarias en América Latina presentan algo de esto, substituyendo el antiguo clientelismo por técnicas más perfeccionadas de división del botín del Estado, no dejan, entretanto, de contener núcleos ideológicos más "duros". Al mismo tiempo que agregan intereses y se presentan a la lucha como grandes "frentes", antes que como partidos, dividen el espectro de las opciones políticas entre los que desean cambiar (la "izquierda") y los más inmovilistas (la "derecha"). Serán imperfectos los cortes ideológicos, confusas las fronteras entre sectores del radicalismo y del peronismo, del PMDB y del PDS en Brasil y aun entre la nueva izquierda chilena y la izquierda de la democracia cristiana, pero son reales.

¿Por qué?

Porque en las condiciones latinoamericanas, la desigualdad social, agravada por los regímenes militares, no permite la operación ideológica del consenso, que hace de la alternancia del poder en los Estados Unidos apenas una acentuación de tendencias alrededor del eje dado por la Constitución. Aunque los cortes ideológicos en América Latina no son tan pronunciados como entre los socialistas españoles y los hombres del antiguo régimen, o entre socialistas y comunistas y el anterior gobierno francés, ellos existen. Son fuertes especialmente en la cuestión de las reformas sociales necesarias y en el tratamiento que se debe dar a la cuestión nacional, vista hoy fundamentalmente como la cuestión de no pagar o de cómo pagar la deuda externa y sus intereses.

Así, en este aspecto, los partidos del posautoritarismo se reconstruyen de otra manera. No sólo en relación con la menor diferenciación entre ellos en el plano ideológico y en relación con la base de su sustentación, sino también en la agudización, a pesar de esta homogeneización, de la pugna sobre las reformas sociales y sobre la cuestión nacional. Y, paralelamente, en su conexión con los movi-

mientos sociales y con el Estado.

En este último aspecto hubo también un redireccionamiento. Se convirtieron en partidos más enraizados en la sociedad que en la burocracia (como ya lo eran en Chile y, en menor proporción, en Uruguay) y al mismo tiempo más próximos a los movimientos sociales y menos ansiosos de controlarlos. Se comprende el primer movimiento: el autoritarismo transformó al Estado en objeto de desconfianza; para obtener votos más vale el apoyo reiterado de la opinión pública que el control de algún ministerio. Y se comprende también la pérdida de fuerza de los partidos de la izquierda organizada que tienen la ambición de ser la semilla de toda sociedad y forma estatal futura. Esta última pérdida derivó de la desvalorización del Estado como polo de aglutinación valorativa; y la idea de que los partidos deben ser la matriz de la sociedad futura perdió atractivo a causa de la ya expresada vocación de autonomía de lo social. Pero no fueron sólo los partidos de izquierda los que perdieron fuerza al persistir en estos objetivos. En conjunto, se reorganizó la relación de todos los partidos con los movimientos sociales y el Estado.

Y en este punto, para concluir tan larga exposición, creo que, de nuevo, hay una visión distinta del juego democrático. La democracia, posautoritarismo militar, gana la fuerza de un valor en sí. Existe, es cierto, la reivindicación de la autonomía de lo social como componente indispensable en el nuevo horizonte político latinoamericano; existe, inequívocamente, el sentimiento de la desigualdad social y la convicción de que sin reformas efectivas del sistema productivo y de las formas de distribución y de apropiación de riquezas no habrá Constitución ni estado de derecho capaces de eliminar el olor de farsa de la política democrática. Pero existe también la creencia de que el sistema político, sea en el aspecto partidario, sea en el estatal, no absorbe la dinámica de lo social y no debe absorberla. Y, del mismo modo, se siente que la panpoliticación inespecífica de lo social, por sí sola, no restaura instituciones, ni asegura el equilibrio necesario entre los distintos niveles de la sociedad. La nueva democratización incluye un reequilibrio de poderes entre Estado, movimientos de la sociedad civil y partidos.

Sucede, por lo tanto, en estos países de América Latina, algo así como una relectura simultánea de Rousseau y de Montesquieu, a la luz de un posmarxismo que no reniega de la preeminencia del conflicto de clases. La fundamentación del Estado surge de un neohobbesianismo que no justifica la omnipresencia estatal en función de la necesidad de garantizar la libertad del individuo-propietario usurpándole los derechos. Aun más, la nueva democracia descrede de la teoría de las "dos libertades", la política y la económica, del Tratado de Locke y no se arraiga exclusivamente en las instituciones locales o en las asociaciones voluntarias animadas por el espíritu religioso, como Tocqueville mostró que ocurría en América.

Las prácticas de esta democratización, surgida en una sociedad dinámica, a pesar del autoritarismo militar, y desigual, a pesar del éxito económico, están *in status nascendi*. Falta quien las teorice. Pero, más necesario todavía es que se den nuevos pasos para ver si, de hecho, se puede hablar de una nueva democracia, o si, en la próxima curva de la historia, con uniforme o sin él, morirán las esperanzas en su fuente.

#### Notas

1 Texto original en inglés. (N. de T.)

2 "Hacia afuera" está en español en el original. (N. de T.)

# EL REVISIONISMO HISTORICO ARGENTINO COMO VISION DECADENTISTA DE LA HISTORIA NACIONAL



**E**l revisionismo histórico argentino —esa corriente historiográfica cuyo vigor al parecer inagotable no ha de explicarse por la excelencia de sus contribuciones, en verdad modestísimas— lo debe sin duda más bien a su capacidad de expresar las cambiantes orientaciones de ciertas vertientes de la opinión colectiva en un país que a través de más de medio siglo se ha hundido progresivamente en una crisis cada vez más radical y abarcadora.

Esa característica —que ofrece sin duda la clave de su éxito— le imprime a la vez un progresivo distanciamiento (que se procurará explorar aquí) respecto del conjunto de teorías decadentes que florecen en Hispanoamérica en estos tiempos conturbados, con las cuales tiene en su origen fuerte afinidad. La tiene ante todo con la chilena en la temprana versión del primer Encina —el de *Nuestra inferioridad económica*— y de la más tardía *Frontera aristocrática* de Edwards Vives. Con ella tiene en común la resuelta ubicación del foco de positividad a partir del cual y en contra del cual se produce la decadencia en una etapa posterior a la independencia, desdeñando la obvia alternativa ofrecida por la colonial, que en cambio encontraba en México y el Perú vindicadores más decididos. Esa predilección por la primera etapa independiente se acompaña de una identificación menos efusiva con la herencia ideológica y cultural de la colonia que en los antiguos centros imperiales.

Sin duda la poco esplendorosa historia colonial del Río de la Plata, como la de Chile, hacía menos fácil arraigar allí una visión del pasado iluminada por la nostalgia del Antiguo Régimen. Pero quizá más que la deplorable ausencia de brillo era la falta de relevancia contemporánea de esa etapa temprana la que la hacía sede inadecuada de esa positividad perdida que requiere por punto de partida toda visión decadentista del proceso histórico. El papel de ese foco positivo era —en la Argentina aun más explícitamente que en Chile— político y actual a la vez que histórico y retrospectivo, en cuanto ofrecía, si no un integrado haz de soluciones para los problemas contemporáneos, sí en cambio inspiración precisa para alcanzarlos. Ello requería alguna analogía entre los problemas afrontados en ese pasado paradigmático y los que el presente no sabe resolver. Si ni en la Argentina ni en Chile se buscó inspiración en la colonia es en suma porque no se consideraba allí viable el modelo de aislamiento económico, cultural e ideológico bajo cuyo signo —simplificando una realidad compleja— era colocada la etapa colonial. La alternativa que se proponía

era en cambio un modo de integrarse en el mundo moderno radicalmente distinto del adoptado en la segunda mitad del siglo XIX, pero que no volvía sobre esa integración misma: aun los observadores más encogecidos por pasiones ideológicas no pueden dejar de advertir que sobre esa integración se han construido en más de un siglo estructuras nacionales que tienen muy poco en común con las tanto más sencillas dejadas en herencia por la colonia, y que no podrían ser eliminadas sin provocar cataclismos que repugnarían a la vocación conservadora que ese primer revisionismo argentino tenía en común con el coetáneo decadentismo histórico chileno.

Al lado de esta preferencia por una etapa posindependiente, que opone a las visiones históricas elaboradas en la Argentina y Chile y las que comienzan a definirse en México, el Perú o Colombia, se da desde el comienzo una muy significativa divergencia de acento entre las corrientes que florecen a ambos lados de los Andes, que presagia las de orientación y contenido destinadas a hacerse luego cada vez más marcadas. Se ha dicho ya que tanto el decadentismo chileno como el revisionismo argentino integran inquietudes históricas con otras políticas y contemporáneas; se ha indicado también que en esta integración la problemática contemporánea pesa más en la versión argentina que en la chilena. Ello se refleja en primer término en una diferencia de temas y vocabulario, que trasunta la de inspiración intelectual. En Chile al parecer la formulación de una imagen decadentista del proceso histórico, tras de una larga prehistoria, aflora bajo el signo de Spengler; en la Argentina, donde Spengler no era desde luego desconocido —Ernesto Quesada había ofrecido una presentación general de sus ideas, y por otra parte su propia obra gozaba de circulación bastante amplia— el revisionismo tomará sus esquemas básicos de interpretación del pasado de la misma fuente a la que debe lo más significativo de sus nociones políticas: el nacionalismo de Maurras y sus aledaños en la derecha francesa.

Esa diferencia tiene consecuencias más limitadas de lo que parece a primera vista: Spengler ofrece a los chilenos un esquema morfológico general a través del cual articulan etapas históricas frente a las cuales se definen aplicando criterios valorativos que deben mucho a la crítica que el positivismo dirigió al liberalismo constitucionalista del ochocientos, como ideología propia de la etapa metafísica; ahora bien, esa crítica informa también la visión del primer revisionismo argentino, no sólo como herencia de una etapa previa de pensamiento conservador en el Plata, frente a la cual ese revisionismo innova menos de lo que cree, sino todavía a través del influjo intelectual de esa derecha francesa que proclama orgulosamente su deuda ideológica hacia Comte y Taine.

Pero si en cuanto a contenidos tanto la visión del pasado como la del presente no divergen aún marcadamente a ambos lados de los Andes, la dimensión del análisis histórico que bajo el influjo de Spengler los chilenos colocan en primer plano permanece para los argentinos en una suerte de penumbra; se diría que si hacen teoría decadentista lo hacen sin advertirlo, o por lo menos sin ver en su formulación un aspecto central de su proyecto intelectual; su propósito no es explorar la estructura y el ritmo de la historia argentina sino individualizar en una etapa de ella un modelo para el presente y el futuro que se ofrezca como alternativa al que ha guiado las etapas más recientes de la vida nacional; esa finalidad política contemporánea, que en Chile sólo alcanza a dominar algunas de las versiones más tardías y toscas del decadentismo, desde el comienzo orienta al revisionismo argentino. Bajo la inspiración del maurrassiano *Politique d'abord*, la política es para los argentinos un punto de partida a la vez que de llegada, del que permanecen constantemente conscientes.

La exploración del pasado nace entonces como una tentativa de ofrecer el aval de la historia para la crítica de la

Argentina del presente, y esa crítica se organiza en torno a dos motivos centrales: el primero el repudio de la democratización política, que ha entregado el destino del país a dirigentes cuya deplorable habilidad para organizar invencibles máquinas electorales no puede ser negada, pero que no conservan solidaridad con intereses que —a los ojos de los revisionistas— son los de la nación misma, y aunque la tuvieran no sabrían como defenderlos con eficacia; el segundo es la denuncia del modo de inserción en el mundo de la Argentina posindependiente —y en primer lugar del vínculo desigual con Gran Bretaña— que, lejos de ser la causa última de la desafortada expansión que ha cubierto el medio siglo que acaba de cerrarse, le ha impuesto modalidades cuyas consecuencias catastróficas sólo se hicieron evidentes luego de 1929, pero que de modo más secreto pero no menos dañino habían torcido el rumbo histórico argentino ya antes de esa fecha. Representar los intereses nacionales, deber primero del gobernante —no podría ser (como lo habían creído los candorosos —o demasiado poco candorosos— dirigentes de la etapa que 1929 había venido a cerrar) dejarse arrastrar por la corriente que parecía levantar al país hacia nuevas cimas de prosperidad; significaba una dura navegación contra el viento y requería una toma de conciencia de los peligros del vínculo externo sobre el cual se constituyó la Argentina, gracias a la cual sería posible construir un progreso más sólido, a pesar y no a favor de ese vínculo mismo.

Al trazar este inventario de carencias, los revisionistas argentinos mantienen su fidelidad a las líneas de análisis de la derecha francesa. Como para ella las deficiencias de la política interna (consecuencia inevitable tanto de su marco institucional como de su inspiración ideológica) estaban ligadas por un lazo de causalidad recíproca con la abdicación de los intereses nacionales frente al extranjero. Para los maurrassianos el personal político de la tercera república estaba formado por agentes —en sus momentos más caritativos reconocieron que no siempre conscientes— de Alemania o Inglaterra, y si la primera era enemiga abierta, la segunda era aún más peligrosa, por cuanto usaba el avance de las fuerzas democráticas por ella controladas para hacer de Francia su vasalla; es sabido que durante décadas la figura acusada de dirigir ese plan siniestro fue la no demasiado proféticamente elegida de Clemenceau. En esta sencilla clave explicaban —y a la vez proclamaban remediable— la progresiva pérdida de gravitación de Francia en el concierto europeo, que espíritus menos advertidos vinculaban con la economía o la demografía; en una clave análoga los revisionistas emprenden un nuevo examen de la evolución histórica de la Argentina independiente en el momento mismo en que comienza a hacerse evidente para todos que cualquier balance que de ella se haga debe incluir fuertes elementos negativos.

Análoga pero no idéntica: al cabo la Argentina no es Francia, y luego de 1929 su problema más urgente no es la difícil reconquista del cualquier hegemonía continental, sino el creado por el derrumbe del mundo de mercados abiertos en que había venido prosperando, gracias a la división internacional del trabajo, a un ritmo que conoce pocos paralelos. Ello confiere a la dimensión económica del vínculo externo una centralidad que la derecha francesa nunca le reconoció; al concedérsela, los revisionistas argentinos no sólo se adecuan a una realidad distinta, sino viene a continuar una tradición historiográfica que ha puesto siempre en primer plano esa dimensión económica (como es por otra parte normal en un país de tan reciente pasado colonial, en cuya conciencia histórica la quiebra del lazo metropolitano a través de una crisis en que el estatuto del comercio imperial domina el contencioso entre metrópoli y colonia— es vista como un momento fundacional y decisivo).

A esa diferencia general se agrega otra más específica, que tiene que ver con la experiencia política que vuelca

a los revisionistas a una actividad historiográfica cada vez más nutrida, en la medida misma en que se desvanecía para ellos la esperanza de ocupar papel protagónico en la política argentina. La derecha maurrassiana debió desarrollar su entera trayectoria en el marco de la aborrecida Tercera República (y el desquite casi póstumo que significó para ella Vichy, esa *divine surprise* de una restauración nacionalista importada en los furgones del enemigo, sólo vino a acelerar y hacer menos decorosa una agonía ya entablada antes de la derrota francesa de 1940); el derrumbe de la república democrática se da en la Argentina en 1930, cuando el grupo de los revisionistas comienza su carrera pública; es perdonable que hayan creído por un momento que los enérgicos toques de trompeta de su prédica periodística habían derrumbado por sí solos los muros de esa Jericó plebeya y corrupta que era para ellos la Argentina radical, y que su tarea iba a ser desde entonces constituirse en guías de la nueva etapa histórica abierta con el fracaso de la democracia.

El desengaño iba a ser rápido y duro. El general Uriburu, de quien se prometían constituirse en *maîtres à penser*, prefirió los consejos de políticos conservadores y mortalmente hostiles a la democracia, pero desconfiados a la vez de los audaces experimentos institucionales propuestos por esa nueva generación conservadora, que —apropiándose abusivamente de una fórmula de Ortega y Gasset— quería ser a la vez nada moderna y muy siglo XX.

Ese era sólo el comienzo de sus desdichas políticas: Uriburu, que —pese a sus reticencias— les había ofrecido por lo menos la posibilidad de hacerse escuchar por quienes detentaban el poder, fue pronto barrido de la escena por la superior capacidad maniobrera de su rival el general Justo, en 1932 presidente constitucional, e identificado con una solución que relegaba al ejército a la posición de soporte pasivo pero decisivo de una coalición conservadora, cuyos integrantes habían probado acabadamente su incapacidad de ganar elecciones y ahora sólo vencían gracias al uso cada vez más descarado de la falsificación electoral.

Esa solución, que venía a vaciar retrospectivamente de sentido a la experiencia constitucional argentina, que había sido la de una democracia formal inspirada desde el comienzo por la vocación de hacerse real, proclamaba al mismo tiempo su lealtad a esa tradición, contra la cual los revisionistas habían centrado su polémica. Ello los impulsa a mantener el motivo antidemocrático en el centro de su sistema de ideas, pero al mismo tiempo impone un deslizamiento cada vez más pronunciado, que ve en la democracia cada vez menos una cierta manera de distribuir poder político dentro de una sociedad y cada vez más un fenómeno ideológico.

Ese deslizamiento es facilitado desde luego por un enfoque originario de la problemática política —que conviene subrayar, porque será luego trasladado a la problemática histórica— que ve en la ideología el motor y la clave para ésta; lo que lo fortifica decisivamente es el enfrentamiento con una nueva etapa argentina en que la democracia es en efecto sólo una ideología, a partir de la cual se constituye una falsa conciencia que es propósito de los revisionistas disipar para llegar a ser lo que desde el comienzo se habían prometido: los guías ideológicos de la nueva clase dirigente en una Argentina posdemocrática. A este punto ha llegado esa nueva generación de intelectuales con vocación política cuando se vuelve hacia la historia para proseguir a través de ella una empresa que en el campo estrictamente político parece haberlos llevado a un callejón sin salida.

Es ese contexto preciso el que subtiende el encuentro —como se ve, tardío— entre los que comienzan a definirse como revisionistas históricos y el trecho privilegiado del pasado nacional que constituirán en paraíso perdido: la época de Rosas. La reacción antirradical había unido a sus mo-

tivos antidemocráticos la denuncia de una supuesta continuidad entre el estilo político de ese gran partido popular y el de los caudillos federales: Yrigoyen era a menudo presentado como el nuevo Rosas. Los futuros revisionistas habían encontrado muy poco que objetar a ese esquema general, y comenzaron por buscar sus antecedentes históricos entre los enemigos del dictador porteño. Aceptando la plena validez de la identificación —propuesta primero por otros con intención adulatoria— entre el general Uriburu y el general Lavalle, enemigo tenaz e infortunado del rosismo, buscaron en el fracaso de Lavalle la clave para el de Uriburu: uno y otro habían sido manipulados y finalmente dejados de lado por sus consejeros de la clase política tradicional. Esta interpretación de un fracaso que era también el suyo propio, pero que no reconocían como definitivo, no suponía aún ninguna identificación con Rosas, pero sí ya una decidida demonización de aquellos a quienes Rosas había conferido en su propaganda el mismo papel de serpientes del paraíso: los doctores unitarios, que habían llevado al general Lavalle y su causa a la ruina, precursores de otros doctores que, en alianza con el general Justo, habían confiscado en su provecho una revolución destinada, a juicio de los revisionistas, a un desenlace menos sordido.

La aproximación a Rosas se iba a dar a partir de aquí muy rápidamente. Había dos aspectos de su gestión de gobierno que la hacía ahora atractiva. Uno era su capacidad de crear un fuerte liderazgo por encima de las clases y grupos de la sociedad que gobernaba, que los integraba a todos sin identificarse con ninguno. Los críticos del revisionismo iban a subrayar aquí una dimensión socialmente conservadora en la reivindicación del rosismo: éste resolvía los problemas planteados por la exigencia democrática al dar a la plebe un lugar en el sistema político, pero sin otorgarle por ello ningún influjo real en las decisiones del poder. La observación es fundada, pero incompleta, en cuanto los revisionistas van a admirar en el rosismo una solución política capaz de mediatizar no sólo a la plebe, sino también a las élites. Si la experiencia anterior a 1930 ha confirmado en ellos convicciones antidemocráticas que le eran previas, la posterior a esa fecha les iba a imponer dudas crecientes en cuanto a la capacidad de las llamadas clases dirigentes para dirigir el proceso político argentino; en el pasado Rosas había llenado eficazmente ese doble vacío, y los revisionistas no desesperaban de transformarse en herederos colectivos de esa solución política.

Había otro aspecto del modelo rosista que les parecía cada vez más relevante. Rosas había episódicamente incluido las agitaciones xenóforas entre sus *instrumenta regni*, y resistido con tenacidad finalmente coronada por el éxito dos bloqueos, en uno de los cuales participó la Gran Bretaña, cuya posición dominante en la vida argentina era entonces aún más marcada que en el momento en que los revisionistas se volvían al pasado.

Lo que devolvía relevancia a ese aspecto del legado rosista era la gestión económica de la restauración conservadora, que —ante la fragmentación de la economía mundial en áreas relativamente aisladas entre sí— creyó encontrar el más seguro refugio para la economía argentina estrechando los lazos desiguales con la británica, que habían venido alojándose significativamente durante la década anterior. Retrospectivamente es difícil entender por qué esa solución, en cuyo marco la Argentina iba a superar con notable fortuna las adversidades aportadas por la crisis mundial, era considerada un insostenible escándalo, sólo explicable por la venalidad y tontería de los responsables de la política y la economía nacionales. La reacción es sin embargo comprensible: esa solución no podía dejar de incluir elementos negativos, cuyo impacto era muy desigualmente distribuido dentro de la sociedad argentina. Si éstos golpeaban a las clases populares con mucho menor dureza de lo que alegaban los enemigos políticos del ré-

gimen, creaban en cambio clivajes nuevos dentro de las propietarias, en cuanto las reorientaciones de actividades impuestas por esa adaptación a una realidad hostil beneficiaban dentro de ellas a algunos grupos en detrimento de otros igualmente privilegiados. El más brillante de los historiadores del revisionismo, don Julio Irazusta, estaba viviendo desde dentro ese proceso de diferenciación y postergación, y como integrante del grupo de hacendados marginados por los cambios se elevaba con sincera indignación contra quienes denunciaban en el gobierno del fraude al agente de la clase terrateniente: a su juicio ésta se contaba también entre sus víctimas.

Esta interpretación venía a aislar la problemática política argentina de toda clave social: así como Rosas había gobernado por encima de la sociedad, la restauración conservadora gobernaba en contra de toda ella. El misterio gozoso en que la época de Rosas iba a constituirse para los revisionistas surgiría entonces como una precisa réplica al misterio de iniquidad que había robado a los revisionistas el fruto de su victoria contra la democracia radical.

Ese temple y ese clima de ideas subtienden la primera obra significativa de la corriente revisionista, *La Argentina y el imperialismo británico*, de Julio y Rodolfo Irazusta, publicada en 1934. La breve obra es a la vez severa, condena al Pacto Roca-Runciman, que —como denuncian algunos de sus opositores y proclaman ufantemente algunos de sus defensores— ha constituido a la Argentina en el sexto *Dominion* de imperio británico, y busca las raíces de esa abominación en el pasado nacional, para encontrarla en la gravitación de una oligarquía que —excepto durante el paréntesis impuesto por el predominio de Rosas— dominó la vida argentina por más de un siglo. El término de imperialismo parece suponer una problemática muy distinta de la preferida por el nacionalismo francés; el de oligarquía nos devuelve a un vocabulario político vernáculo (alcanzó vasta circulación en la prensa opositora a los gobiernos conservadores —era de uso frecuente, por ejemplo, en los editoriales de *La Prensa*— y fue conservado como expresión de vituperio por los radicales). Uno y otro, sin embargo, son traducidos a una clave de ideas que es todavía muy cercana a la de ese modelo ideológico ultramarino. En efecto, para los Irazusta la oligarquía es —antes que un grupo social o político— un sector de la élite cuya cohesión deriva de la coincidencia de una ideología cuya nota definitoria es su carácter militantemente antinacional, en cuanto desvaloriza lo que la Argentina ha llegado a ser a través de su específica experiencia histórica y busca su redención (que estos hombres cuyo sincero patriotismo los Irazusta no discuten, desean ardientemente) mediante la construcción de un país nuevo hasta sus raíces, en contra y no a partir de ese específico legado histórico, y sobre el modelo europeo-occidental.

Esa ideología antinacional ocupa en la visión histórica de los Irazusta lugar análogo a la que el *esprit classique* alcanzó en la interpretación que Taine elaboró de la Revolución Francesa, que en verdad contenía *in nuce* la del nacionalismo francés. Así el vínculo desigual con Gran Bretaña, que de hecho preexistió a la fecha en que según los Irazusta se constituyó la Oligarquía —ellos fijan en efecto su nacimiento en el congreso constituyente de 1824— y cuya perduración sin duda se dio en un complejo campo de tensiones y coincidencias entre distintos grupos sociales, y en el marco de un vertiginoso crecimiento económico, es visto por quienes lo denuncian dentro del marco mucho más restringido de la historia de las ideologías: la oligarquía sólo engañosamente evoca un grupo social o económico; no se identifica con la élite política o cultural (dentro de la cual no faltan quienes no comparten la ideología que la define) y los autores la ven tan alejada de cualquier solidaridad de intereses económicos que ni siquiera creen necesario explorar esa dimensión del problema excepto para deplorar la corrupción creciente de la clase política,

que consolida su subordinación a los intereses británicos y dobla sus insuficiencias ideológicas de culpas morales.

*La Argentina y el imperialismo británico* reivindicaba para Rosas la función del polo de positividad en la historia nacional, pero no consagraba a su figura o a su régimen ningún examen detenido; todavía el revisionismo no completa la transición de la crítica política con ejemplos históricos a un examen del pasado que —aun animado por esos intereses presentistas— se vuelque en formas plenamente historiográficas.

Esa transición se dará sólo paulatinamente en el marco de una crisis política que se amplía y profundiza continuamente, que va a abundar en cambios de rumbo y golpes de escena, pero que a través de ellos nunca ha de dar al grupo fundador del revisionismo la gravitación política a la que éste se había considerado llamado desde 1930. En ese contexto el refugio en la historia terminará por aparecer como algo más que un expediente temporario, pero en las primeras etapas de esa transición ese refugio es visto a la vez como un reducto desde el cual pueden aunarse fuerzas para reintentar con más paciencia el asalto a la esquivo fortaleza del poder.

Esa primera etapa acompaña el evidente agotamiento de la solución neoconservadora, que busca sucesivamente reorientarse hacia la restauración de la democracia electoral (durante la efímera presidencia de Ortiz, 1938-41) y en dirección cada vez más claramente autoritaria (durante la no menos efímera de su compañero de fórmula, Castillo, 1941-43). Esas tentativas están siendo cada vez más afectadas por la gravitación del conflicto mundial, y el destino de la neutralidad argentina frente a éste. Los revisionistas —de modo nada sorprendente— abominarán de la política de Ortiz y apoyarán —*faute de mieux*— la de Castillo, pero encontrarán temas de inspiración más exaltantes en la defensa de la neutralidad, en la que se encontrarán junto con otros cuyo nacionalismo, que está comenzando a inspirar curiosidades históricas, debe menos al modelo de la derecha francesa y más al hispanoamericano de entreguerra, y a través de él arrastra una deuda no confesada con el Lenin de *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*: así el primer libro histórico de Raúl Scalabrini Ortiz, *la Historia de los ferrocarriles argentinos*, de 1940, está precedido de un prólogo que glosa minuciosamente, aunque sin citarla, la célebre página que Lenin dedica en ese escrito a la Argentina.

No es esa la única inspiración que mueve a quienes aunán esfuerzos en la batalla de la neutralidad y buscan en la exploración del pasado entre otras cosas un modo de ampliar el frente de combate. Hay ya ahora en las filas neutralistas y genéricamente revisionistas hombres más jóvenes que encuentran sus puntos de referencia políticos en el fascismo; bajo ese signo —al que parece estar retornando tras de una reciente etapa de admirador de la revolución cubana— José María Rosa comenzó una carrera de publicista político e histórico que —al tomar del lenguaje fascista los motivos derivados, de nuevo, de la crítica del imperialismo— colocaban a sus reconstrucciones históricas en este aspecto muy cerca de las de Scalabrini Ortiz. La integración de esos aportes de inspiración ideológica tan diversa con los del primer revisionismo planteaba —en el plano estrictamente historiográfico— menos dificultades de lo que habría podido esperarse. Se diría que en este aspecto eran sobre todo las comunes insuficiencias las que daban coherencia a esas corrientes que ahora venían a confluír.

Los primeros revisionistas se habían negado a otorgar relevancia a la dimensión económica del lazo con Gran Bretaña, y al contexto social en que éste se consolidó; los nuevos, aunque se la reconocen, no poseen los instrumentos necesarios para incluir de veras esa dimensión en su problemática y someterla a un análisis adecuado. Así el libro de Scalabrini sobre los ferrocarriles no cumple la promesa implícita en su prólogo: no examina en efecto cómo esa restructuración del sistema de transporte impulsó la de la

entera sociedad y la economía argentinas, de cómo transformó a la Argentina en casi el tipo ideal de la semicolonía que en ella veía Lenin y en su estela el propio Scalabrini. Lo que éste nos proporciona es una minuciosa reconstrucción de los manejos financieros de las empresas ferroviarias, desde el aguamiento de capitales hasta la construcción de líneas que no ofrecen servicios demasiados reales y se limitan a cobrar las ganancias garantidas por el Estado en proporción a esos capitales artificialmente abultados, hasta la multiplicación de gastos innecesarios (como la creación de suntuosamente pagados directorios en Londres) que disimulan la distribución de ganancias para conservar las adicionales derivadas de la garantía estatal. Nada de esto es falso o trivial (aunque sí menos desconocido de lo que sugiere Scalabrini, y sobre todo menos específico a la relación argentino-británica de lo que éste está convencido); aun así, sólo abarca un aspecto que no es el central en el tema que Scalabrini ha prometido desarrollar, y lo proyecta sobre una clave más moral que económico-social, muy cercana a la del primer revisionismo: esa historia deplorable se explica por la colusión de ingleses corruptores y políticos locales infinitamente corruptibles; aunque esa corrupción está lejos de ser puramente imaginaria, requiere a la vez ser explicada y puesta en contexto; esa es la tarea que Scalabrini parece considerar superflua. Su trayectoria posterior sólo viene a agravar esa carencia; su *La Política británica en el Río de la Plata* (1940) lleva la demonización del influjo británico a extremos que colocan a ciertos pasajes del libro al borde del delirio sistemático.

José María Rosa, por su parte, es en su *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, de 1943, un inspirado planfletista político con ejemplos históricos; nada sorprendentemente, no ofrece ningún análisis serio de realidades económicas, urgido como está por descender el velo de la economía para llegar al campo que de veras le interesa, que es el político.

De este modo la integración del antiimperialismo —sea el de inspiración hispanoamericana o europeo-fascista— crea al revisionismo problemas menores de lo esperado porque en rigor sólo se consume en apariencia; en un nuevo lenguaje nos devuelve a la problemática que el primer revisionismo había derivado de sus lecturas francesas. Había otra corriente cuya integración se reveló en cambio menos fácil; es la que —inspirada en un catolicismo integralista y vigorizada por el triunfo de lo que por entonces algunos llamaban la Cruzada de Franco— encuentra el polo de positividad en la colonia y reconoce a Rosas sólo una positividad subordinada en cuanto ve en él, junto con José Ingenieros, al restaurador del orden colonial. Esta posición no coincide con la imagen de Rosas que el revisionismo propone a la admiración colectiva: como el Portales de Vicuña Mackenna, que no es ni pelucón ni pipiolo porque ha asumido en sí los motivos válidos de ambas corrientes enemigas, el Rosas de los revisionistas es heredero a la vez de la colonia y la revolución. Por detrás de esta divergencia se da otra más radical sobre el rumbo que debe darse a la Argentina: esa exaltación colonialista aparece doblemente inaceptable porque obliga a una renuncia más completa a la cultura moderna de lo que los revisionistas juzgan aceptable, y porque en otros aspectos acepta implícitamente el deplorable orden mundial en que la Argentina se ha resignado a integrarse pasivamente: en el entusiasmo de esos nostálgicos de la colonia por la causa del Eje, que algunos revisionistas juzgan excesivo, alarma a todos ellos la disposición que adivinan a aceptar cualquier hegemonía externa mientras ésta favorezca la restauración del estatuto tradicional del catolicismo en la vida nacional. En ese contexto más complejo el revisionismo se lanza a una agitación a la vez historiográfica y política que es su reacción a la crisis del régimen neoconservador. Ella se manifiesta por una parte en la creación del Instituto de Inves-

tigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas y su revista, que se publica en los primeros años de la guerra con tolerable periodicidad, y por otra en la apertura de locales revisionistas curiosamente parecidos a comités políticos, y dirigidos por políticos como el senador santafesino Caballero, un antiguo anarquista que, tras de militar en el radicalismo y en la coalición neoconservadora, no dejaba de advertir el agotamiento de ésta y oteaba los vientos para descubrir el nuevo signo bajo el cual se proponía proseguir su carrera pública.

Esa prometedora evolución fue brutalmente interrumpida por la eclosión del peronismo (en cuyas filas iba a encontrar Caballero su nuevo hogar político, aunque no un lugar tan exaltado como sin duda se había prometido). Esta consumó la quiebra de la tradición política contra la cual se había elevado el revisionismo, pero con modalidades que no fueron recibidas por sus partidarios con aprobación unánime: como era esperable, José María Rosa transfirió su devoción política del suicida de Berlín al exitoso caudillo argentino; y Scalabrini Ortiz ofreció también su apoyo decidido al régimen peronista; junto a ellos Vicente Sierra, un veterano del positivismo anticlerical convertido al catolicismo en su versión más cerradamente integralista, tributó su ofrenda al vencedor de la hora en un ensayo que tituló *El sentido peronista de la historia argentina*, y Ernesto Palacio —elegantisimo ensayista, compañero de los Irazustas desde la primera hora— emergió en la primera bancada parlamentaria peronista, pero éstos se encerraron en una oposición tan discreta como irreductible.

Lo que era más importante: el nuevo régimen político no iba a recibir el aporte revisionista con efusión; si su triunfo debilitó el influjo de la que los revisionistas llamaban historia oficial en los centros oficiales de estudios históricos, no se tradujo en la integración de la visión revisada del pasado argentino en la que de la Argentina proponía el nuevo oficialismo; en 1947 la nacionalización de los ferrocarriles británicos, punto más alto de la reivindicación nacionalista del peronismo, que deparó a Scalabrini Ortiz el día más feliz de su vida, fue celebrada por el régimen imponiendo a las líneas ferroviarias ahora argentinas los nombres de los antihéroes a cuyo vituperio los revisionistas dedicaban páginas cada vez más nutridas: Urquiza, Mitre, Sarmiento y Roca completaban con San Martín la lista de precursores elegidos por Perón para hacerle compañía en el triunfo (el presidente, en efecto, había dado a la vez su nombre a la mayor estación ferroviaria de Buenos Aires, cabeza de la red que ahora llevaba el de Mitre). Y cuando en 1954 comenzó una campaña en favor de la repatriación de los restos de Rosas, que descansaban en su tierra de exilio, una indicación discreta pero precisa de Perón persuadió rápidamente a los promotores de la inoportunidad de su iniciativa.

En ese contexto de neutralidad relativamente benévola en el campo historiográfico, pero celosa de evitar que las disputas que encontraban en éste su terreno propio alcanzasen una dimensión política que agregase nuevas causas de discordia a las que las innovaciones políticas y sociales del peronismo estaban ya introduciendo, la historia se convirtió en un refugio más permanente, y los revisionistas, con el sabor agríndice de una derrota de sus enemigos que no era del todo su propio triunfo —de nuevo postergado— abordaron por fin obras historiográficas de mayor aliento que los concisos ensayos interpretativos en constante vaivén entre el presente y el pasado hasta entonces preferidos por ellos.

En ese clima iba a culminar la publicación de la *Vida de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*,<sup>1</sup> de Julio Irazusta y la *Historia de la Argentina*<sup>2</sup> de Ernesto Palacio. No se trata aquí de examinarlos como obras de historia, y bastará señalar que unen a la deliberada vinculación de sus exámenes con tomas de posición frente a los problemas contemporáneos un curioso arcaísmo meto-



dológico: la obra de Irazusta toma por modelo la que Carlyle dedicó a Cromwell, vieja ya entonces de un siglo y que aun en su momento había estado lejos de ser un modelo de método histórico; la de Palacio se inspira casi abiertamente en la *Histoire de France* de Jacques Bainville, obra cuya sobria elegancia emula con éxito, y menos distante en el tiempo que la de Carlyle, pero escrita en feliz ignorancia de los avances más significativos de la historiografía francesa del siglo XX. Ese arcaísmo metodológico se acompaña de un creciente arcaísmo ideológico: a medida que se delinea la faz cada vez más aberrante de la Argentina del tardío siglo XX esta primera generación revisionista parece desarrollar una nostalgia creciente del anterior. el Rosas que propone Irazusta es cada vez más claramente una versión cimarrona del héroe fundador predilecto de la historiografía nacionalista-liberal; Julio Irazusta proclama así encontrar similitudes patentes entre su obra política y la más duradera del conde Cavour...<sup>3</sup>

Caído el peronismo en 1955, Julio Irazusta va a redefinir ya abiertamente ese revisionismo al que se proclama fiel como una disidencia sólo parcial frente a la historia oficial, culpable de haber falsificado no sólo la imagen de Rosas, al que vitupera injustamente, sino también la de los fundadores del orden constitucional, que estuvieron muy lejos de ser los precursores de los gobiernos de fraude, corrupción y servilismo frente al extranjero que la Argentina había sufrido más tardíamente. En 1963, *La influencia económica británica en el Río de la Plata* (una reformulación del librito de 1934 de cuyo título, quizá no por azar, ha desaparecido la palabra imperialismo) coloca a Rosas en el centro de una constelación de héroes positivos en que se encuentra reunidos de nuevo muchos de los que reciben también el culto de la historia oficial.

Esa propuesta de reabsorción del revisionismo en la línea maestra de la tradición ideológica argentina fue recibida primero con frialdad, en parte porque Irazusta no renunciaba a los corolarios —también ellos ya algo inactuales— que de ese consenso así redefinido proponía para la problemática de la Argentina del largo interregno que comenzaba (así seguía denunciando en Prebisch —ya transformado en vocero de las exigencias económicas del Tercer Mundo— a un agente británico, abnegadamente dispuesto a asegurar a la carne argentina un precio ruinoso para los productores y grato a los consumidores insulares) pero sobre todo porque eran los antiperonistas vitoriosos quienes imponían esa identificación entre el caudillo al que habían derribado y el recuerdo de Rosas a la que el propio Perón se había resistido hasta entonces tan discreta como firmemente. Sólo cuando la Revolución Cubana pareció abrir una etapa nueva en el conflicto socio-económico latinoamericano esa reabsorción —ya despojada de los motivos económicos y contemporáneos a los que el Irazusta de 1955 no quería aún renunciar— se tornó más atractiva como paralelo retrospectivo a la del peronismo en un consenso político conservador, juzgada por muchos aún más urgente. Desde 1959 comenzaba a prepararse así la evolución que tuvo su frustrada culminación en el retorno de los restos de Rosas para ocupar un lugar en un Altar de la Patria en que iban a reposar junto con los de sus enemigos, cuya construcción fue iniciada en 1973 a iniciativa del señor José López Rega, inesperado jefe de la derecha peronista, e interrumpida como es sabido por la caída del segundo peronismo.

A falta de esa consagración estrepitosa, la reconciliación entre las tradiciones historiográficas argentinas que el revisionismo había combatido, y una vertiente revisionista cada vez más nostálgica de sus remotas fuentes en el conservadurismo liberal argentino, la tuvo más sobria y decorosa en la incorporación de Julio Irazusta a la Academia Nacional de la Historia: bajo el perfil numismático del general Mitre, padre fundador a la vez de la Argentina moderna y de su historiografía, veteranos de la historia oficial y del primer



revisiónismo cambiaban ahora fatigadas cortesías, y no era claro si quedaba así consagrado el triunfo definitivo o la ruina final del revisionismo.

Pero esa versión revisionista no era la única ni la más robusta entre las que iban a devolver nuevo vigor a la corriente durante ese interregno de dieciocho años. Esta lo iba a deber sobre todo a la aceptación final, por parte de un peronismo proscrito pero intacto, de esa identificación con el pasado rosista que sus enemigos le achacaban.

A la vez el revisionismo que el peronismo hacía suyo reconocía inspiración ideológica aún más heterogénea que la ya pasablemente variada de la etapa 1930-55. En un clima de persecución primero políticamente rigurosa y luego cada vez más dispuesta a transacciones, pero desde el comienzo ideológicamente tolerante, los compañeros de ruta que el peronismo había reclutado a su izquierda tuvieron paradójicamente ocasión de exponer sus puntos de vista con mayor libertad que bajo la tutela de un régimen que los había utilizado sólo con extrema cautela y al cual inspiraban las más vivas desconfianzas. Gracias a ellos la problemática leninista del imperialismo, que había alcanzado sólo influjo marginal y casi clandestino en un revisionista él mismo atípico como Scalabrini Ortiz, es colocada a la vez en el núcleo de discusiones sobre los dos últimos siglos argentinos y en el contexto de ideas que había sido originariamente el suyo: hay ahora escritos que se proclaman revisionistas y analizan la época de Rosas en el cuadro general de la transición del feudalismo al capitalismo, utilizando un marco de ideas y un lenguaje que los revisionistas habían hasta entonces sinceramente ignorado.

Entre los revisionistas veteranos sólo José María Rosa acompañó con entusiasmo esa ampliación de la base humana e ideológica del revisionismo (fue también el único que vio con simpatía a la revolución cubana, aun después de su autodefinition como marxista-leninista, en la que proponía ver tan sólo un patriótico sacrificio a la necesidad de consolidar la alianza rusa). Esa definición meticulosamente no ideológica de su apoyo a Cuba no impidió que los escritos históricos de Rosa se poblaran de términos tomados en préstamo del vocabulario marxista; el uso que de ellos hacía revelaba la superficialidad de ese influjo nuevo (Rosa proclama por ejemplo a la economía inglesa dominada por el capital financiero ya en la década de 1820).<sup>4</sup> Pero si ello

tenía muy poco de sorprendente (Rosa tenía por costumbre tomar con sus contextos de ideas libertades tan amplias como las que se arrogaba con los datos históricos) quizá lo era más que también los neorrevisiónistas formados en décadas de producción historiográfica bajo signo marxista adoptaran bien pronto ese mismo estilo aproximativo, y no sólo los que como Rosa hacían de la historiografía un ejercicio de periodismo político retrospectivo (entre ellos nadie superaba en versatilidad, facilidad y felicidad de pluma, y desenfado ideológico al ex trotskista Jorge Abelardo Ramos)<sup>5</sup> sino también quienes la habían tomado —y presumiblemente la seguían tomando— más en serio, como los ex comunistas Rodolfo Puiggrós<sup>6</sup> y Eduardo Astesano.<sup>7</sup>

Es decir que esa ampliación del contexto ideológico-político en que se movía el revisionismo no aportó ningún progreso en el plano estrictamente historiográfico, en el cual la corriente había sido desde el comienzo notoriamente débil. No por ello dejaría de transformar profundamente las perspectivas históricas y actuales que ella había hecho suyas desde ese comienzo.

Si en sus formulaciones doctrinarias el peronismo había estado muy cerca del ideal político del primer revisionismo (la postulación de un liderazgo que integra en su séquito a todos los grupos sociales de alguna significación y a la vez los mediatiza enérgicamente) la reacción de la sociedad argentina a esa propuesta, y la respuesta política elaborada por el régimen a esa reacción, establecieron una identificación más estrecha entre las clases trabajadoras y consumidoras urbanas y el nuevo movimiento que la que se había conocido jamás en la Argentina entre un movimiento político y sus bases en la sociedad, y como contrapartida crearon también una distancia entre el peronismo y el resto de la sociedad que tampoco tenía precedentes en el pasado. El peronismo perseguido acentuaba aún más esos rasgos madurados durante su gestión del poder, en cuanto su séquito de clase media (que aunque minoritario no había sido desdeñable) y sus aliados en las clases propietarias (que aunque no movidos en general por ninguna adhesión política profunda le habían sido notablemente fieles) se rehusaban por igual a acompañarlo a las catacumbas.

La identificación más completa con las clases popula-

res y el impacto de la represión, que sólo intermitentemente afectaba su organización como movimiento político, pero proclamaba la intención de cerrarle permanentemente el acceso al poder, invitaban a una definición alternativa del peronismo, no como un movimiento destinado a alejar para siempre el fantasma de la revolución mediante la reconciliación de clases, sino como un movimiento revolucionario en sus medios y en sus fines. Sin duda no todos los neorrevisionistas de inspiración marxista y signo político peronista hacían suya esa nueva perspectiva (más de uno de ellos conservaba la cautela en la adopción de esa perspectiva revolucionaria que una larga experiencia había enseñado al movimiento comunista, y —coincidiendo con la estrategia de alianza con la burguesía nacional preconizada por el que había sido su partido— le reprochaba tan sólo no haberla descubierto donde estaba: no entre los sectores más esclarecidos de la oligarquía terrateniente —por cuyo estilo patricio la dirigencia comunista parecía sentir una fascinación casi proustiana— sino en la nueva burguesía industrial que por hipótesis integraba la coalición peronista).

Pero, aunque tanto Puigrós como Ramos resistiesen por entonces austeramente las seducciones de la perspectiva revolucionaria, ésta quedaba abierta y disponible como consecuencia de la aproximación al marxismo, y las circunstancias políticas de la hora la hacían particularmente atractiva a quienes —menos marcados por la historia de fracasos que había sido la de la Tercera Internacional en la etapa en que había tomado por tarea desencadenar la revolución a escala mundial— no parecían advertir del todo que la revolución social es siempre una cosa seria. En tiempos en que un veterano dirigente conservador, tardíamente aliado con el peronismo, el doctor Vicente Solano Lima, proclamaba en un momento de mal humor su intención de desencadenarla contra un gobierno que le vedaba cosechar los frutos de la victoria electoral que el apoyo de Perón le había permitido esperar, no es sorprendente que los intelectuales que se identificaban con un movimiento popular perseguido se identificasen a la vez con esa perspectiva revolucionaria, a la que la revolución cubana había arraigado en Latinoamérica y la frivolidad intelectual de la clase política había introducido en el vocabulario corriente de la vida pública nacional.

Ello daba una ambigüedad nueva al proyecto peronista, y esa ambigüedad iba pronto a ser cultivada por Perón con su habitual virtuosismo político. En cuanto a la dimensión historiográfica de la contraofensiva política con la que esa vertiente revisionista venía a identificarse, esa ambigüedad básica parecía abrir la posibilidad de muy complejas reorientaciones.

Ella hacía problemática la asignación a Rosas del papel de polo positivo que el revisionismo no había revisado jamás, en cuanto tornaba menos admirable el proyecto político en el cual, a juicio de los revisionistas, se había cifrado el mérito del rosismo. Sin duda José María Rosa tenía a su disposición una solución admirablemente sencilla para ese problema: el primer revisionismo había entendido mal a su héroe, que no había sido la columna del orden social por ellos admirada, sino un precursor y camarada austral de la democracia cuarentayochesca (por la cual desde luego había expresado siempre el más profundo horror). Aunque Rosa pudo apoyarse en textos de militante combatividad republicana, producidos abundantemente por la cancillería porteña durante el segundo bloque para despertar ecos gratos en el representante de Estados Unidos, esa reinterpretación de Rosas estuvo lejos de ganar la aceptación unánime de los revisionistas. No era sólo que, como era esperable, los conservadores reaccionaron con un despectivo silencio (sólo interrumpido por las estridentes acusaciones del doctor De Paoli)<sup>8</sup> a esa tentativa de catequización póstuma del Restaurador: ella no resolvía del todo los problemas que la integración

en una perspectiva marxista planteaba al revisionismo.

Esta, en efecto, desplazaba irremisiblemente el foco de atención del conductor que se situaba por encima de las clases para subordinarlas a una empresa política común a esas clases mismas; la presentación desde esa nueva perspectiva de la hazaña que a juicio del revisionismo era la de Rosas revelaba en ésta contradicciones que el primer revisionismo, menos atento a esa dimensión social, había podido ignorar exitosamente. Es revelador en este sentido un ensayo como el de Eduardo Astesano, en el que Rosas es presentado a la vez como el creador del capitalismo argentino y el primer líder del proletariado rioplatense; la incompatibilidad entre ambos papeles aparece evidente, si no a Astesano, a sus lectores más advertidos.<sup>9</sup>

Pero no era de ningún modo indispensable que la devoción exclusiva y excluyente por la memoria de Rosas sobreviviera a la identificación de ésta con la solución sustancialmente conservadora preferida para el presente y el pasado por el primer revisionismo. Y en efecto, el papel central de Rosas en la visión histórica propuesta por ese neorrevisiónismo revolucionario se vio pronto aún más efectivamente socavada que en la del neorrevisiónismo conservador, que —si devolvía al panteón de los héroes a sus enemigos y herederos— reservaba aún al Restaurador el lugar de honor en ese panteón.

Los nuevos rivales de Rosas eran los caudillos y subcaudillos provinciales que —tras de haber desafiado sin éxito su hegemonía— afrontaron sin mejor fortuna el ascenso del Estado nacional en la etapa posrosista. La preferencia por éstos no es difícil de comprender: puesto que el infortunio nunca les permitió desenvolver desde el poder política alguna, resulta menos escandaloso identificarlos con las que algo anacrónicamente ese nuevo revisionismo proyecta sobre el pasado. Felipe Varela, el derrotado jefe del alzamiento federal que conmovió al interior entre 1866 y 1867, puede ser presentado como el más peligroso enemigo que el imperio británico encontró en su camino en esos años,<sup>10</sup> ya que lo único que se opone a esa interpretación es el sepulcral silencio de las fuentes sobre esa lucha sobrehumana entre el paladín catamarqueño y la potencia insular; en los largos años en que ejerció el poder, Rosas estableció con Gran Bretaña relaciones de las que quedan huellas documentales abundantes y difíciles de encuadrar en los principios de antiimperialismo intransigente que el neorrevisiónismo revolucionario demanda de los héroes a los que rinde culto.

Pero el desplazamiento de Rosas por Peñalosa y Varela supone todavía algo más: a través de los episodios de rebelión sin futuro que ellos encabezaron, el neorrevisiónismo de izquierda se identifica con una historia continuada pero soterrada, que gracias a ellos aflora por un instante: es la de las clases oprimidas, tan antigua como la misma Argentina. Con ello esta nueva perspectiva disuelve, sin advertirlo siempre del todo, el vínculo entre revisionismo y tesis decadentista, en un movimiento simétrico al del neorrevisiónismo conservador. Lo que rastrea en el pasado no es un modelo para el futuro: es una promesa siempre frustrada que sólo ha de cumplirse finalmente en ese futuro a través de una ruptura revolucionaria varias veces cercana a producirse en el curso de la historia argentina, pero nunca consumada. En suma, el neorrevisiónismo revolucionario vuelve a creer, con el Alberdi de 1852, que la edad de oro de la República Argentina se encuentra en el porvenir, aunque esa edad de oro es desde luego muy distinta de ese pleno despliegue del orden capitalista que estaba en los votos del autor de las *Bases*.

La absorción de la perspectiva del primer revisionismo por dos versiones que —herederas de ella— se oponen puntualmente la una a la otra, pero coinciden en abandonar la devoción excluyente a la etapa rosista, como sede de una positividad luego perdida, refleja en el campo histórico el agotamiento de las soluciones políticas que preten-

den hacer una síntesis de motivos revolucionarios y conservadores manteniendo un equilibrio ideológico favorable a los segundos; refleja en suma el descubrimiento de que la revolución ha dejado de ser un ingrediente utilizable según los principios de la terapia homeopática para salvar al orden establecido y está comenzando a ser una alternativa de vigencia actual frente a ese orden. Es ese descubrimiento el que devuelve a Rosas todavía propuesto a la veneración colectiva por Julio Irazusta a un conservadurismo mucho más cercano al del consenso político que precedió y sucedió a su hegemonía de lo que hubiesen podido sospechar los lectores de textos revisionistas de décadas anteriores; pero es también el que erosiona su preeminencia para la visión histórica del neorrevisionismo revolucionario.

La continua vigencia del revisionismo parece entonces deberse —como decíamos al principio— sobre todo a una infinita capacidad de adaptación al temple cambiante de capas crecientes de opinión pública, despertadas gradualmente a los problemas del presente y el pasado argentinos por una crisis que no cesa de ahondarse. Esa agilidad en el cambio de valoraciones y perspectivas es excepcional en el campo historiográfico; lo que la hace posible es que en rigor el revisionismo es cada vez menos una corriente historiográfica y cada vez más una construcción de alegorías retrospectivas destinadas a dotar de alcurnia tradicional a las posiciones políticas favorecidas por los distintos autores revisionistas, ahora divididos por oposiciones irreconciliables. El resultado inevitable es que el significado de la literatura revisionista desde una perspectiva propiamente historiográfica es más pobre aún que en etapas anteriores, y ello no sólo en las contribuciones de autores que —como Jorge Abelardo Ramos o José María Rosa— siempre carecieron del interés y la paciencia necesarios para conceder atención seria a este aspecto de su tarea de publicistas. Aún indagadores deseosos de entender el pasado terminan por entregarse a esa actividad más mito-poética que histórica, y el mismo Eduardo Astesano que ofreció del papel de Rosas en la historia social argentina una interpretación que no logró unificar con éxito, pero está llena de ideas nuevas y penetrantes, no se prohibió presentar a Facundo Quiroga como un obrero de la construcción y el primer líder de la clase obrera argentina (una interpretación que, como Astesano tiene hartos motivos para saberlo, y advertiría sin duda si esa dimensión de su tarea de escritor de historia todavía le interesase, es sencillamente mentirosa);<sup>11</sup> en forma moralmente menos discutible, Ortega Peña y Duhalde publican colecciones de documentos recogidos no sin esfuerzo y seleccionados con admirable inteligencia sobre Quiroga y Felipe Varela, presentándolos mediante estudios preliminares que eluden obstinadamente utilizar las riquezas que así ofrecen a sus lectores, y prefieren reafirmar una imagen mitológica de ambos personajes que esos materiales tan honradamente agregados por otra parte desmienten con mortal eficacia.

Llevada al límite, la empresa revisionista parece encontrar así cauce más adecuado en la poesía que en la historiografía, y a la pobreza de la cosecha historiográfica del revolucionario neorrevisionismo se opone la deslumbradora riqueza de una obra poética que participa de su temple inspirador: me refiero a *Adolecer*, de Francisco Urondo, a la vez biografía del poeta, historia del presente y el pasado argentinos y aun historia del mundo. En este texto marcado, más aún que por la revolución cubana, por la epopeya triste del último Che, y precursor en 1967 de los movimientos que al año siguiente iban a intentar la síntesis entre la revolución social y la revolución surrealista, los héroes son el general Francisco Ramírez y su compañera la Delfina, adolescentes en un país adolescente, en un mundo primigenio de vagos y lentos ríos y deliciosos marginales de quienes esos paladines de una epopeya que es a la vez un idilio hacen sus amigos y protegidos.<sup>12</sup> Fren-

te a esa creación efficacísima, que refleja en gran poesía el temple de un momento efímero de la Argentina y el mundo, cualquier objeción basada en la falta de fidelidad histórica de esa visión de Ramírez (que había ya entrado en la edad madura y había impuesto sanciones extremadamente severas contra la vagancia rural) sería a la vez pedantesca e irrelevante.

¿Ese salvador rescate de la historiografía por la poesía ofrece el punto de llegada definitivo, a la vez que la justificación retrospectiva, del revisionismo? Nada es menos seguro; el revisionismo, discutible corriente historiográfica, ha completado su mutación en exitoso género literario; si en sociedades patriarcales los jefes de clanes querían escuchar la evocación infinita de los grandes hechos de su linaje (hechos a menudo inventados y linajes reconstituidos a veces por fantasiosas genealogías) en la Argentina de hoy las corrientes políticas quieren también que se les ofrezca un entronco privilegiado con el pasado nacional, en reconstrucciones que deben más a una rutinaria fantasía que a cualquier esfuerzo de indagación de ese pasado, o por lo menos subordinan a éste al pie forzado de unas conclusiones previamente convenidas, que sólo se trata de confortar con hechos seleccionados con ese propósito; mientras la demanda por tales producciones se mantenga, sin duda no faltarán quienes se apresuren a satisfacerla. El curso futuro de ese singular género literario depende estrechamente del de ese futuro mismo, y no está excluido que, si las circunstancias lo hacen oportuno, en uno de los futuros meandros de su curso sinuoso el revisionismo retorne a las perspectivas del decadentismo histórico que dominaron sus primeras etapas.

#### Notas

<sup>1</sup> Julio Irazusta, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia* (Buenos Aires, 1941).

<sup>2</sup> Ernesto Palacio, *Historia de la Argentina* (Buenos Aires, 1954).

<sup>3</sup> Ver Julio Irazusta, *Ensayos históricos* (Buenos Aires, 1950). En particular el prólogo, en el que Irazusta adapta al contexto del peronismo las posiciones desarrolladas en escritos de la etapa anterior reunidos en el volumen.

<sup>4</sup> José María Rosa, *Rivadavia y el imperialismo financiero* (Buenos Aires, 1964).

<sup>5</sup> Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas en nuestra historia* (Buenos Aires, 1957).

<sup>6</sup> Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* (Buenos Aires, 1956).

<sup>7</sup> Que adoptó el neorrosismo más tarde que el peronismo; su *Historia de la independencia económica* (Buenos Aires, 1951), muestra en la industrialización peronista el punto de llegada que legitima retrospectivamente el esfuerzo secular por la conquista del progreso económico que es la historia argentina, y denuncia en Rosas a un desertor de esa tarea nacional.

<sup>8</sup> Pedro de Paoli, *El revisionismo histórico y las desviaciones del Dr. José M. Rosa* (Buenos Aires, 1965).

<sup>9</sup> Eduardo B. Astesano, *Rosas. Bases del nacionalismo popular* (Buenos Aires, 1960).

<sup>10</sup> Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde, *Felipe Varela contra el Imperio Británico: las masas de la Unión Americana enfrentan a las potencias europeas* (Buenos Aires, 1966).

<sup>11</sup> Eduardo B. Astesano, *Martin Fierro y la justicia social* (Buenos Aires, 1963), pp. 118-120.

<sup>12</sup> Francisco Urondo, "Adolecer", en *Todos los poemas, 1950-1970* (Buenos Aires, 1973), pp. 235-36.

## "DURACIONES" Y "PARADIGMAS" EN LA ESCUELA DE LOS ANNALES

Los logros de la llamada "escuela de los Annales" son, sin duda, importantes. Aun para sus críticos más severos es un lugar común comenzar sus comentarios con frases elogiosas. "Ningún grupo de estudiosos ha tenido un impacto mayor, o un efecto más estimulante, en el estudio de la historia en este siglo que los historiadores franceses de la 'Escuela de los Annales'..." "Si existiera el premio Nobel para los historiadores, seguramente hubiera sido otorgado a Fernand Braudel".<sup>1</sup> Frases como estas son ejemplos usuales de esas observaciones. Los *annalistes* han ejercido, y aún ejercen, una indudable influencia, especialmente en América latina, donde a menudo se los ha percibido e invocado, en ocasiones sólo retóricamente, como los forjadores de una nueva historia, arquetipos de un nuevo paradigma historiográfico. De allí el interés por analizar cómo se transformó este grupo inicialmente marginal en el nuevo modelo de la historiografía francesa y en indagar algunas de las características de la renovación que propiciaba.

---

Una primera versión de este trabajo fue presentada al seminario sobre historiografía dirigido por el profesor Randolph Starn en la Universidad de California, Berkeley, en el otoño de 1981. Agradezco los comentarios del profesor Starn y los de mis colegas del PEHESA en Buenos Aires.

---

En este trabajo se analizarán algunos de los textos de la escuela francesa con el objeto de contestar varias de las preguntas que esa transformación sugiere. Resumidamente, esas preguntas pueden formularse de la manera siguiente: 1. ¿Constituye la "escuela de los Annales" una "escuela"?; 2. ¿En qué consiste el paradigma de los Annales?; y 3. ¿Cuáles fueron las contribuciones de los Annales al desarrollo de la metodología historiográfica?

En las conclusiones se sugerirán algunas respuestas preliminares a estos interrogantes. En efecto, desde la perspectiva de la sociología de la cultura, los *annalistes* constituyen, sin duda, una escuela.<sup>2</sup> Como se verá, tiene sus líderes, sus discípulos, sus héroes, sus enemigos y su programa. No obstante, desde un punto de vista epistemológico, su paradigma es difuso. Al menos, no existe un paradigma en el sentido estricto definido en la obra de Kuhn.<sup>3</sup> Finalmente, desde la perspectiva del historiador, la contribución de los Annales puede resumirse en su búsqueda de nuevas fuentes, temas y métodos y, sobre todo, en el tipo de problemas que se propone resolver.<sup>4</sup> Pero estas innovaciones se inscriben en una transformación de la historiografía contemporánea que es compartida por otras corrientes.

Se ha arribado a esas conclusiones a través de varios caminos. El primero de ellos, la historia de la escuela de los



*Annales* como la *histoire événementielle* de un grupo de historiadores que han liderado la vida intelectual en Francia durante los últimos cincuenta años. En segundo lugar, a través del análisis de la historia intelectual de ese grupo. En esta segunda parte el trabajo se basa en el examen de *El Mediterráneo...* de Braudel y continúa con el estudio de los textos de Ernest Labrousse y Paul Veyne, donde pueden rastrearse algunos de los temas que son objeto de esta nota.

## I.

Siguiendo a Stoianovich, es posible distinguir cuatro etapas en el desarrollo de la escuela de los *Annales*. En primer término, la protohistoria de los *Annales*, la época de la *Revue de synthèse historique* de Henri Berr. A partir de 1929, la fundación de los *Annales d'histoire économique et sociale* por Lucien Febvre y Marc Bloch y su continuada lucha contra los *sorbonnistes*. Luego, la era de Braudel como líder de la escuela y de la revista. Finalmente, la situación actual de "eclecticismo" y "consolidación institucional".<sup>5</sup>

El mismo Braudel rastrea tres principales influencias en la protohistoria de los *Annales*. La de los *Annales de Géographie* fundados en 1891 por Vidal de la Blache, uno de cuyos discípulos —Lucien Gallois— sería maestro de Lucien Febvre en la *Ecole Normale*. La del *L'Année Sociologique*, fundado en 1896-98 por Emile Durkheim y, finalmente la de la *Revue de Synthèse historique*, fundada en 1900 por Henri Berr.<sup>6</sup>

Son comprensibles las razones que llevan a Braudel a enfatizar la influencia de la geografía de Vidal de la Blache y de la sociología de Durkheim en esa etapa. Si considera

a Berr, De la Blache y Durkheim como igualmente influyentes en los orígenes intelectuales de los *Annales*, es debido a que Braudel mismo se sentirá más cercano a la geografía y a la sociología de éstos que a la filosofía de la historia de Berr. Esta es posiblemente la razón por la cual Braudel dice que de los tres hombres relacionados con los orígenes de los *Annales*, Berr, Febvre y Bloch, "el primero, Henri Berr (1862-1955) es el que me plantea los problemas más difíciles". El papel de Berr fue importante, pero sobre todo como "administrador de la hefejía". Respecto a él, "lo esencial fue, en las palabras de Lucien Febvre, el "grupo de hombres activos, vivaces, combativos y emprendedores que lo rodeaba".<sup>7</sup>

¿Fue esto así? Tal vez lo fuera desde la perspectiva de Braudel. Pero para Febvre y Bloch la monumental colección de *L'Évolution de l'Humanité* iniciada por Berr en 1920 fue, posiblemente, más importante. Fue en esta colección donde ambos publicaron sus grandes libros, el de Febvre sobre *Rabelais* y el estudio de la sociedad feudal de Bloch.<sup>8</sup> Esta colección, juntamente con la aparición de los *Annales*, inició la segunda etapa en la historia de la escuela.

Es en esta segunda etapa donde aparecen las características más notorias de los *annalistes*: una actitud abierta hacia las ciencias sociales, la conciencia de formar un grupo intelectual en lucha contra la *histoire événementielle*, y sus representantes en la *Sorbonne*, los *sorbonnistes*. ¿Expresaban esas características la formulación de un nuevo paradigma? Según Braudel, la respuesta a esta pregunta sería negativa "si uno entiende por paradigma un sistema de ideas estrictamente articulado y cerrado, una descripción que nunca ha correspondido a los *Annales*. El término 'paradigma' los hubiera sorprendido (a Febvre y Bloch) sin otorgarles ninguna satisfacción, mientras que las palabras 'modelo' y 'escuela' —esta última tan frecuentemente utilizada en relación a ellos— los hubiera incomodado".<sup>9</sup>

No obstante, según Stoianovich, sería el mismo Braudel quien habría formulado el "nuevo paradigma". La "historia total" y la concepción de distintas "duraciones" en el tiempo serían el centro del nuevo paradigma. Más adelante se analizará esta cuestión, es preferible por el momento completar el examen de lo que puede denominarse la etapa de institucionalización de la escuela de los *Annales*.

En la década de 1930, Febvre y Bloch, quienes habían trabajado juntos en Estrasburgo, se trasladan a París. Marc Bloch fracasa en su intento de ingresar a la *Quatrième Section* de la *Ecole des Hautes Etudes* y es ignorado por el *Collège de France*. Deberá incluso esperar para entrar en la *Sorbonne* como sucesor de Henri Hauser en la única cátedra de Historia Económica existente en el sistema universitario francés. Durante la guerra, Bloch trabaja clandestinamente para la Resistencia. Finalmente, es tomado prisionero y fusilado por los alemanes.

Lucien Febvre, por su parte, logra ingresar en el *Collège de France* en su segundo intento. Febvre había fundado y dirigido los *Annales* juntamente con Bloch desde 1929 hasta 1939. A partir de 1946, Braudel, Friedman y Morazé se convierten en editores asociados de la publicación. Pero, en las palabras de Braudel, "desde 1946 a 1956 Lucien Febvre fue de hecho el único editor de los *Annales*, de 1956 a 1968 yo fui, de hecho, el único editor a mi vez".<sup>10</sup> Comenzaba la era de Braudel como gran empresario de la historia.

En 1947 se crea la *Sixième Section* como un centro de investigaciones en ciencias sociales, aunque sin capacidad para otorgar títulos académicos. Durante los años siguientes Braudel se convirtió sucesivamente en director del nuevo *Centre de Recherches Historiques*, miembro del consejo de *Agrégation*, y en 1970 en el presidente-administrador de la *Maison des Sciences de l'Homme*.

# DEBATES



en la sociedad y la cultura

Salió el número 3

En venta en todos los quioscos del país

- Marcos Aguinis: La ideología de la cultura democrática  
 Oscar Landi: Los dilemas del Plan Nacional de Cultura  
 Tomás Eloy Martínez: El lenguaje de la inexistencia. Cultura y exilio  
 Juan José Llovet: La industria editorial argentina: el dolor de ya no ser  
 Eduardo Archetti: Fútbol, violencia y afirmación masculina  
 La Argentina del Futuro  
 Pablo Vila: Rock Nacional: ¿creación o consumo?  
 R. Cicerchia y M. Negroni: El peronismo hoy o los ecos de un diálogo roto  
 Vicente Palermo: El peronismo y la unidad  
 Pierre Nora: Nuestros años Foucault  
 John King: El Di Tella y la cultura del '60

Director: Jorge Balán. Codirector de este número: Oscar Landi.

Comité editorial: Beatriz Sarlo, Heriberto Muraro (directores asociados), José Aricó, Nelly Casas, Marcelo Cavarozzi, Roberto Cossa, Tony Díaz, Santiago Dubcovsky, Ricardo Ferraro, Roberto Frenkel, Oscar Landi, Oscar Oszlak, Enrique Tandeter. Secretario de redacción: Jorge Tula. Debates es una publicación del CEDES.

Los acontecimientos de mayo del '68 en París provocaron algunos cambios. La Sorbonne fue dividida en diferentes instituciones de alta enseñanza. En 1975 la *Sixième Section* se convirtió en la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales* con capacidad para otorgar títulos académicos. Continuaba siendo un centro de investigaciones, pero pasaba a ser al mismo tiempo parte de la universidad. Entre tanto, los *Annales* "habían logrado un enorme éxito. Publicar un artículo en la revista se convirtió, sin duda, en el primer escalón del *cursum honorum* normal".<sup>11</sup> Hacia fines de la década de los '60, Le Roy Ladurie, Marc Ferro y Jacques Le Goff se hicieron cargo de la dirección de los *Annales*. Rápidamente Braudel se encontraría en desacuerdo con ellos.<sup>12</sup>

Una última observación sobre los acontecimientos. Los *gros événements* de la primera mitad del siglo XX fueron las dos guerras mundiales y la crisis económica de 1930. Se ha argumentado que *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II*, el libro escrito por Braudel mientras era prisionero de guerra de los alemanes, es un trabajo contemplativo. Sería el resultado del rechazo por parte de Braudel de los tristes acontecimientos de la guerra. Pero puede, asimismo, argumentarse que la escuela de los *Annales* en sí misma surgió como un rechazo de un presente al que fuerzas irracionales volvían cada vez más ininteligible, tan ininteligible como la historia fáctica de los *sorbonnistes*. Bloch y Febvre intentaron crear una nueva historia. Una historia que fuera una herramienta útil para comprender el presente a través del pasado. Un presente que para ellos significaba crisis y guerra.

## II.

¿Qué tipo de historia era la historia hecha por los *sorbonnistes*? Algunos de los mejores ejemplos y definiciones pueden encontrarse en los trabajos de Langlois y Seignobos. En 1898 publicaron conjuntamente una introducción metodológica al estudio de la historia.<sup>13</sup> En ese estudio, siguiendo la tradición alemana, sostenían que la historia es una ciencia basada en documentos y en la crítica de los documentos.

La *Introduction aux études historiques* es, en alguna medida, el resultado de la profesionalización de los historiadores, un fenómeno que en Europa corresponde a la última parte del siglo XIX. En ese sentido, el trabajo es un intento de definir las reglas de la profesión y, al mismo tiempo, un intento de definir el objeto de estudio de esos "nuevos" profesionales.

En el libro se discuten principalmente las técnicas para la búsqueda y la crítica, tanto interna como externa, de los documentos. Esas técnicas son descritas siguiendo las enseñanzas de los historiadores alemanes, quienes habían llevado la metodología de la crítica documental cerca de la perfección. Pero lo que es importante aquí, no es tanto este aspecto de la metodología, como la concepción de la historia que en el libro se sustenta. Langlois y Seignobos creían que la historia consistía predominantemente en la recolección y crítica de los documentos. La historia, según estos autores, estaba basada en "hechos"; y los "hechos" podían extraerse de los documentos. La tarea del historiador consistía en la búsqueda de los documentos, su crítica, la detección de los hechos a través de los documentos y la organización de esos hechos siguiendo un orden cronológico. Una vez que todos los documentos fueran conocidos, y el número de documentos se suponía limitado, la tarea del historiador se encontraría concluida. Esta era la metodología aplicada en las obras de historia política y diplomática de fines del siglo XIX y principios del XX. Aunque sin duda de esta forma se obtenían crónicas seguras —y en ese sentido tanto como en la crítica documental

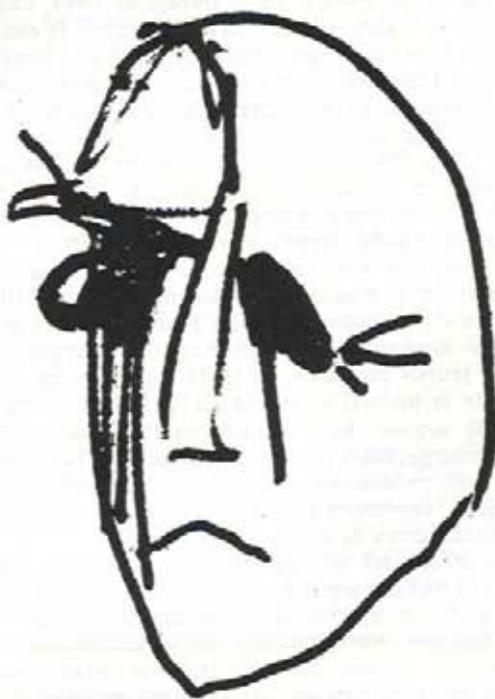
la contribución de este tipo de historia no puede desecharse fácilmente— las motivaciones más profundas de los hechos humanos escapaban con frecuencia al historiador.

El único punto que los historiadores de los *Annales* compartían con los historiadores positivistas era la concepción de la historia como ciencia. Pero los *Annalistes* rechazaban el acontecimiento, y la historia narrativa en él basada; ellos buscaban en la historia económica, en el caso de Bloch, o en la historia de mentalidades, como Febvre, una comprensión del pasado que se apoyara en fenómenos menos efímeros. Más tarde, Braudel se convertiría en el historiador de los *Annales* por excelencia.

Algunos autores, como Stoianovich y Hexter, han tratado de especificar el "nuevo paradigma", a partir de los trabajos de la escuela histórica francesa y especialmente de los de Braudel. Stoianovich llama al paradigma de los *Annales* "funcional-estructural" con el objeto de distinguirlos de los anteriores, a los que denomina "ejemplar" y "evolutivo". El primero de estos paradigmas implicaba una concepción de la historia que sirviera como guía para la acción, basándose en la hipótesis de la repetición cíclica de los procesos históricos siguiendo la concepción de Tucídides y Polibio. El segundo, que apuntaba a un conocimiento más riguroso del pasado, se basaba en la idea de progreso, siendo sus mejores ejemplos la escuela alemana y los trabajos de Langlois y Seignobos en Francia. Por el contrario, tanto para Stoianovich como para Hexter, la médula de la concepción braudeliiana de la historia se encuentra en los conceptos de "historia total" y en los tres niveles de "duración". Es conveniente señalar que se trata de problemas de índole diferente. Los dos primeros casos implican una concepción teleológica de la historia humana; en tanto que el planteo de Braudel se refiere al entrelazamiento de los hechos humanos y a su concepción de la obra histórica, que aparece alejada de la filosofía de la historia y atraída por problemas específicamente epistemológicos.

Como la concepción de la "historia total" no parece ser demasiado clara ni aun en los más fervientes partidarios del nuevo paradigma, es conveniente analizar en primer lugar los distintos niveles del tiempo. En *La historia y las ciencias sociales* Braudel denomina a esos tres niveles del tiempo la "larga duración", la coyuntura, y el acontecimiento (el largo e inclusive el larguísimo espacio de tiempo, el mediano plazo, y el muy corto plazo).<sup>14</sup> La "larga duración" es la historia de las estructuras que cambian muy despacio y pueden durar siglos; pero al mismo tiempo es la "historia de los obstáculos que las estructuras imponen a las acciones humanas".<sup>15</sup> Los obstáculos geográficos son el primer ejemplo, pero hay otros, como la cultura, las ideas o la *mentalité*, y aun una larga duración en la economía. La coyuntura es el tiempo de los economistas, el movimiento cíclico de diez, cincuenta años; "la cíclica alza y caída de los precios". Pero para Braudel éste no es solamente el tiempo de los economistas, es posible discernir el mismo movimiento cíclico en una sociedad o en una cultura. Finalmente, el muy corto plazo es el tiempo del acontecimiento, el campo tradicional de la historia política y diplomática. Aunque cabría preguntarse si no hay también una *histoire événementielle* de la economía o inclusive de la geografía, tal como sostiene Hexter. Sin duda, una rápida revisión de algunos textos de historia económica permitiría contestar afirmativamente ese interrogante.<sup>16</sup>

Resumiendo, se encuentran en Braudel tres pares de conceptos, tres niveles de duración, estructura-larga duración, coyuntura-mediano plazo, acontecimiento-corto plazo, que se encontrarían relacionados unos con otros. La relación entre esos tres pares de conceptos, esos tres niveles de tiempo, es probablemente la parte más débil del planteo de Braudel. Pero dejando de lado este problema por un momento, es posible buscar un ejemplo historiográfico de ese



enfoque teórico del pasado. El ejemplo paradigmático es, como es bien sabido, *La Méditerranée...*; el gran estudio de la historia del Mediterráneo en el siglo XVI. Pero ¿cuál *Méditerranée*? ¿El que fue publicado en 1949, o el publicado en 1966? Esta no es una pregunta meramente retórica. Es en la segunda edición donde cada una de las tres partes de la obra parece corresponder con las tres diferentes concepciones del tiempo.

En la primera parte de su libro Braudel describe el sistema espacial, es decir el clima, las montañas, las llanuras, los mares. "El complejo del medio físico por el cual, juntamente con el cual, y luchando contra el cual, hombres y mujeres desarrollan sus actividades, toma su lugar en el centro de la escena como un 'gran... personaje histórico'." <sup>17</sup> Estas son las estructuras que limitan al mismo tiempo que estimulan la actividad humana. Un buen ejemplo de esta perspectiva lo constituye la relación entre la distribución anual de las lluvias, las altas temperaturas y la producción de granos. Dice Braudel:

"El defecto de este clima para la vida de los hombres proviene de la distribución anual de las lluvias. Lluve mucho, y en algunas partes, desmesuradamente. Pero las lluvias se producen en otoño, en invierno y en primavera, principalmente en primavera y en otoño. Esto es a la inversa, en general, de los climas del monzón, los que organizan el encuentro fructífero del calor y el agua. El clima mediterráneo separa estos dos importantes factores de vida, con los resultados que es fácil adivinar." <sup>18</sup>

El clima cambia muy lentamente, necesita siglos; los hombres se encuentran limitados por el medio, pero pueden cambiarlo aunque ésta no sea una tarea sencilla.

En los tres primeros capítulos de la segunda parte, Braudel estudia la economía mediterránea. Es decir, las fuentes monetarias, los movimientos de los precios, el comercio, los mercados y la demografía. Si en la primera parte la presentación del material se hace de acuerdo con los sistemas espaciales, en la segunda se hace de acuerdo con los tipos de intercambio. En los últimos cuatro capítulos de la segunda parte, Braudel extiende la idea de coyuntura a otras formas de las actividades humanas. "Trata del problema de los 'imperios' en el capítulo cuatro, trazando las líneas

de la expansión e interacción de los imperios turco y español; el problema de las 'civilizaciones' en el capítulo cinco, considerando la permeabilidad de las fronteras culturales a los cambios tecnológicos y su impermeabilidad a las ideas religiosas y esbozando la expansión geográfica del barroco desde sus orígenes romanos y españoles; el problema de las 'sociedades' en el capítulo seis, delineando la movilidad social (principalmente con respecto a la 'traición de la burguesía' en su búsqueda de títulos nobiliarios y con respecto a la retención de la supremacía socioeconómica por parte de la nobleza) y la marginalidad (las clases que están fuera o en el borde de la sociedad: mendigos, vagabundos, bandidos); y el problema de la 'guerra' en el capítulo siete, estudiando la defensa de los perímetros y la economía de guerra (el financiamiento, la piratería, la especulación y sus beneficios)." <sup>19</sup>

En esta segunda parte, Braudel está tratando con estructuras y coyunturas simultáneamente. Pareciera que "estructura" y "larga duración" en este caso son los largos ciclos de la economía mediterránea, las tendencias seculares desde 1450 a 1630 o 1650. Detrás de estas tendencias se encuentran los diferentes ritmos de las coyunturas económicas y sociales. <sup>20</sup> Esta es la razón por la cual Hexter asocia la larga duración con la geografía, la sociedad, y la cultura; y la *moyenne durée* con la economía y algunas veces la sociedad; y el corto plazo con la política; aunque debe agregar "si las relaciones mencionadas no siempre parecen consistentes con cada relación que Braudel hace, es debido a que las mismas relaciones de Braudel no son siempre consistentes". <sup>21</sup> ¿Podrían ser explicadas estas aparentes inconsistencias por las diferencias entre la primera y la segunda edición de *El Mediterráneo*? Esa es una posibilidad que es necesario explorar.

La presentación general, la división en tres partes, no fue alterada en la segunda edición. Pero lo que Braudel llama larga duración y estructura en 1966, era geohistoria en 1949. "Braudel diferenciaba la geohistoria de la primera parte, de la historia de las estructuras de la segunda parte." <sup>22</sup> Braudel decía en las conclusiones de la primera parte que omitirá en la segunda edición:

"Hacer de la tradicional geografía histórica a la Longnon, consagrada casi únicamente al estudio de las fronteras de los Estados y las circunscripciones administrativas sin la menor preocupación por la tierra misma, por el clima, el suelo, las plantas y los animales, los géneros de vida y las actividades obreras, si se quiere, una verdadera geografía humana retrospectiva; obligar así a los geógrafos (lo que sería relativamente fácil) a prestar mayor atención al tiempo y a los historiadores (lo que no lo sería ya tanto), a preocuparse más por el espacio y por todo lo que el espacio sustenta, engendra, facilita y entorpece; en una palabra, inducirlos a tomar suficientemente en consideración su formidable permanencia: tal sería, a nuestro modo de ver, la ambición de esta *geohistoria*, cuyo nombre apenas nos atrevemos a pronunciar; no es otra en realidad la ambición del presente libro y, por lo menos a nuestros ojos, su verdadera razón de ser, la justificación de la lanza que rompe en favor de la convergencia de estas dos ciencias sociales que son la historia y la geografía, que ninguna razón ventajosa aconseja mantener separadas la una de la otra." <sup>23</sup>

La segunda parte, "Destinos colectivos y movimientos de conjunto", podría haberse llamado historia social, la historia de los grupos y de los agrupamientos humanos, si historia social no hubiera perdido parte de su profundo significado. Como alternativa, Braudel prefirió "la historia estructural de Gaston Roupnel".

Samuel Kinser ha señalado las influencias intelectuales en la primera edición de *La Méditerranée*. Esas influencias serían, en la primera parte, la de la geohistoria de Vidal

de la Blache, el geógrafo francés admirado por Lucien Febvre.<sup>24</sup> Es notoria, también, la influencia de Febvre, pero de las ideas expuestas por Febvre en su *La Terre et l'évolution humaine*.<sup>25</sup> Kinser también detecta en la segunda parte de *La Méditerranée* la influencia de la historia estructural de Gaston Roupnel, que es básicamente historia agraria. Roupnel tenía el mismo rechazo que Braudel por el acontecimiento. La otra gran influencia intelectual en esa segunda parte es la de Henri Pirenne, el gran medievalista belga que escribió una historia política de Europa mientras era prisionero en un campo alemán durante la primera gran guerra. Pero es el Pirenne historiador de la economía quien influye a Braudel, y es tal vez esta influencia la explicación del mayor interés de Braudel en el comercio a larga distancia y en el papel de las ciudades que en la producción.

Parecería, entonces, que los cambios en las interpretaciones teóricas subyacentes en los distintos *Méditerranéens* pueden explicarse por la reflexión del autor sobre su propia obra y por los cambios en el marco intelectual en Francia durante las décadas del cincuenta y del sesenta.

¿Cuáles eran las referencias de ese marco intelectual cuando Braudel escribía *La longue durée* en 1958 y cuando revisaba *La Méditerranée* durante la década del sesenta? El estructuralismo y la historia serial.

Braudel enseñaba junto a Lévy-Strauss en la *Ecole Normale* durante ese período, y él mismo dice hacia el final de la segunda edición de *La Méditerranée* "Soy 'estructuralista' por temperamento, poco atraído por el acontecimiento, y a medias solamente por la coyuntura, ese agrupamiento de acontecimientos del mismo signo".<sup>26</sup> Pero el estructuralismo de Braudel no es el estructuralismo de Lévy-Strauss. La definición de estructura en los textos del primero es demasiado amplia. Para Braudel "una estructura es, por supuesto, una construcción, una arquitectura, pero arriba y debajo de ella hay una realidad a la que el tiempo usa y abusa durante largos períodos".<sup>27</sup> Para Lévy-Strauss, por el contrario, "el término 'estructura social' no tiene nada que ver con la realidad empírica sino con modelos que se construyen a partir de esa realidad. Las relaciones sociales constituyen la materia prima a partir de la cual se construyen los modelos de la estructura social, en tanto que ésta no puede, bajo ningún concepto, reducirse al conjunto de relaciones sociales a ser descritas en una sociedad dada".<sup>28</sup> No parece necesario insistir en el tema para mostrar que el término estructura tiene significados diferentes en Braudel y en Lévy-Strauss. Tal vez más importante sea señalar la imprecisa relación entre cada uno de los pares de términos de la triada de Braudel. Si la estructura es una realidad, ¿qué es la *longue durée*? ¿Es también una realidad? Pareciera que *longue durée* se refiere a cierta clase de duración y estructura a una realidad dentro de esa duración. Pero el *status* intelectual de ambos términos no es claro.

Por otra parte, la concepción de Braudel de los modelos como "hipótesis, sistemas de explicación sólidamente asociados entre sí"<sup>29</sup> está más cerca al significado de estructura en Lévy-Strauss. Como se verá, este nuevo concepto fue incluido en la segunda edición de *La Méditerranée*.

Historia cuantitativa e historia serial fueron una segunda influencia importante en la edición de 1966 de *La Méditerranée*. Un subcapítulo totalmente nuevo, titulado "*Peut-on construire le 'modele' de l'économie méditerranéenne*" indica su importancia para Braudel en 1966.<sup>30</sup>

El origen de la historia serial se remonta bastante más atrás de Braudel, hasta el trabajo de François Simiand. Pero la gran figura de la historia serial es Ernest Labrousse. En su primer trabajo, basado en la información estadística de la administración del Antiguo Régimen, intentaba distinguir entre las varias clases de fluctuaciones económicas en un período algo inferior a un siglo.<sup>31</sup> Esa era la primera historia serial; historia económica dominada por

la historia de los precios. En su trabajo de 1944, Labrousse va más lejos.<sup>32</sup> Esta vez se trata de concluir la controversia acerca de los factores económicos en los orígenes de la Revolución Francesa. Contra las tradicionales explicaciones de la revolución como resultado de una larga tendencia al alza o una larga tendencia a la baja —la "revolución de la riqueza" o la "revolución de la pobreza"— presenta a la revolución, en sus aspectos económicos, como el resultado de una crisis corta inscrita en un largo ciclo de alza. Esta interpretación tiene importantes implicaciones en cuanto a lo que aquí interesa. En primer lugar, porque Labrousse logra relacionar claramente distintos tipos de "duraciones", el largo y el corto plazo. En segundo lugar, porque al mostrar las consecuencias de la crisis para los distintos grupos humanos, su trabajo implica un desplazamiento de la historia económica a la historia social como centro de interés. Este último desarrollo se confirmará en sus investigaciones posteriores basadas en las diferencias socio-profesionales. En ellas, "estructura" pasará a significar "estructura social", y en ese sentido Labrousse se encontrará cerca de un marxismo flexible.

En la década del '60, una historia cuantitativa más rigurosa que la historia serial fue desarrollada por J. Marczewski siguiendo el modelo del economista norteamericano Simon Kuznets. Para la nueva corriente cuantitativa sólo merecían ese nombre aquellos trabajos cuyos resultados se ajustaban a un sistema retrospectivo de cuentas nacionales.<sup>33</sup>

No obstante, los partidarios de la historia serial han señalado algunas de las limitaciones de la historia cuantitativa así entendida, esencialmente la de estar restringida a un marco nacional y a la era estadística. La metodología de la historia serial se continuó aplicando a nuevos temas, convirtiéndose en la opinión de algunos autores en uno de los campos más promisorios de la historiografía, especialmente en sus aplicaciones a la demografía histórica o en el estudio de fenómenos culturales como la actitud del hombre frente a la muerte, siguiendo el marco provisto por *L'homme devant la mort* de Philippe Aries.<sup>34</sup>

Más allá de su influencia en el nuevo subcapítulo de Braudel, la historia serial coincide con la tradición de los *Annales* en su lucha contra el acontecimiento, y la concepción de la historia como crónica del Estado. La historia serial enfatiza que los hechos no están dados en los documentos, sino que por el contrario, los documentos son seleccionados en términos de la problemática.

¿Qué había ocurrido entretanto con el acontecimiento? Al parecer había perdido su lugar en la historia.

La tercera parte de *La Méditerranée*, "Los acontecimientos, la política y los hombres", es la única que permanece sin cambios en la segunda edición. Pero Braudel no estaba seguro de la necesidad de incluirla en esa nueva edición.

"He dudado mucho en publicar esa tercera parte escrita bajo el signo de los acontecimientos. Ella se relaciona con una historia francamente tradicional."<sup>35</sup>

El acontecimiento había perdido prácticamente su lugar en el paradigma de los *Annales*. Sin embargo, en 1971 Paul Veyne publicaba su *Comment on écrit l'histoire*.<sup>36</sup> Veyne es, de acuerdo con Raymond Aron, un miembro de "la tercera generación de la escuela de los *Annales*"; al parecer, culpable entre otras cosas, de escribir un libro sobre epistemología histórica en Francia sin siquiera citar a Braudel una sola vez.<sup>37</sup>

El trabajo de Veyne es importante por varias razones. Primero porque su autor es un discípulo de la escuela de los *Annales*; segundo porque no es usual que un miembro de la escuela escriba sobre epistemología y, finalmente, porque en su libro se encuentra la rehabilitación del acontecimiento.

La afirmación central de Paul Veyne es que la historia

consiste, sobre todo, en la narración de una trama. La trama es construida por el historiador con acontecimientos, pero los acontecimientos existen solamente en la trama. "La historia es relato de acontecimientos: todo el resto se le escapa".<sup>38</sup> Aquí Paul Veyne está cerca de la perspectiva de Hayden White y del enfoque interpretativo de las ciencias sociales.

En efecto, para White la historiografía puede ser examinada desde el punto de vista formal de la teoría del lenguaje, por lo que el "modo" de la narración, combinado con la forma de la argumentación y la ideología, permitirá la clasificación del discurso en estilos que se corresponden con los tropos del lenguaje poético. Esta caracterización no pretende, sin embargo, establecer criterios de calidad, debido en parte al carácter precientífico de la historia.<sup>39</sup>

Para los representantes más extremos del enfoque interpretativo de las ciencias sociales, por su parte, éstas sólo pueden ofrecer interpretaciones que, aunque no verificables, den sentido a los hechos y que sólo pueden ser reemplazadas por otras cuya coherencia interna sea mayor.<sup>40</sup>

Es casi innecesario señalar que lo que da sentido al fluir de los acontecimientos es, en todo caso, la trama en la que

se inscriben. ¿Son, entonces, las reglas de la historia las mismas que las de la narrativa? ¿Es la historia otra "ciencia social interpretativa"? Para Veyne la respuesta es negativa. "La historia es una narración de acontecimientos verdaderos."<sup>41</sup> La historia no tiene un método, pero tiene una crítica, la crítica de los documentos. Aquí Veyne está cerca de los planteos de Langlois y Seignobos. Pero para Veyne, a diferencia de aquellos, la historia no es una ciencia. Las ciencias físicas subsumen los hechos en leyes, la historia los integra en tramas. Para el aristotélico Veyne, la ciencia reina sólo en el orden supralunar, la historia corresponde al orden sublunar.

"Esto es imaginar que la historia es una ciencia humana; tales son las dos ilusiones: creer que las ciencias humanas son sublunares, creer que la historia no lo es. Contra el historicismo y el cientificismo en historia, es necesario volver a la filosofía clásica, para la cual la historia no existe y los hechos históricos no son científicos."<sup>42</sup>

La concepción de la historia de Paul Veyne plantea, entonces, varios problemas. El primero de ellos es su proximidad a los análisis formales de la historiografía. El segundo, y más relevante para los problemas aquí tratados, consiste en cómo entender desde esa perspectiva la historia estructural, la geohistoria y la historia serial. De acuerdo a Veyne estas distintas corrientes historiográficas se refieren a acontecimientos no considerados aún como tales.

"En Francia, la escuela de los *Annales*, congregada alrededor de la revista fundada por Marc Bloch, es adicta a deslindar las zonas fronterizas de su campo; según estos pioneros, la historiografía tradicional estudiaba demasiado exclusivamente los grandes acontecimientos reconocidos como tales desde siempre; se hacía la "historia de los tratados y las batallas"; pero se dejaba sin explotar un inmenso campo de *non-événementiel*, donde nosotros no percibimos los límites; *non-événementiel* se refiere a acontecimientos no reconocidos aún como tales: historia del terror, de las mentalidades, de la locura o de la búsqueda de seguridad a través de los tiempos."<sup>43</sup>

¿Cómo considerar, entonces, desde esta perspectiva, la geohistoria y la historia estructural de Braudel? Se intentará contestar esta pregunta recurriendo una vez más a las lecturas que Hexter y Kinsler han hecho de los textos de Braudel. Para Hexter "... en el Mediterráneo, las penínsulas son actores claves... Son casi personas... El protagonista de este drama histórico con *su reparto tan peculiar*, es, por supuesto, el Mediterráneo mismo. Tiene propósitos propios, que algunas veces logra alcanzar"<sup>44</sup> Kinsler denomina "humanismo organicista" a la tendencia a dar forma humana a las entidades geográficas.<sup>45</sup> La historia estructural y la historia serial se refieren a acontecimientos aún no considerados como tales, pero muchas veces incluidos en una narrativa.

La historia estructural, la geohistoria, la historia serial, las duraciones, son sólo narración de acontecimientos; diferentes modos de contar historias, como bien sabía Braudel:

"Hemos llegado, así, a una nueva descomposición de la historia por pisos. O, si se quiere, a la distinción, dentro del tiempo de la historia, de un tiempo geográfico, de un tiempo social y de un tiempo individual. O, si se prefiere esta otra fórmula, a la descomposición del hombre en un cortejo de personajes. Tal vez sea esto lo que menos se me perdonará, aunque afirme, defendiéndome de antemano, que también los recortes tradicionales fraccionan la historia viva y sustancialmente una; aunque sostenga, en contra de Ranke o de Karl Brandt, que la historia-relato no es un método, o no es

## NUEVA SOCIEDAD

NOV/DIC 1984

Nº 75

Director: Alberto Koschuetzke  
Jefe de Redacción: Daniel González V.

ANÁLISIS DE COYUNTURA: Gregorio Selser: Panamá: Las Exequias del Torrijismo; Edén Melo: Uruguay: La Democracia Otra Vez.

TEMA CENTRAL: LA CALIDAD DE LA VIDA: Omar Ovalles: Tolerar el Futuro. Utopías y Proyectos Políticos; José Balbino León: ¿Qué Significa Vivir? El Hombre y su Ambiente; Hernán Contreras M.: ICV = 1 - 3.125 (15 y 55). Un Modelo Cuantitativo de Calidad de la Vida; Pedro Cunill G.: Geografía para Tiempos Difíciles; Ted Córdova-Claure: La Calcutización de las Ciudades; Octavio E. Alves de Brito: Ambiente, Política, el "Otro Desarrollo"; Miguel Mata: La Pobreza de la Riqueza. La Sociedad Petrolera; Rubén Gazzoli: El Barrio entre la Mitología y la Realidad; Fernando Villegas D.: La Calidad de la No-Vida en Chile; A. Orsatti - G. Riquelme: El Seguro Social: ¿Mito Jurídico?; Pedro Galán: Sangre, Sudor y Lágrimas. Las Condiciones de Trabajo; Teresita De Barbieri: Las Mujeres Menos Madres. Control de la Natalidad: ¿Control de la Mujer?

### SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)

	ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
América Latina	US\$ 20	US\$ 35
Resto del Mundo	US\$ 30	US\$ 50
Venezuela	Bs. 150	Bs. 250

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD.

Dirección: Apartado 61.712-Chacao-Caracas 1060-A - Venezuela.

Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

AHORA PUEDE OBTENERLA EN LA ARGENTINA

Distribuye: Catálogos S.R.L.

Av. Independencia 1860 - Buenos Aires / Telf. 38-5708

el método objetivo por excelencia, sino también una filosofía de la historia: *aunque asevere, y demuestre más adelante, que estos planos superpuestos no pretenden ser otra cosa que medios de exposición y no me abstenga, ni mucho menos, de pasar de uno a otro, sobre la marcha... Pero ¿para qué alegar?*"<sup>46</sup>

¿Es éste el fin de nuestra encuesta a través de la historiografía francesa? De ningún modo. La tradición de los *Annales* rechazará la trama de Paul Veyne y la vuelta al acontecimiento. Esta vez en las palabras de Le Roy Ladurie, quien en su conferencia en el *Collège de France* en noviembre de 1973 señaló:

"Es necesario constatar que la historia científica es bastante más que simples meditaciones sobre el azar y el acontecimiento, y sobre las intrigas sublunares... Para nosotros, el estudio de los fenómenos contingentes no puede hacerse sin estudiar los necesarios, sobre todo cuando estos últimos presentan el aspecto de una regularidad o de una probabilidad estadística."<sup>47</sup>

La historia es nuevamente una ciencia. La cita de Le Roy Ladurie, con su referencia indirecta a Paul Veyne señala el rechazo del historiador por la interpretación del epistemólogo.<sup>48</sup> Esta divergencia no es casual. En tanto que autores como Veyne o White suelen partir del estudio de los "grandes textos", trabajos en muchos casos más próximos al ensayo que a la tarea de investigación, los historiadores suelen interesarse más por las reglas de un *métier* más ligado a la investigación y a los trabajos monográficos. Es, por otra parte, el ejercicio de la crítica de estos últimos lo que va conformando los criterios del historiador.

Aquel rechazo, no parece sin embargo irreductible. Aun un examen rápido de la producción más reciente de los *Annales* nos dará una imagen más ecléctica. Un buen ejemplo se encuentra en *Faire de l'histoire*, una colección de artículos publicados en 1974 por Jacques Le Goff y Pierre Nora.<sup>49</sup>

El libro está organizado en tres volúmenes. El primero, "Nouveaux Problèmes"; el segundo, "Nouvelles Approches"; el tercero, "Nouveaux objets". Los problemas abarcan desde la operación histórica hasta el retorno del acontecimiento, incluyendo la historia conceptualizante y las ideologías. Los nuevos enfoques son los nuevos avances en arqueología, economía, demografía, religión, arte, ciencia, política, literatura. Los nuevos objetos son el clima, la cocina, la opinión pública. Tal vez más importante, los autores son, entre otros, Jacques Le Goff, Le Roy Ladurie, Michel de Certeau, Paul Veyne, François Furet, Nathan Wachtel, Pierre Vilar. Es decir, estructuralistas, marxistas, *annalistes*; discípulos de Labrousse, de Braudel, seguidores de Levy-Strauss, Derrida, Marx. "La historia es una casa de muchas habitaciones", decía Braudel. Tal vez sea éste el significado de "historia total".

La escuela de los *Annales* ha sido, sin duda, una inspiración sugerente para todos los historiadores. Pero ¿son esta pluralidad de métodos y enfoques privativos de la escuela? Una rápida mirada a las revistas contemporáneas —"Past and Present", "History and Theory", "Comparative Studies in Society and History", "The Journal of Contemporary History"— permitiría una respuesta negativa. Estos no son ejemplos de escuelas en el sentido que se le ha dado a escuela aquí, pero son buenos ejemplos de la "nueva historia".

### III

La historia de los *Annales* puede ser contada como una historia de controversias y lealtades, una historia de héroes y renegados; y si ha alcanzado una victoria burocrática e institucional, es debido a que esas victorias son

más factibles que las intelectuales. Pero ambas están relacionadas. El grupo original de los *Annales* requería una bandera para ocupar un lugar —que por otra parte sin duda le correspondía— en la historiografía francesa. Su paradigma lo constituye, en todo caso, una actitud abierta hacia las ciencias sociales y la continua búsqueda de la innovación. Sus logros son, sin duda, una fuente de inspiración y una defensa contra toda ortodoxia.

No obstante, no puede dejar de señalarse las distancias existentes entre los escritos militantes de un Febvre o un Braudel y sus medidas y cuidadosas obras de historiadores. Esto parece tener más que ver con la institucionalización de una formación cultural, para utilizar el lenguaje de Williams, que con las transformaciones de la tarea misma. Esa institucionalización se relaciona a su vez con las características de la vida intelectual en Francia y también con las formas de validación de la obra histórica. Una disciplina cuyos criterios de calidad, si no de verdad, se remiten al juicio de la "comunidad académica" requiere cambios profundos en esa comunidad para que las innovaciones puedan ser aceptadas y sobrevivir. La profesionalización implica, por otra parte, el acceso a fuentes de financiamiento que, en general, en el período de los orígenes de los *Annales* se encontraban en manos del Estado. Será justamente durante la era de Braudel que instituciones independientes comenzarán a hacer sentir su influencia en las ciencias sociales.<sup>50</sup>

Estas son sólo algunas conclusiones preliminares. Una respuesta completa a las preguntas iniciales requeriría de una segunda exploración. Esta vez sobre contenidos. Debiéramos preguntarnos hasta qué punto la escuela de los *Annales* ha cambiado nuestro conocimiento de la historia de Europa occidental. Esa pregunta excede en mucho los propósitos de esta nota, pero probablemente sólo entonces agotaríamos los interrogantes planteados al comienzo. Pues si es difícil precisar el "nuevo paradigma" a través de un análisis formal, tal vez un análisis de los problemas que constituyen la preocupación habitual de los historiadores fuese más exitoso. Es muy posible que el resultado de esta otra tarea nos permitiera descubrir que no se trata tan sólo de formas aparentemente nuevas de contar viejas historias.<sup>51</sup>

### Notas

<sup>1</sup> H. R. Trevor-Roper, "Fernand Braudel, The *Annales*, and the Mediterranean" en *Journal of Modern History*, XLIV, diciembre, 1972, pp. 468-479.

Samuel Kinser, "Annaliste Paradigm? The Geohistorical Structure of Fernand Braudel", *The American Historical Review*, Vol. 86, No. 1, febrero, 1981, pp. 63-105.

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, Raymond Williams, *Cultura*, Buenos Aires, 1981. Williams distingue entre formaciones e instituciones culturales para diferenciar los movimientos, escuelas y corrientes que tienen una organización independiente y laxa de los grupos formalmente organizados. Algunos tipos de formaciones se organizan internamente "alrededor de alguna manifestación pública" como la publicación de una revista. Por sus relaciones externas, Williams distingue entre las formaciones de "especialización" de las "alternativas" y de "oposición". Estas últimas se caracterizan por permitir la "producción, exposición o publicación" de ciertos tipos de obras que las instituciones tienden a excluir. Obviamente, las formaciones pueden institucionalizarse. Este sería el caso de la escuela de los *Annales*.

<sup>3</sup> ... "The term 'paradigm' is used in two different senses. On the one hand, it stands for the entire constellation of beliefs, values, techniques, and so on shared by the members of a given community. On the other, it denotes some sort of element in that constellation, the concrete puzzle-solutions which, employed as models or examples, can replace explicit rules as a basis for the solution of the remaining puzzles of normal science." Thomas S. Kuhn, "Postscript 1969" en *The Structure of Scientific Revolutions*, Londres,

1970, p. 175. (Hay ed. en español.)

<sup>4</sup> Paul Ricoeur, *The Contribution of French Historiography to the theory of History*, Oxford, 1980, p. 46.

<sup>5</sup> Traian Stoianovich, *French Historical Method. The Annales Paradigm*, with a Foreword by Fernand Braudel, Ithaca y Londres, 1976.

<sup>6</sup> Fernand Braudel, "Foreword" en Stoianovich, *French Historical Method*, p. 11.

<sup>7</sup> Fernand Braudel, "Personal Testimony", *Journal of Modern History*, XLIV, diciembre, 1972, pp. 448-467.

<sup>8</sup> Lucien Febvre, *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle: La Religion de Rabelais*, en colección "L'Evolution de l'Humanité", París, 1942. (Hay ed. en español.)

Marc Bloch, *La Société féodale*, en colección "L'Evolution de l'Humanité", París, 1939-40. (Hay ed. en español.)

<sup>9</sup> Braudel, "Foreword", p. 11.

<sup>10</sup> Braudel, "Personal Testimony", p. 461.

<sup>11</sup> Braudel, "Foreword", p. 16.

<sup>12</sup> Braudel, "Personal Testimony", p. 467.

<sup>13</sup> Charles V. Langlois y Charles Seignobos, *Introduction aux études historiques*, París, 1898.

<sup>14</sup> Fernand Braudel, "History and the Social Sciences: the Longue durée", en F. Braudel *On History*, Chicago, 1969, pp. 25-54. Originalmente publicada como "Histoire et Sciences Sociales: La Longue durée", *Annales ESC*, XIII, octubre-diciembre, 1958, pp. 725-53.

<sup>15</sup> Jack Hexter, "Fernand Braudel and the Monde Braudellien", *Journal of Modern History*, XLIV, diciembre, 1972, pp. 480-539.

<sup>16</sup> Los diferentes sentidos que la palabra coyuntura tiene en inglés y en francés se trasladan algunas veces al castellano. Es útil en ese sentido la siguiente puntualización de Wallerstein: "En la literatura histórica francesa de los últimos veinticinco años, la trinidad estructura, coyuntura, acontecimiento, que se refiere a tres tiempos sociales diferentes, ha sido ampliamente usada. (...)

"Algunos traducen la trinidad como *structure, conjuncture, event*. Pero otros han observado que la definición dada por el diccionario del término *conjuncture* en inglés es radicalmente diferente del que tiene *conjuncture* en esta trinidad. El término francés *conjuncture* como es usado aquí se refiere a una tendencia de quince, treinta años de alza o de baja a lo largo de alguna curva; en tanto que el término inglés *conjuncture* normalmente se refiere a un punto de encuentro en el tiempo de fuerzas diferentes - cercano, aunque no igual, al término francés *événement*". Immanuel Wallerstein, "Concepts in the Social Sciences: Problems of Translation", en Marilyn Gaddis Rose, ed. *Translation Spectrum*, Nueva York, 1981, pp. 88-98.

<sup>17</sup> S. Kinser, "Annaliste Paradigm?", p. 78.

<sup>18</sup> Fernand Braudel, *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1966, 2a. ed., I, p. 218.

<sup>19</sup> Kinser, "Annaliste Paradigm?", pp. 89-90.

<sup>20</sup> Braudel, *La Méditerranée*, 2a. ed., II, p. 214.

<sup>21</sup> Hexter, "Fernand Braudel", p. 533.

<sup>22</sup> Kinser, "Annaliste Paradigm?", p. 70.

<sup>23</sup> Fernand Braudel, *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949, 1a. ed., p. 296.

La traducción de las citas de la primera edición se ha tomado de la versión en castellano publicada por el F.C.E., pp. 317-318.

<sup>24</sup> Véase Paul Vidal de la Blache, "Tableau de la géographie de la France" en Ernest Lavisse, ed. *Histoire de France*, París, 1911.

<sup>25</sup> Lucien Febvre, en colaboración con Lionel Bataillon, *La terre et l'évolution humaine: Introduction géographique à l'histoire*, París, 1922, 1er. Vol. de la colección de H. Berr "L'Evolution de l'Humanité".

<sup>26</sup> Braudel, *La Méditerranée*, 2a. ed., II, p. 520.

<sup>27</sup> Braudel, "The Longue durée", p. 31.

<sup>28</sup> Levy-Strauss, "Social Structure" en A. L. Kroeber, ed. *Anthropology Today*, Chicago, 1953, citado en Kinser, "Annaliste Paradigm?", p. 81.

<sup>29</sup> Braudel, "The longue durée", p. 40.

<sup>30</sup> Véase Braudel, *La Méditerranée*, 2a. ed., I, pp. 383-421. No nos concierne aquí la crítica de contenido. Sin embargo, este capítulo ha sido objeto de fuertes críticas.

Véase Jan de Vries, "The Classics in Translation", *Reviews in European Economic History*, I, marzo, 1975, pp. 468-473.

<sup>31</sup> Ernest Labrousse, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle*, París, 1933.

<sup>32</sup> Ernest Labrousse, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1944.

<sup>33</sup> Ricoeur, *The Contribution*, p. 25.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>35</sup> Braudel, *La Méditerranée*, 2a. ed., II, p. 223.

<sup>36</sup> Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, París, 1971.

<sup>37</sup> Véase Stoianovich, *French Historical Method*, p. 219.

<sup>38</sup> P. Veyne, *Comment*, p. 14.

<sup>39</sup> Véase Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore y Londres, 1980.

<sup>40</sup> Charles Taylor, "Interpretation and the Sciences of Man", en Paul Rabinow y William M. Sullivan ed. *Interpretative Social Science*, Berkeley y Los Angeles, 1979, pp. 25-72.

Véase también Paul Ricoeur, "The Model of the Text: Meaningful Action Considered as a Text" en *ibidem*, pp. 73-102.

<sup>41</sup> Veyne, *Comment*, p. 22.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>43</sup> Veyne, *Comment*, p. 31.

<sup>44</sup> Hexter, "Fernand Braudel", p. 518 (el subrayado es mío).

<sup>45</sup> Kinser, "Annaliste Paradigm?", p. 72.

<sup>46</sup> Braudel, *La Méditerranée*, 1a. ed. p. XIV; p. XIX de la versión castellana (el subrayado es mío).

<sup>47</sup> Emmanuel Le Roy Ladurie, "L'histoire immobile", *Annales ESC*, mayo-junio, 1974, pp. 673-692.

<sup>48</sup> Ricoeur, *The Contribution*, p. 45.

<sup>49</sup> Jacques Le Goff y Pierre Nora, ed. *Faire de l'histoire*, Vol. 3, París, 1974. (Hay ed. en español.)

<sup>50</sup> Sobre este punto véase Tulio Halperin, "La cuantificación en historia: trayectoria y problemas", en Francis Korn (comp.), *Ciencias sociales: palabras y conjeturas*, Buenos Aires, 1977, pp. 185-203.

<sup>51</sup> Para el empleo de una concepción de paradigma ligada al análisis concreto de problemas historiográficos, véase David Cannadine, "The Past and the Present in the English Industrial Revolution" en *Past and Present*, No. 103, mayo, 1984, pp. 131-172.

## CULTURA Y MORAL: EL AMOR Y LA SEXUALIDAD EN OCCIDENTE

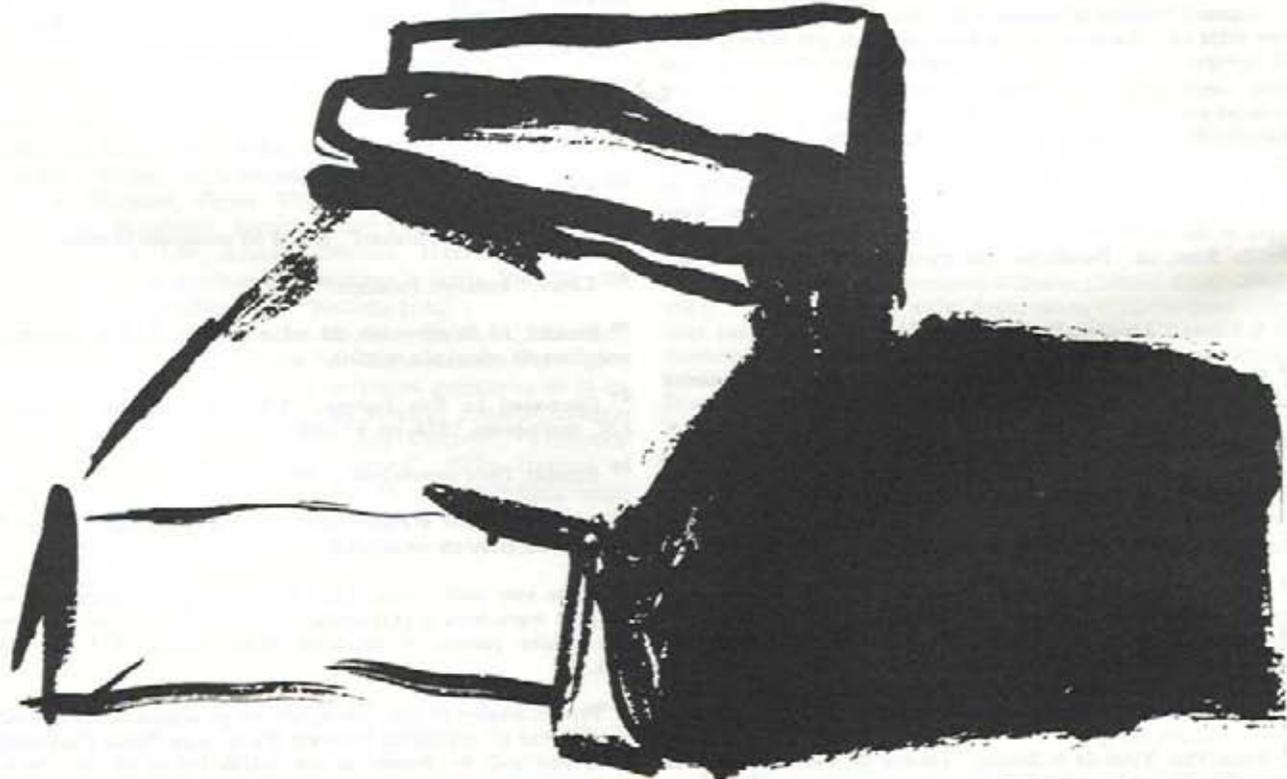
Una explícita "voluntad de saber" parece animar a un conjunto de investigaciones e interpretaciones que en los últimos años, han coincidido en una indagación histórica sobre conductas, valores y representaciones relativas a la sexualidad, la familia, el amor y el matrimonio en la sociedad y la cultura occidentales. En ese sentido, un repertorio teórico y metodológico más bien heterogéneo, en el que confluyen la sociología y el psicoanálisis, la historia social, de las ideas y de las "mentalidades" y la genealogía foucaultiana, ha alimentado una serie de textos que, más allá de sus divergencias, recortan un objeto de estudio.<sup>1</sup>

Cabría preguntar, ¿qué es lo que sostiene esa apelación reiterada a descubrir y fijar las huellas del pasado en los núcleos más "privados" de nuestra constitución erótica? El primer tomo de la obra de M. Foucault dedicada a esta cuestión<sup>2</sup> no es ajeno a su proyección contemporánea, aunque de un modo perfectamente paradójico: denunció un "dispositivo" moderno que "hace hablar" al sexo con

el mismo movimiento con que venía —como nadie antes— a constituirlo como discurso. Que el psicoanálisis, en su dimensión cultural más extendida, está bien ligado a esta problemática es tan evidente como que sabemos relativamente poco sobre esa implicación.

No siendo historiador, son estos interrogantes los que animan estas líneas sobre el último libro de Flandrin, (Jean-Louis Flandrin, *La moral sexual en Occidente*, Barcelona, Granica, 1984)

En una obra anterior<sup>3</sup> el mismo autor se ocupó de la historia de la familia moderna, a partir —decía entonces— del propósito de superar los estrecheces de una investigación histórica tradicionalmente limitada a la "vida pública". Y no sólo porque la separación público/privado es menos determinante para explicar la sociedad tradicional, sino porque tal objetivo se asociaba a la pretensión de trascender las costumbres y relaciones de los poderosos para iluminar la vida privada de los sectores populares. La mis-



ma intención es explícita en el libro, apenas anterior, de Shorter,<sup>4</sup> aunque, en el caso de este último, con una narración dominada por el argumento de una marcha progresiva de la cultura familiar hacia una vigencia creciente del valor de la *privacy*.

La *moral sexual en Occidente* reúne trabajos publicados originalmente entre 1964 y 1978, de modo que muchos de ellos son anteriores a su obra ya citada. Y sin embargo eso no limita el interés, en la medida en que, precisamente, su agrupamiento es un buen indicador de las investigaciones parciales y diversas que la hicieron posible. Ante todo, porque enfrenta el clisé sociológico de un pasaje más o menos homogéneo de la familia "tradicional" a la familia "nuclear" con las evidencias de una trama mucho más compleja y una temporalización de sus formas que no es ni progresiva ni continua. Pero, además, porque resulta ejemplar en el recurso a las fuentes más variadas, tanto por el carácter de los documentos como por el criterio de delimitación de los problemas.

Como sea, esa pluralidad se organiza en torno de algunos temas: el amor, la moral sexual conyugal y extraconyugal, el niño en las prácticas conyugales, la vida sexual de los solteros. Resulta claro que, en cuanto todas las investigaciones se refieren al medio geográfico y cultural francés, conviene limitar toda generalización indebida.

### El amor y el matrimonio

Es ya sabido que la historia del "amor" es independiente, y bien separada durante siglos, de la historia del matrimonio como institución así como de la historia de las prácticas conyugales. También lo es que el matrimonio "por amor" es casi una excentricidad occidental y, además, excepcional hasta, por lo menos, el siglo XVIII. Al respecto está establecido el papel de la Iglesia mediante una prédica, vigorosa y constante a través de los siglos, que opone la procreación, como único fin legítimo de la unión de los esposos, a la lujuria y el placer estéril de los amantes.

Una cuestión abierta, sin embargo, se refiere al origen de élite o plebeyo del "amor conyugal". El análisis de títulos de libros durante el siglo XVIII muestra, siguiendo a Flandrin, un interés nuevo de lectores, obviamente pertenecientes a segmentos de élite, sobre el tema. Si hasta entonces tanto moralistas de la Iglesia como laicos solían escribir *contra* el matrimonio "por amor", a juzgar por los indicios señalados, por entonces, en algo cambió la actitud de cierto público letrado.

¿Debe concluirse que el amor conyugal como valor "moderno" tiene su origen en las élites cultas y luego fue difundido a los sectores populares, con activa participación de moralistas, médicos y aun de la propia Iglesia que vino a santificarlo en un momento dado? Tal secuencia, sin ser falsa, no es nada segura, ni mucho menos da cuenta de alguna raíz original de los nuevos valores. Porque, por otra parte, persiguiendo la formación del "amor" en la cultura campesina, Flandrin destaca ciertos rasgos de sus prácticas sentimentales en torno al cortejo y los encuentros prenupciales en los que "hacer el amor" (que por entonces equivale a "hacer la corte") es algo que se hace a las muchachas casaderas esperando desposarlas, con lo que la tradición campesina muestra un vínculo entre amor y matrimonio que no existe en la tradición "cortés".

La constitución, entonces, de una moral matrimonial que, hacia el siglo XX, coloca al "amor" en el centro mismo de su excelencia, no puede resolverse a partir del desenvolvimiento de una sola tradición. De cualquier modo, si la recopilación comentada favorece una aproximación a sentidos múltiples y reconstrucciones parciales de estos indicios, todavía no está suficientemente planteada la cuestión de las comunicaciones y préstamos entre la cultura de las élites y las representaciones y prácticas populares antes del siglo XIX.

### El niño y la procreación

Los aportes del autor a la historia de la infancia (especialmente con el extenso trabajo "La actitud hacia el niño pequeño y las conductas sexuales. Estructuras antiguas y evolución") comienzan, casi como un homenaje, con la reproducción de su crítica —de 1964— al libro de Ph. Ariès<sup>6</sup> que inauguró ese tema de investigación para la historia de las ideas.

Los análisis de Flandrin combinan la exégesis de textos, el estudio de los refranes, los aportes de la demografía y la recolección de testimonios para indagar los cambios en el lugar que el niño ocupa en la trama que sostiene la moral matrimonial. ¿Qué procesos determinan la progresiva extinción de prácticas tan generalizadas en otros tiempos, como el infanticidio, la exposición y el abandono? Destacar un aspecto del problema —el papel de la Iglesia— en la exposición del autor, permite constatar bien cómo el trabajo sobre la historia tiene efectos renovadores —a veces sorprendentes— sobre las sucesivas certidumbres.

El papel, en todo caso ambiguo, de la pastoral católica depende del despliegue de una contradicción entre el interés por el niño y la prescripción del estricto cumplimiento de la "deuda conyugal" y el fin de la procreación. En síntesis, la reanudación rápida de las relaciones sexuales después del nacimiento del niño, y el nuevo embarazo casi inmediato, constituyen una causa frecuente de muerte del infante por la alteración de la lactancia materna, por lo menos hasta la aparición, relativamente reciente, de ese simple y culturalmente revolucionario artefacto: el biberón. Frente a esto, la moral matrimonial canónica a la vez que condenaba el infanticidio terminaba alentando a concebir más hijos de los que una familia media podía alimentar. Cuando esta contradicción —de la que hay evidencia en la propia pastoral moral— pasa al interior del matrimonio, aparecen favorecidas fuertemente la adopción y difusión de prácticas anticonceptivas. Es decir que si el papel del cristianismo es preponderante en la constitución de una moral matrimonial, sus consecuencias no dejan de ser paradójicas. Parece haber contribuido a sensibilizar a los padres en los deberes hacia el niño, pero, del cambio en la actitud hacia la vida del recién nacido resulta, luego de dos milenios de prédica cristiana, un refuerzo de la contracepción en la moral conyugal.

### Represión o erotización de la sexualidad

Sobre la evolución de la sexualidad en nuestra cultura hay apreciaciones bien contradictorias. Por una parte, quienes privilegian una óptica cuantitativa postulan una erotización acentuada de la cultura occidental desde el siglo XVIII, a partir de las tasas crecientes de ilegitimidad y de concepciones prenupciales. Por otra parte, historiadores de las "mentalidades", como L. Febvre y Ph. Ariès coinciden con el planteamiento freudiano de una creciente represión hasta el siglo XX.

Si hay represión, en todo caso, ésta resulta de la conjunción de un hecho *moral* (la actividad sexual sólo es legítima en el matrimonio) con una evidencia *demográfica* (el matrimonio tardío en Europa occidental). Cualquier análisis histórico de las regulaciones impuestas a la sexualidad de los jóvenes debe integrar estas dos evidencias.

Al respecto, la actitud de los moralistas cristianos parece haber variado en un punto fundamental. Durante la alta Edad Media recomiendan a los padres que casen a sus hijos apenas llegados a la pubertad, con lo que reconocen a las pulsiones sexuales un cierto carácter irreprimible. Por el contrario, hacia los siglos XVIII-XIX insisten en que la juventud es una etapa decisiva de la vida para dominar y reprimir voluntariamente las tentaciones carnales.

De cualquier modo, no es seguro que el matrimonio

durante la pubertad fuera alguna vez regla en Europa, aunque si es constatable el aumento de la edad matrimonial desde la Edad Media. Si este cambio puede, en algún sentido, ser signo de una represión, sus resultados son al menos dudosos, si se piensa de qué modo, precisamente, coincide con el citado aumento de la ilegitimidad y la prenupcialidad y, al mismo tiempo, con la emergencia de la cuestión médica y moral —tan “moderna”— de la masturbación.

Tampoco parecen interpretables en un sentido concluyente ciertos datos de la historia social. Por ejemplo, es cierto que durante el siglo XVI las autoridades cierran burdeles públicos en las ciudades y persiguen ciertas prácticas más o menos toleradas hasta entonces, como las violaciones colectivas de muchachas pobres o sin familia. También lo es que, después del Concilio de Trento, la autoridad eclesiástica condena y reprime los escándalos de las “alegres abadías” y combate las libertades relativas que caracterizaban los encuentros —sobre todo nocturnos— y las prácticas de cortejo en el medio campesino.

¿Puede decirse que, desde entonces y hasta el siglo XX, se instala una era de coerción creciente y exitosa de las pulsiones sexuales? Nada es menos seguro. Ante todo están los datos cuantitativos ya señalados, cuya significación debe enmarcarse en una serie de procesos heterogéneos; la elevación de la edad matrimonial, la supresión de antiguas libertades y el cierre de burdeles, pero también el creciente número de mujeres jóvenes que migraban a las ciudades. Como sea, parece que sólo después de 1750, con el afloramiento relativo de la presión moral que ejerció la Reforma católica, crecieron los nacimientos ilegítimos y las concepciones prenupciales.

Por otra parte, la emergencia del problema del “onanismo” en la literatura médica y moral del siglo XVIII, se destaca como un dato bien preciso y significativo para la historia de la sexualidad. Durante la alta Edad Media la masturbación es, en esencia, un “pecado de clérigos” y los médicos no se ocupan de ella, no porque no existiera sino porque no la consideraban dañina. Todo indica que el mito médico montado en torno a los placeres solitarios se hace cargo de un problema originado ya en prácticas disciplinarias de conventos, escuelas y cuarteles. Como sea, el discurso y la intervención médico-moral aparecen a la vez como un refuerzo de esa represión pedagógica y religiosa, y como la manifestación de un cambio de registro, largamente amasado, de una sexualidad ahora concebida en una dimensión subjetiva e “íntima”, según la figura del deseo acariciado en soledad. No parece inadecuado definir esa secuencia —bien “represiva”— como una “erotización” de la moral, de lo cual da cuenta, ante todo, la literatura sentimental y, entre otras cosas, el nacimiento de ese género tan “moderno” que es la narrativa pornográfica.

Para terminar, resulta destacable que Flandrin adjudica al psicoanálisis un carácter de modelo para situar la labor del historiador en estos temas, algo que aparece bastante alejado de su libro anterior. Cito: “Cuando el pasado nos invade por senderos que no son los de la historia —por el lenguaje, la literatura, la moral, el derecho, etc.— como sucede, entre otros casos, en materia de sexualidad, entonces, la historia podría cumplir una función terapéutica”. ¿Cómo? “Restituyendo a ese pasado lo que de él se ha reprimido” (pp. 10-11).

Pretensión de la disciplina histórica que, por lo menos, arriesga tanto como lo que promete si se atiende a que el “psicoanálisis” podría estar ya convirtiéndose en uno de los mitos mayores de nuestro tiempo. De cualquier modo, la posibilidad misma de abrir ese pasado múltiple y desgarrado de nuestra historia erótica, de reconocernos simultáneamente en tradiciones diversas y aun contradictorias, esta pulsión por hurgar en archivos y testimonios los indicios más o menos insabidos de nuestros orígenes amorosos, ¿no es la manifestación misma de que el saber

sobre el “amor” y la sexualidad resulta hoy mucho más enigmático y trastocado? Si es así, “historias” como las de Flandrin pueden asimilarse más a un síntoma que a una terapia. Si la función de este historiador “de nuevo tipo” quiere asimilarse a una cura psicoanalítica, no es precisamente del lado del analista donde habría que buscar su lugar.

#### Notas

<sup>1</sup> Una muestra de esto es el reciente volumen de “Communications”, 35, *Sexualités occidentales*, París, Seuil, 1982.

<sup>2</sup> *Histoire de la sexualité I. La volonté de savoir*, París, Gallimard, 1976. (Traduc. castellana: Siglo XXI, México, 1977). Los dos tomos recientemente publicados —1983— reubican la empresa de Foucault en una dirección diferente.

<sup>3</sup> *Orígenes de la familia moderna*, Barcelona, Grijalbo, 1979. La edición francesa es de 1976.

<sup>4</sup> Edward Shorter, *The making of the modern family*, Basic Books, 1975. Edición castellana: *El nacimiento de la familia moderna*, Buenos Aires, Crea, 1977.

<sup>5</sup> Un texto reciente de Philippe Ariès supone una revisión de las contradicciones en el interior del discurso pastoral matrimonial, a la vez que postula que en la sociedad romana se crearon condiciones previas para el éxito de la larga prédica eclesiástica en favor del matrimonio indisoluble. “Le mariage indissoluble”, en el citado número de *Communications*.

<sup>6</sup> Ph. Ariès, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, París, Plon, 1960; reeditado por Seuil en 1973, no conozco que se haya traducido.

<sup>7</sup> Sobre el particular, Elisabeth Badinter, *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel (XVIIe-XIXe siècle)*, París, Flammarion, 1980. Traducido con insólito título: *¿Existe el amor materno?*, Barcelona, Paidós, 1981.

EL BI  
MESTRE  
político y económico



Publicación del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA)

#### ES LA MEMORIA DE LA OPINION PUBLICA

Y le ofrece en sus secciones:

**CRONOLOGIA:** La síntesis de toda la información de la prensa porteña sobre el país, sistematizada por temas y ordenada cronológicamente, de enorme valor documental.

**LOS TEMAS DEL BIMESTRE:** Una introducción a la Cronología que destaca los ejes dominantes del acontecer de cada bimestre y sus interrelaciones.

**TEMAS PARA EL DEBATE:** Dedicada al análisis en profundidad de los tópicos más importantes de la coyuntura.

**EDITORIAL:** Una toma de posición lúcida frente al período.

**DOCUMENTOS:** Los más destacados que se producen durante cada bimestre.

MAS DE DOS AÑOS REGISTRANDO LA INFORMACION SOBRE LA ARGENTINA

SUSCRIBASE: Un año (6 entregas): Argentina \$a 3.000.- América U\$S 25, Resto del mundo U\$S 30.  
Cheques\* a nombre de CISEA - Puayredón 510 - 6to. piso - 1032 Buenos Aires - Argentina - Tel. 87-8284 y 87-7874 \*

\* En Argentina, sobre plaza Buenos Aires; en el exterior, sobre plaza EE.UU.



# KANT: CRITICA Y MODERNIDAD

**K**undera<sup>1</sup> elige como texto fundacional de la modernidad a *Don Quijote*, privilegiándolo frente a las *Meditaciones metafísicas*. Encuentro la elección acertada: como despedida paródica a las nostalgias del pasado, Quijote es casi (o ya) un proyecto iluminista.<sup>2</sup> Su héroe —uno y trino— emblematiza ese momento inicial de constitución de un nuevo sujeto, para el cual la distinción entre real e imaginario es, ante todo, trabajosa, y a menudo inútil (al menos, si se la quisiera entender como saber ontológico). Pero también inevitable.

El rasgo identificatorio del paradigma irrupiente es la desconfianza ante esa heredada polaridad, según la cual los términos que condensan las prerrogativas de la realidad son, alternativamente, lo inmediato en su puntualidad empírica, o bien lo trascendente en su distancia metafísica. De ahora en más, ambos polos son sometidos a la crítica, voz de orden de la razón posrenacentista, pues es

sólo a partir de una demolición inaugural que se podrá conformar la nueva identidad. Estamos en la revolución copernicana: la tierra, impiadosamente descentrada, gira alrededor del yo-pienso.

Propongo extender esta épica de la suspicacia hasta una obra habitualmente no calificada como ficción, aunque ofrece el sistema de ficciones más adecuado —creo— para intentar superar las aporías generadas por esa misma racionalidad iluminista, de la cual da el testimonio más lúcido. Pienso en la *Crítica de la razón pura*.

2. El texto kantiano representa la culminación del ciclo abierto por la duda en que las cosas sean como *se cree* que son. A tal efecto desarrolla una doble aptitud. Primero, como punto de convergencia de los impulsos iconoclastas característicos de lo moderno. Simultáneamente, como neutralización de la sospecha y prudente recuperación de la verdad objetiva, es decir, como instancia de contención

del escepticismo, sin la cual lo relativo y contingente pierde su significación como tal.

La novedad de la *Critica* consiste en la invención de un nuevo campo metadiscursivo (una nueva lógica: la "trascendental"), poblado por esa clase peculiar de figuras teóricas que Kant llama "condiciones *a priori* de posibilidad", y que no son sino entidades ideales, ficciones hipotetizadas como pautas ordenadoras de los datos naturales y culturales con los que se enfrenta el hombre y a los cuales da con ellas sentido. La única legitimidad de estas categorías reside en su capacidad para explicar el conocimiento. O sea, para ser asumidas como presupuestos *lógico-trascendentales* de discursos que, no por ser "universales" (compartibles) y compartidos por una comunidad lingüístico-intelectual son menos perfectibles y provisorios en la información que vehiculizan.

La producción gnoseológica de ese sujeto limitado y finito que es el hombre de la modernidad (destronado por Kant como presunto rey de la creación, *imago Dei*, microcosmos) encuentra de este modo una garantía de su función cultural, sobre la cual se constituye la socialidad misma.

Pese a la terminología dura en la que Kant se expresa, la propuesta es una universalidad moderada. Se trata de ofrecer un criterio de evaluación para los juicios calificables como verdaderos o falsos en atención al modo como proporcionan conocimiento. El análisis kantiano de las condiciones formales del juzgar carece de proyecciones ontológicas y se limita a proponer un elenco de conceptos que respaldan la dimensión universal (*i.e.* los rasgos de comunicabilidad, traducción, refutación, sustitución) del saber efectivo producido por el sentido común y las ciencias particulares. Pero este *a priori* organizativo es tan relativo como el paradigma dentro del cual cumple esta tarea de respaldo "trascendental". Representa los módulos operativos de la razón occidental en el conocimiento, una actividad definida por el desdoblamiento entre lo fundante y lo fundado, entre un marco de reglas *formales* dadoras de sentido y un *material* extrasubjetivo, que resulta por ellas informado y adquiere así significación social.

Básicamente, Kant no hace más que ofrecer un esquema inédito de la unidad/distinción entre lo subjetivo y lo objetivo, sólo dentro del cual la razón misma resulta acotada —en oposición a todo pretendido "saber absoluto"—, y es posible discernir entre conocimiento y otros tipos de discurso (metafísica, poesía, religión, etc.).

Asimismo —y esto es importante—, ganan su especificidad los juicios de la práctica. Porque esta racionalidad ecuménica, *européica* en el sentido que Weber o Husserl dan al término, se activa también en el otro componente de la desintoxicación ideológica promovida por el kantismo. La distinción entre las condiciones constitutivas de un juicio descriptivo y las propias de uno prescriptivo, el hiato entre *ser* y *deber ser*, permite pensar la legalidad específica de lo ético-político y evaluar las modalidades de actuación de las decisiones respectivas.

El compromiso político del intelectual Kant con su época tiene su lugar de acceso a la realidad histórica en esta novedosa geografía de la razón moderna.

3. Antes de retomar este último aspecto quiero insistir en uno de los aportes de Kant a nuestra contemporaneidad posiluminista.

La crítica —actitud epocal— se potencia como "método", o sea "camino", siguiendo el cual se progresa en el saber y en la vida colectiva. Consecuentemente, las *Criticas* —el triple texto tomado como proyecto metodológico unitario— pueden visualizarse como la transcripción conceptual alta de la aventura educativa por excelencia para el Iluminismo: el *viaje*.

El sujeto de la modernidad es urbano y viajero, un *Weltbürger* que ha mediatizado sus vínculos primarios. La cer-

teza que mueve a este yo cosmopolita es la necesidad de lanzarse al nuevo espacio/tiempo, vivido como apertura potencialmente ilimitada para el despliegue de su razón constructivista. Viajar es conocerse a sí mismo conociendo al "género humano" en sus variadas concretizaciones; es relativizar la historia al violentar la etimología: la *cultura* es entendida ahora a partir del *desarraigo*, correlato existencial de la duda metódica (un "cultivar" y "construir" problematizando las raíces); es madurar como persona al desacatar toda tradición no absuelta por el tribunal de la crítica.

Este tema de la maduración individual y colectiva es inequívocamente kantiano. El iluminismo se autodefine en Kant como el abandono de la minoría de edad de la humanidad, de la cual el hombre mismo es culpable por no atreverse a razonar sin tutores ideológicos ni soportes clasistas (*quien puede pagar no necesita pensar*, imputa en "¿Qué es el Iluminismo?"). La *Critica de la razón pura* se configura, desde esta perspectiva, como el vademecum del *voyageur* moderno, a la búsqueda de esa verdad laica y endeble que es el conocimiento científico; un astrolabio para no extraviarse con los ensueños del viandante solitario ni contentarse con la mordacidad insular.<sup>3</sup>

Y debe agregarse: la identidad inaugurada por el deambular quijotesco se prolonga equivalentemente en el nervio "práctico" que tensiona al cogito kantiano y lo lleva a postular una forma racional de convivencia, asentada en la endiada libertad-propiedad. El yo-pienso/produzco emprende su viaje con propósitos también combativos: la nueva eticidad (la del intercambio de ideas, principios morales y mercancías) desarticula los engranajes ideológicos de la máquina absolutista y, a través de la propagada conciencia del valor del individuo, neutraliza el decisionismo del soberano barroco.

4. Vivimos situaciones todavía demasiado surcadas por los dilemas inherentes a ese modelo de "razón" que confiere significado histórico a las reflexiones de Kant, como para replantearnos el núcleo del criticismo: la determinación de los límites y capacidades del sujeto "teórico" como sistema de *funciones* gnoseológicas, y del sujeto "práctico" como voluntad *libre*. Seguimos discutiendo esta herencia en el contexto del occidente weberiano; o mejor, luchamos aún por vivir en conformidad a pautas culturales definidas por las exigencias de la conciencia moderna: comunicabilidad de nuestras experiencias, evaluación de nuestros discursos en base a criterios racionales compartidos, respeto por la persona, tolerancia y laicismo, equidad social: en general, por esa constelación de valores ligados a los ideales de libertad y justicia, discernidos a la luz de la razón como instrumento crítico. Un legado que es continuamente releído, jaqueado, refocalizado. Como ocurre con la figura de Kant, elemento de transmisión de estos módulos existenciales.

Sintomática en tal sentido es la opinión —prematuramente última— de Foucault. En consideraciones cuyo mayor mérito encuentro en su sugerente mezcla de lo obvio, y lo discutible, este auténtico *maitre à penser* incluye a Kant entre los diseñadores de una "ontología del presente", o sea, en una tradición hermenéutica que cuestionaría su propio tiempo —a diferencia de la pasiva "analítica de la verdad" (lógica, gnoseoepistemología)—, y de la cual él mismo se siente partícipe en cuanto crítico del poder. Ambas tendencias tendrían su origen en el así paradójico filósofo de Königsberg, y representarían el *aut-quit* doctrinario de la actualidad.

Que Kant aparezca alineado de este modo no es totalmente novedoso. Ha sido Heidegger —en su embate *völkisch* contra los neokantianos, pensadores de la infinitud "judía"— quien primero lo ha propuesto. A su manera. En otro contexto, Foucault aspira a ser original destacando que la originalidad de Kant residiría en filosofar sobre la

modernidad desechando el esquema vertical consuetudinario (el de la "querrela entre antiguos y modernos") e inaugurando uno "sagital", dirigido horizontalmente a su tiempo. Y respalda su lectura en lo que sería la actitud kantiana ante el acontecimiento signo de su época: la revolución francesa. Kant se interesaría menos por sus avatares históricos concretos, que por la "disposición moral de la humanidad" que ella manifiesta y promueve, esto es, por la acogida espiritual que encuentra en quienes no participan activamente, pero son envueltos por el "entusiasmo moral" que ella suscita.

Intento explicar la insatisfacción que me produce la interpretación de Foucault. Para Kant, la revolución ha sido —ciertamente— un evento epocal, juzgable también en atención a su impacto sobre las conciencias. Pero es necesario distinguir dos aspectos en sus meditaciones sobre la conmoción abierta en 1789. Uno es el del interés político con que Kant se sitúa frente a los acontecimientos; el otro concierne al significado gnoseoepistemológico de la evaluación kantiana de la historia. Tengo la impresión de que Foucault prácticamente omite el primero de estos motivos, y distorsiona el segundo, para poder integrar su lectura recuperadora de un *Aufklärer* en el marco de sus propios aportes e inquietudes teóricas.

En lo atinente a la politicidad del juicio kantiano, las sugerencias de Foucault soslayan el problema prioritario. Entiendo que la exégesis debe ante todo identificar esos "spectateurs" en los que piensa Kant, esa opinión pública pasiva frente a lo que está pasando en Francia, pero activa (de hecho o potencialmente) en sus propios países. Con su adhesión indiscutible, pero también con sus temores y rechazos, Kant está reflejando uno de los modos como la élite intelectual y burocrática de las sociedades marginales (respecto de las pioneras de la revolución industrial-burguesa) vivió la posibilidad de imprimir un giro copernicano a la historia, una "revolución" similar a la que la *Crítica de la razón pura* proponía a la filosofía.<sup>4</sup>

Similitud que, sin embargo, debe manejarse con prudencia. Pues las analogías resultantes de la coparticipación en un mismo paradigma cultural no pueden suprimir las diferencias, que corren tanto dentro de lo teórico (como entre discursos descriptivos y prescriptivos), como también entre lo teórico y lo fáctico, entre el armado de un proyecto y su realización. Es decir, si no queremos extrapolar lo peculiar de un ámbito a otro, debemos marcar la distancia que existe entre las teorías políticas, sus supuestos metodológicos, y los hechos concretos.

La tradición exegética idealista y "dialéctica" ha sido poco flexible, por así decir, en su interpretación del Iluminismo, y no ha sabido sino homogeneizar las variantes de un espectro heterogéneo, para "explicar" luego determinados hechos (particularmente el terror y el bonapartismo) como la consecuencia inevitable de posiciones teóricas "intelectualistas" y "abstractas". El pensamiento científico ("mecanicista", "positivista" y demás) sería así el gran culpable de injusticias históricas que llegan hasta el totalitarismo contemporáneo.<sup>5</sup>

Creo, por el contrario, que la mediación entre las doctrinas, las decisiones que se toman invocándolas y las consecuencias efectivas que así se producen, es mucho más compleja (y no sólo en el caso del Iluminismo, es obvio). Los gestos políticos son componentes de una realidad multiforme, y pueden confirmar, modificar o "traicionar" los presupuestos ideológicos a los que remiten. Ante el fenómeno de la revolución francesa, es tentador "entender" su práctica como violencia ejercida sobre lo real a golpes de voluntarismo, y encontrar en la razón moderna su pernicioso promotora. El corolario de este reduccionismo es presentar tales o cuales intentos de forzar los hechos (si así se quiere etiquetar la guillotina o el *maximum* de Robespierre) como el "correlato" de las tareas de síntesis trascendental que la *Crítica* expone como función cons-

tructiva de la objetividad.

Naturalmente, Foucault no puede ser encuadrado dentro de estas simplificaciones. Su intención hermenéutica es, más bien, la contraria: revelar complejidades, desmascarar lugares comunes. Pero su propio *background* teórico lo impulsa a ensayar una estrategia que —a mi entender— no da cuenta del *logos* político kantiano. Propone en consecuencia una suerte de corte interno entre el kantismo como pensamiento (quasipositivista) de la ciencia, por un lado, y la "ontología" de la modernidad —que Kant mismo habría inaugurado—, por otro. Ello lo lleva a tergiversar —lo digo polémicamente— el nexo entre razón crítica y razón histórica en Kant.

Con lo cual entramos en el segundo aspecto que mencioné más atrás. Quiero significar que la conexión entre el juicio kantiano sobre la revolución y su concepción del saber no responde pacíficamente a los términos de la lectura foucaultiana. El *corpus* crítico revela una correlación sin fricciones desencajantes, menos aun incompatibilidades, entre la categorización apta para el conocimiento físico-natural y la propia del conocimiento histórico, porque lo que está siempre en juego es un saber científico. Para Kant no existe un sistema de condiciones idóneas para comprender lo histórico-político exclusivamente, que escape a las exigencias que justifican (o invalidan) cualquier conocimiento. Siempre está operando la razón "analítica".

Coincido con Foucault en que Kant apunta a captar su presente desde una perspectiva que deja de lado la comparación diacrónica (aunque no me parece que prescinda totalmente de ella, incluso en el "*Was ist Aufklärung*" comentado, ni que sea indiscutiblemente el primero en ensayar una comprensión sincrónica de la modernidad). Pero de todas maneras, lo más importante es que esta toma de posición kantiana ante su *ahora* se basa en la misma racionalidad crítica con que ha construido una fundamentación de la ciencia y enriquecido —creo, pero esto sería otra polémica— la vertiente analítica de la filosofía posterior. En este punto, rechazo el Kant dual que Foucault no puede no proponer. Entiendo que hay una única actitud kantiana frente al conocimiento y, por ende, frente a la historia como objeto peculiar de una comprensión científica.

Asimismo, estoy convencido de que esta actitud se afianza o se derrumba junto con la noción de *a priori*. Esta ficción necesaria tiende a sus espaldas la decisión de desplazar la pregunta filosófica desde la metafísica y la ontología a la teoría del conocimiento y la epistemología, para prolongarla luego sobre lo ético-político. Pero siempre pisando el terreno, novedoso y discutible, conquistado con este desplazamiento. Es desde esta óptica *lógico-transcendental* que Kant intenta resolver la legitimación del saber, teórico y práctico.

La cuestión está abierta, y es posible y fructífero encararla desde la visión neohermenéutica de Foucault (en sus palabras: desde "un pensamiento crítico que toma la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad"), sobre todo si el propósito es rescatar a Kant de la nociva "voluntad de poder" del Iluminismo. Pero en tal caso, veo difícil que no se desdibujen, junto con la lógica de la comprensión kantiana de la historia (como ciencia), también los rasgos esenciales de su sensibilidad histórica, como actitud política de un intelectual enfrentado con la implantación de una cierta racionalidad y sus consecuencias en el tejido social. Su juicio sobre la revolución nace de discutir lo fáctico y tomarlo como *signo*, sí; pero de que el proyecto teorizado en sus principios "nouméricos" es canalizable en el mundo de los "fenómenos". El dilema es *cómo*. Para resolverlo, Kant tiene en claro la base axiológica y los términos negativos: el mismo espíritu iluminista con que rechaza el dogmatismo, alentando —repite— la gnoseoepistemología moderna, lo lleva tam-

bién (en su proyección práctica) a rechazar el despotismo y a defender el derecho de un pueblo al autogobierno y la paz, en polémica con el intervencionismo contrarrevolucionario.

La historia con su impaciente facticidad lo urge a filosofar sobre un ideal, cuyo contenido (a saber: que a los pueblos no les sean impuestas desde el exterior constituciones contrarias a su voluntad, ni se los embarque en aventuras belicistas) parece poder lograr una presencia mundana. Y la herramienta "hermenéutica" a la que recurre es la *ratio crítica, instrumental positiva intelectualista*, con la que busca garantizar la seriedad de todo discurso acerca de lo real.

A la luz de la maleable "ontología del presente", las tensiones suscitadas en Kant por la revolución me resultan algo enervadas, como diluidas en un "interrogarse por el ahora" excesivamente genérico. Tan genérico, que Foucault no encuentra dificultad en hacer iniciar con Kant una escuela de ontólogos existenciales, cuyo criterio de admisión es más bien poroso: además de los tácitos, el pensador francés enrola (entre Kant y él) a Hegel junto a Weber, a Nietzsche junto a los de Frankfurt.

5. Las observaciones de Habermas a las tesis esbozadas en el "*Cours inédit*" confirman la actualidad del debate. No creo que lo enriquezcan en demasía. En parte, porque su duda (¿cómo concilia Foucault su anterior prédica antiiluminista con esta reciente recuperación de un *Aufklärer* como un predecesor válido?) está contestada de antemano por el perfil peculiar, tenuemente esquizofrénico, del Kant foucaultiano. En parte, porque Habermas no puede impugnar radicalmente ese perfil, ya que participa con el francés en la cruzada contra el *Logozentrismus*.

No se me escapa que el vanguardismo de Foucault es más ágil y sugerente, mientras que Habermas no ha levantado su hipoteca frankfurtiana y sigue deudor de los viejos denuosos idealistas y dialécticos contra el "entendimiento" y la ciencia "positiva", reos de haber debilitado lo que él llama "la fuerza explorativa de la razón". Pero la común aversión a la "analítica de la verdad" (el alemán habla de "estrechamiento cognitivo del concepto de razón") los hace compartir ciertos esquemas interpretativos, donde se confunde la pregunta por los rasgos de la modernidad (presente en un espectro heterogéneo de pensadores, y no exclusivamente en los críticos) con la fuerza innovadora de una teoría revolucionaria, y se toma el pensamiento de la revolución por una revolución del pensamiento.

Se explica así que, anulando distinciones significativas, Habermas transforme el elenco de *die Moderne* en Panteón: "Hölderlin y el joven Hegel, Marx y los jóvenes hegelianos, Baudelaire y Nietzsche, Bataille y el surrealismo, Lukacs, Merleau-Ponty, los precursores del marxismo occidental en general, no por último Foucault mismo".

Hay, sin embargo, una discriminación reveladora: la que se hace con todas las corrientes (lógicas y gnoseoepistemológicas) que piensan desde el "entendimiento abstracto", y que siguen recibiendo el anatema frankfurtiano contra la ciencia y la técnica, convictas por capitalistas (*sic*: "la unilateralización cognitivo-instrumental del concepto moderno de racionalidad refleja la unilateralización objetiva del mundo de la vida, modernizado de modo capitalista").

6. Retomo la idea de la crítica (texto y actitud) como intento de dar respuesta al dilema de la modernidad, aún vigente: ¿cómo traza un viajero copernicano, en el mapa que orienta su universo de discurso, la divisoria entre real e imaginario? Un trazado que no puede evitar, pues afirmar la inexistencia de esa línea distintiva genera una contradicción pragmática. El hecho mismo de que en el ámbito de nuestra comunidad lingüístico-intelectual el relativis-

mo tenga un sentido (en todo el arco de sus posiciones, desde el escepticismo al nihilismo, pasando por la "epistemología anárquica"), significa la admisión de un marco *meta*-de reglas que determinan la construcción de discursos objetivos. Esas reglas, que Kant consideraba como funciones de "síntesis trascendental", expresan el consenso racional intersubjetivo, que permite ese tipo de comunicación que llamamos conocimiento.

Es la pesada necesidad del criterio. Don Quijote no puede no recurrir a la lógica del mundo "real", del que había decidido alienarse, cuando debe dar consistencia a su propio mundo "imaginario", al ser amenazado éste por esa vuelta de tuerca de la parodia que es la fantasía de Sancho, relatando lo "visto" en su "viaje" sobre el caballo de madera. Al nihilismo extremo representado por la universalización de la irrealidad, es decir, por el hecho de que incluso Sancho (hasta acá actor del sentido común y del alma empirista de la ciencia) *fantasee*, Quijano-Quijote responde haciendo evidente el carácter convencional y consensual del lenguaje como instancia de construcción intersubjetiva de la realidad. O sea, reproponer expresamente el pacto sobre el cual se asienta la inteligibilidad de cualquier discurso, a *fortiori* la de los que informan sobre lo real. Literalmente: "Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos, y no os digo más". Un *te creo si me crees* que significa: compartimos un criterio demarcatorio, que vale para el acuerdo social mismo que garantiza la comunicación y la convivencia. Respetarlo es la única actitud racional: para negarlo debemos presuponerlo. Este agotamiento de la extensión de lo imaginario preuncia la finalización del viaje quijotesco. La muerte de Quijote "recuperado" como Quijano sella la inevitable prevalencia del *a priori* organizativo.

Diálogo, comprensión, traducción, información; y con ellos: política, trabajo, conflictos, acuerdos; brevemente, las vicisitudes de la convivencia presuponen —lógica y pragmáticamente— un sistema de condiciones formales, operantes sobre un material extrasubjetivo, que posibilitan la universalización del discurso individual. Ese "contenido" o *datum* que el sujeto no genera, sino que percibe y sintetiza, es socializado al conformarse como "conocimiento objetivo". La experiencia del "yo" es, precisamente, "experiencia", en la medida en que la síntesis intelectual la inserta en la red de la intersubjetividad, en el "nosotros". El criticismo kantiano esboza un mapa del *locus lógico* donde acontecen el entrecruzamiento discursivo y el recurso a la medida de la objetividad. Marca los límites de la potestad solipsista en el interior de la comunidad/mercado de juicios.

7. La arquitectura básica de la *polis* kantiana está delineada sobre el doble eje del formalismo crítico. A lo largo de uno de ellos, sus habitantes pronuncian el "conozco"; a lo largo del otro, se respetan como personas bajo un régimen de derecho. En ambos se opera una transformación revolucionaria en la noción de *sujeto*.

El *cogito* kantiano es un código de procedimientos (funciones categoriales, formas organizativas, estructuras *a priori*) para el ordenamiento y constitución de la realidad, en lo relativo a esos rasgos por los cuales la pensamos y/o conocemos como "objetiva". Rasgos que son condiciones para la configuración de los objetos empíricos, y simultáneamente para la evaluación de los discursos objetivos. Nos permiten discernir nuestro saber de nuestra fantasía, los cien táleros en nuestro bolsillo de los cien en nuestra cabeza.

Kant es el primero en intentar una justificación autónoma del conocimiento —tanto vulgar como científico (su distinción no está dada por los parámetros transcendentales)—, que rompe la dependencia epistemológica respecto de las tradiciones vigentes en el primer Iluminismo (la



hermético-cabalística, la escolástica —jesuita o protestante—, la del librepensamiento masón, rosacruz, etc., con sus interrelaciones). En todo caso, el presupuesto de este nuevo modelo de legitimación (i.e. a través del análisis de la especificidad lógica del discurso cognitivo) es una ética, sobre la cual se proyecta idénticamente la novedad del giro gnoseoepistemológico.

La "revolución" que se opera sobre el eje de la práctica no es menos radical que la de la razón teórica. Por primera vez en la filosofía política occidental, el debate sobre el telos de la acción soberana —la búsqueda del *bene commune*— se desplaza del sustantivo al adjetivo.

La tarea de la razón práctica no consiste en orientar proyectos a partir de la justificación de tales o cuales medidas sociopolíticas concretas, presentándolas como las más adecuadas para promover el "bien" general, ya que es privativo de cada individuo decidir qué satisface sus deseos y expectativas. Consiste, en cambio, en conciliar este individualismo, distintivo de la conciencia moderna, con los valores de libertad, justicia y equidad, que también le son inherentes. "Común" o "general", entonces, no puede ser más que el sistema de reglas para ordenar y evaluar los comportamientos privados y públicos. La filosofía legitima un código de procedimientos a la luz de la razón crítica, es decir, legitima las formas que establecen la responsabilidad del hombre ante sí mismo y ante los demás: imperativos categóricos, costumbres, derechos y deberes.

8. Concluyo trayendo los hilos de estas páginas a un nudo de nuestro compromiso presente.

Es incontrovertible la consanguinidad del formalismo crítico y el liberalismo dieciochesco. Con cuáles aspectos de este movimiento cultural (doctrinariamente vasto y vetado) entra en relación de fundamentación filosófica alta, y con cuáles otros en oposición, es un tema controvertido. Particularmente la relación del criticismo con las ideologías económicas exige un estudio no dogmático, y es evidente que cualquier acercamiento al tema hace entrar en juego la concepción que se tiene de la mediación entre

lo ético-político y lo económico. Me limito a calificar, digamos, como asaz esquemáticas las interpretaciones que hacen del formalismo kantiano una suerte de apéndice ideológico (para peor, de arduo estilo) del "egoísmo" burgués-capitalista; interpretaciones que cubren un matizado arco de lecturas: no sólo las hegeliano-marxistas, sino incluso —*horribile dictu*— Ortega y Gasset...

Prescindo ahora de discutir este punto, porque entiendo que las posibilidades teóricas y prácticas que ofrece una recepción actual de Kant se despliegan más ágilmente por otros carriles. Uno es el de la capacidad de pervivencia, o mejor: de ser resemantizado e integrado en proyectos contemporáneos de transformación social, que tiene el cimiento axiológico y político de las doctrinas liberales y democráticas. Otro, más específicamente kantiano, es el que lleva a priorizar el *cómo* respecto del *quién*, en lo atinente tanto a una comprensión científica de la realidad, como a las consiguientes propuestas de construcción de una convivencia abierta y democrática, marco de realización de los ideales socialistas.

Este último aspecto (que resumo así: la *prioridad formalista del cómo*) significa que la problemática del sujeto ("clase", "partido" y cuestiones conexas) ha sufrido un desplazamiento, dejando de monopolizar los esfuerzos de la teorización política. Pero no porque esa noción y su carga metafísica fueran demolidas por la dinamita (¿o el petardismo?) de Nietzsche y sus epígonos, sino porque frente a sociedades como las de nuestra época (altamente complejas en su dinámica societal y estatal, carentes de un eje único de ordenamiento, policéntricas en sus fuentes de decisión, con diversos mecanismos de conflictos y concertaciones, etc.), la tarea de fundamentación crítica de un proyecto político debe atender casi primariamente a esas reglas de ordenamiento, a esas formas "a priori" que construyen el objeto histórico en su tipicidad, precisamente formal. Pues es sólo respecto de este marco "trascendental" que los actores reales, esos sujetos *sin ninguna constitución previa a sus funciones*, van definiendo sus identidades sociales, mutables y multiformes. Es la enseñanza de la *Crítica de la razón pura*.

Reivindico entonces a Kant para nuestro compromiso actual por una sociedad democrática y socialista. Como figura conceptual de referencia para un proyecto que integra sus componentes axiológicos y su impulso utópico en el contexto de un análisis científico de la sociedad y de la cultura, en alternativa y a la vez en diálogo con las voces de la Krisis. Encuentro en su texto elementos para que el viaje de la *ratio* moderna no concluya en un kafkiano deambular por lo incomprendible.<sup>7</sup>

#### Notas

<sup>1</sup> Hago referencias a M. Kundera, *The Novel and Europe* (1984), y *An Introduction to a Variation* (1985); M. Foucault, *Un Cours inédit* (1984); J. Habermas, *Zu Foucaults Vorlesung über Kants "Was ist Aufklärung?"* (1984), y *Untiefen der Rationalitätskritik* (1984). Tuve también presente el siempre estimulante ensayo de A. Schutz, *Don Quixote and the Problem of Reality* (1953).

<sup>2</sup> Exageremos: al quemar la *antiqua* biblioteca, el cura y el barbero cumplen un gesto vanguardista. Anticipan el consejo de Hume.

<sup>3</sup> Uno de los dos sistemas de metáforas utilizados en la primera *Crítica* testimonia la vivencia kantiana de este *leitmotiv* de la conciencia moderna. La tarea cognoscitiva de un espíritu esclarecido es una navegación a lo largo de las costas de la experiencia, esquivando el océano sin orillas de la metafísica. Los conocimientos empíricos son las columnas de Hércules que separan el país de la verdad del mar de la ilusión dialéctica, cuya infinitud primero nos engaña y luego nos obliga a abandonar el viaje, desalentados (cf. las pp. 235-6, 395-6, 760-2 de la primera edición).

<sup>4</sup> La segunda metaforización kantiana proviene de su ideología política: el humanismo. El propósito explícito de la *Crítica de la razón pura* es anular la metafísica como palestra de enfrentamientos interminables. Es decir, cerrar el estado de naturaleza interideológico mediante un acto de sometimiento consensual al tribunal de la razón crítica, único juez universal. Queda así instaurada la sociedad civil del pluralismo filosófico bajo criterios universales para el uso fructífero de las facultades humanas (cf. *idem*, pp. VIII, XI, 425, 750 ss., 758 ss., 775 ss., 782).

<sup>5</sup> Pienso en Horkheimer-Adorno (pero también Strauss, desde su "clasicismo", refuerza esa filiación). De hecho, es Hegel quien ha suministrado la etiqueta más cómoda —la "mala infinitud del entendimiento"— para despachar el problema de la relación entre lo ideológico y lo histórico en el caso Iluminismo/Terror. Acoto, de pasada, que esta ecuación simplista, de ascendencia organicista y reaccionaria, exitosa en los círculos aristocráticos y conservadores de la Europa restauracionista y difundida como antídoto contra el nacionalismo y la ciudadanía-en-arms de la revolución francesa, es la *pièce de résistance* de nuestros doctrinarios nacionalpopulistas.

<sup>6</sup> Al menos, según la línea de razonamiento más innovadora —a mi entender— presente en la *Crítica de la razón pura* y en la del *Juicio*. Contra Hume, Kant ensaya también otra, más prudente pero a su vez más expuesta a la navaja de los ingleses. Estas afirmaciones requieren una discusión más amplia, pero creo justificado no plantearla en esta ocasión.

<sup>7</sup> Como parece reflejar, en cambio, el comprensible escepticismo de Kundera. Este brillante intelectual checoslovaco, iluminista desalentado en el exilio al que lo obligó la fraterna ayuda soviética del '68, resume así el cielo de la *novela europea*, condensador estético del trayecto seguido por la racionalidad occidental: "Con un campesino analfabeto como sirviente, Don Quijote se lanzó un día a batallar contra sus enemigos. Ciento cincuenta años después, Toby Shandy transformó su jardín en una gigantesca maqueta de un campo de batalla; allí dedicaba su tiempo a recordar la milicia, fielmente asistido por su criado, el cabo Trim. Trim cojeaba, al igual que Jacques, quien diez años después divertía a su amo durante su viaje. Era tan charlatán y obstinado como el soldado Svejk, quien ciento cincuenta años más tarde, en el ejército austro-húngaro, divertía y horrorizaba a su señor, el teniente Lukac. Treinta años después, esperando a Godot, Vladimir y Estragón están solos en el vacío escenario del mundo. El viaje ha concluido".



## Arnaldo Calveyra

Arnaldo Calveyra nació en Entre Ríos, vive actualmente en París (Francia).

Ha publicado *Latin American Trip*, teatro, Monte Avila Editores, Caracas, Venezuela; *Moctezuma*, teatro, Collection Théâtre du Monde Entier, Gallimard, 1969, traducción francesa de Laure Bataillon; *Latin American Trip*, teatro, Cahiers Renaud-Barrault No. 75, 1971, Gallimard; *Cartas para que la alegría*, edición Actes Sud, 1983, traducción francesa de Laure Bataillon.

Colabora en "Les Lettres Nouvelles", "La Nouvelle Revue Française" y "Les Nouvelles Littéraires" y en varias emisiones poéticas por France Culture (Radio France).

De próxima aparición: *Iguana iguana*, textos poéticos, edición Actes Sud, febrero de 1985, traducción de Laure Bataillon.



### A un tero perdido

a Juan José Saer

Aquí no estás. En este jardín de niños sensatos, ni tampoco en la página que quedó sobre la mesa.

Soy el otro del casal perdido y te llamo con palabras.

Me despertaste en un recodo de la [noche  
—¿querías decirme: "Entre Ríos fue [un lugar"?"—

y corrí a la ventana para ver llegar la [visita,  
golpear las manos  
y ofrecerme el presente.

Deshoras contra el vidrio. Nadie. Nada sino tu grito que se extravió de [nuevo,  
tu máscara  
de viajero sin lugar en el mundo.

En mi pueblo algunos te acusaron de hacer anochecer antes de hora

y otros de comediante trágico. Dicen del búho envejecido que busca el amparo de un jardín.

Durante años esperándote ¿has estado por llegar alguna vez?, ¿por qué no apareces, hermano?

El jardín, rectángulo plantado de abril, no queda lejos del río, unas piedras atesoran la luz que les abandona la tarde ya cansada, la nocecita merodea encima de los [plátanos  
como un horizonte pronto a posarse, tres sillas conversan en voz baja, mi banco se apoya en la lluvia [forastera,

Están cerrando, el momentito en que los grandes [aromos del morir  
se cargan de fruta.

Las horas más las horas esperándote por verte llegar con tu catástrofe doméstica,

a que tus alas se yergan con la pechera clara de ir a posarse, en un escándalo, sobre la loma junto al nido de perdiz donde te hallé en aquel anochecer, [parado  
—el horizonte quedaba detrás de [aquellos árboles  
y se lo podía tocar con la mano.

Anochece, cierran. Años de tantas noches.

Ni tampoco en la página donde [vanamente te he buscado.

Tu llamado irrumpió en mi sueño como el grito de alguien al que arrancan al tiempo sucesivo.

¿Por qué no vienes a aliviar tu vejez en un jardín?, ¿ser los dos de unas tardes retiradas?

¿Ir ya por más oscuro que el jardín?

Levantarán las tres capas de silencio y se verá el campo, el campo, el campo.

### UNA HISTORIA DE LOS ORIGENES DEL PERONISMO

Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, CLACSO, Buenos Aires, 1983.

Los títulos que conforman la bibliografía sobre los orígenes del peronismo provienen fundamentalmente de la tarea de ideólogos, algunos militantes y, desde el campo de los trabajos académicos, de sociólogos. Los trabajos de investigación de estos últimos dieron como resultado un importante conocimiento del tema y permitieron el desarrollo de una discusión imposible de desconocer por parte de estudiosos y estudiantes de ciencias sociales. La producción proveniente de éstas y otras vertientes fue tomada cuidadosamente en cuenta por el historiador Hugo del Campo en la construcción de su libro *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*.

El subrayar la profesión del autor tiene el objeto de destacar que, junto al texto de Hiroshi Matsushita,<sup>1</sup> constituyen dos productos provenientes de una disciplina que no había desplegado profusamente sus artes por los territorios de los orígenes del peronismo.

Esta historia, escrita por un historiador dueño de muy buenas habilidades en su oficio, observa singularidades provenientes de su puesta en práctica. La idea de que la historia constituye un entramado de permanencias y cambios que orienta el desarrollo del libro, el uso intensivo de fuentes primarias, y el persistente empeño en probar con ellas sus afirma-

ciones son algunas de estas singularidades.

Hugo del Campo ha dividido su libro en dos partes. En la primera analiza el movimiento obrero hasta 1943 pero destacando tres aspectos: 1) el desarrollo del *sindicalismo* en el movimiento obrero argentino; 2) las transformaciones en la clase obrera y sectores populares entre 1930 y 1945, y 3) la evolución del movimiento obrero entre 1930 y 1943, buscando, por debajo de las luchas políticas internas y los cambios de orientación, la continuidad de ciertos rasgos esbozados en el período anterior y que podríamos sintetizar en tres conceptos: "burocratización, reformismo pragmático y vinculación con el poder político" (p. 10).

Cada uno de estos tres aspectos es estudiado con detenimiento y facilitan la comprensión cabal de la problemática del movimiento obrero hasta 1945. En este sentido, Hugo del Campo ha encontrado los ejes más apropiados para penetrar en la complejidad del problema. Pero además puede afirmarse que ellos constituyen claves para la lectura del libro entero. En efecto, *Sindicalismo y peronismo* puede ser leído como la historia del movimiento *sindicalista* en tanto sectores del mismo son protagonistas hasta el final del libro aunque, como bien señala Hugo del Campo, su auge y declinación corresponden a la década de los '20 y su ocaso a la de los '30 (p. 89). También la relación entre composición y características de la clase obrera y sectores populares y la estructu-

ra económica y social global puede articular la lectura, pues el autor se remite a ella a lo largo de todo el texto de manera más o menos directa. Por último, el libro es una historia del proceso de burocratización, de la constitución del reformismo pragmático y de la paulatinamente creciente tendencia del movimiento obrero a vincularse con el poder político. Una historia que permite, en términos del autor, la comprensión del éxito de Perón en el campo sindical.

La segunda parte del libro, "El movimiento obrero y el coronel Perón" (p. 119 y ss.) es sin duda la que más ha interesado a Del Campo y la que ofrece, si no mayores novedades, sin duda atractivas sugerencias. El autor estudia aquí en primer término cómo se va afianzando la línea de Perón frente a la "autoritaria y represiva" presente en el golpe de 1943. La acción de la Secretaría de Trabajo y Previsión es seguida, quizás con un exceso de detenimiento, que permite estimar claramente cómo se fue perfilando la asociación entre Perón y los trabajadores y cómo se fue constituyendo la oposición.

En la acción de la Secretaría de Trabajo y Previsión encontraba Perón el origen de la división de la República en dos bandos (p. 204) y sobre la constitución de esos dos bandos, pueblo y oligarquía, reflexiona luego Del Campo. Lo importante de esta reflexión es mostrar cómo los mismos fueron conformándose en el enfrentamiento, resultando del desplazamiento al que el discurso de Perón fue conducido por el hostigamiento o el triunfo. Hugo del Campo examina este desplazamiento en un capítulo denominado "De la 'unión de los argentinos' a 'pueblo y oligarquía'", aunque sin conseguir definir el contenido de estas categorías políticas y aceptando las caracterizaciones y definiciones que de ellas hizo el propio Perón (pp. 157 y 205). Un orden de problemas semejante enfrenta el autor cuando analiza el proceso de agudas tensiones sociales que protagonizaron ambos bandos hasta el ascenso de Perón al poder. De un lado, el libro describe la creciente profundización de un proceso que "... iniciado bajo el lema de la colaboración de clases, había desencadenado un enfrentamiento de magnitud pocas veces alcanzada en nuestra historia" (p. 212). Por otro, muestra cómo esos mismos sucesos llevan a Pe-

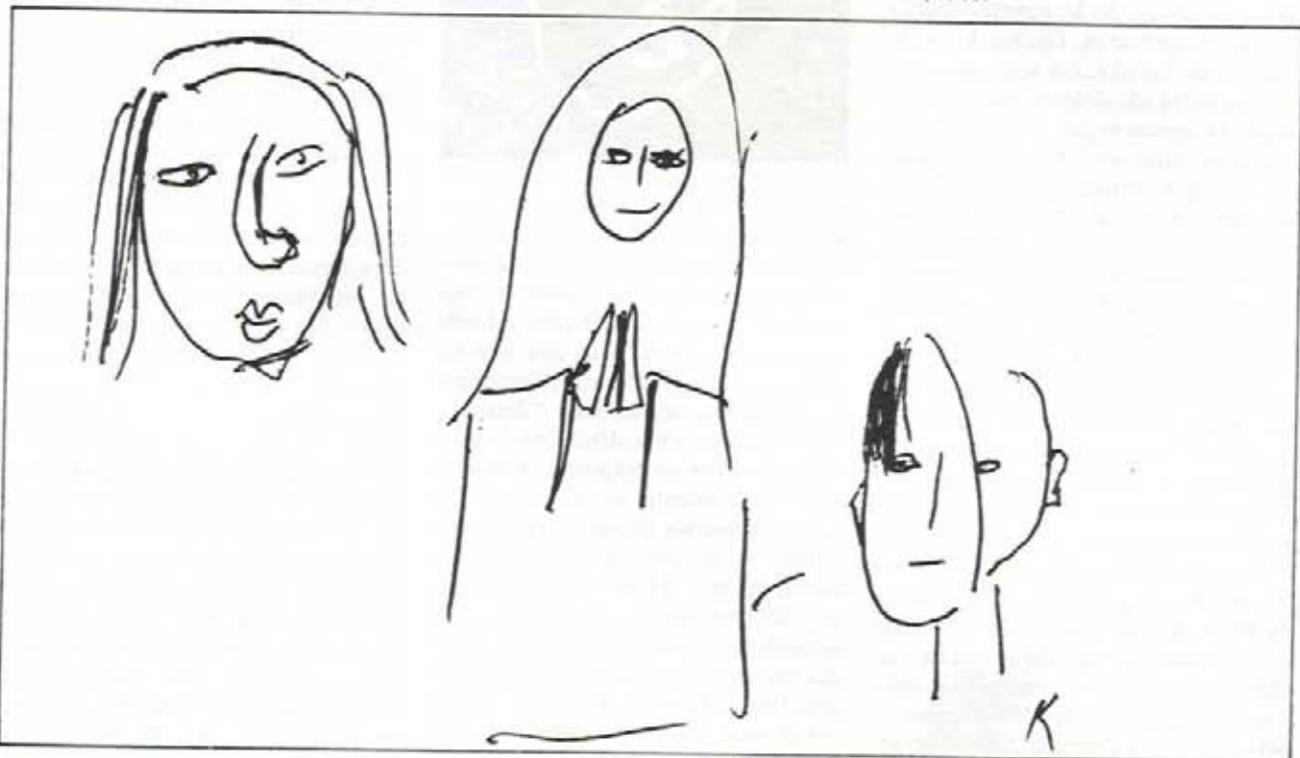
rón a ocupar posiciones donde no tenía previsto colocarse pues "enredado en una lucha que no había podido evitar, Perón optaba por ponerse al frente de una de las partes y se jugaba el todo por el todo" (p. 212). En estos enfrentamientos sociales el autor encuentra "la lucha de clases al descubierto" (p. 195). Esta caracterización, con la que no todos los contemporáneos estaban de acuerdo, puede aún hoy suscitar contrapuestas opiniones. Las alternativas de creación y disolución del Partido Laborista como un

intento fallido de los trabajadores de crear un partido propio y autónomo están estudiadas en el libro, con las tensiones propias de analizar un acontecimiento cuyo final era previsible.

El libro de Hugo del Campo es, sin duda, un aporte al conocimiento de las luchas sociales en la Argentina y su lectura no podrá ser soslayada por los estudiosos. La abundante bibliografía utilizada, la cantidad de fuentes consultadas y el rigor con que las utiliza dan consistencia a las afirmaciones vertidas, siempre sostenidas con

pruebas convincentes. En este contexto se disimula algún exceso de citas textuales y cierta minuciosidad cronológica que afectan la lectura. Por otra parte, probablemente este libro cierre el ciclo de historias generales de la cuestión y abra otro donde la investigación se oriente al análisis de aspectos particulares.

<sup>1</sup> Hiroshi Matsushita: *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Bs. As., Siglo XX, 1983.



**Graciela Montaldo**

## EL OTRO CAMBIO, LOS QUE SE FUERON

Marcelo Cohen, *El país de la dama eléctrica*, Buenos Aires, Brujuna, 1984, 260 páginas.

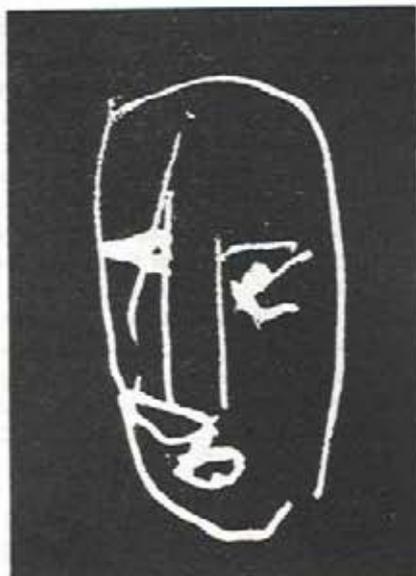
La novela de Cohen está recorrida por citas, desde el título que parafrasea un tema de Jimi Hendrix, hasta la incorporación al texto de gran cantidad de letras de canciones de Jim

Morrison, Janis Joplin, The Who, L. A. Spinetta, L. Nebbia, Manal, Moris, etc.: ese espacio intertextual, de manera casi exclusiva, está ocupado por composiciones de rock que puntúan una historia en la que se entremezcla la intriga policial con la narrativa de los escritores de la "generación beat" (Kerouac, Ginsberg, etc.), contando con elementos del género autobiográfico e incluyendo modelos de la literatura argentina no tan lejanos como *Rayuela* de Cortázar. Este manejo de registros tan diversos que conforman el sistema de producción de *El país de la dama eléctrica*, inaugura la tematización de una zona de representación directamente vinculada al rock, al tiempo que ofrece una nueva perspectiva escrituraria al trabajar con ciertos materiales de cultura popular insertándolos en un texto que no desconoce las leyes de composición narrativa ni los procedimientos de la novela moderna. Cohen, en este pri-

mer texto novelístico, elabora permanentemente el universo del rock con indudable trabajo de narrador, avalado por dos libros de cuentos anteriores (*Los pájaros también se comen* -1975- y *El instrumento más caro de la tierra* -1981-) y varias traducciones de escritores como Scott Fitzgerald, Jane Austen, Stevenson y otros.

Martín Gomel, un punk-rock argentino, después de un rápido recorrido por Europa, ancla en una isla del Mediterráneo —escenario en que transcurre la mitad de la novela— tratando de encontrar a Lucina, la amiga que se ha fugado con una considerable cantidad de dólares que le pertenece. El dinero le permitiría a Martín lograr su único objetivo: "Hay una sola cosa que quiero de verdad: tener un buen grupo de rock". Esta premisa básica aparece en la novela como la motivación explícita para introducir en el relato el encuentro en la isla de Martín con su madre, y con los personajes *snoobs* que constituyen el círculo de relaciones posibles en ese apartado lugar. Obviamente no encuentra a Lucina, la mujer que lo *a-lucina*; pero a partir de este planteo casi policial la historia se desdobra, para encontrar su paralelo en un barrio de Buenos Aires al que llega desde Europa un punk-rock argentino que busca a la "chica que se ha llevado su dinero y finalmente se encuentra con su madre y los amigos de ésta que también —como en la isla del Mediterráneo— viven en una especie de *ghetto*: segregados, pero además escondiéndose y temiendo un oscuro poder. El desdoblamiento de la historia, con idénticos personajes y situaciones, da pie a una tarea de *traducción* de ámbitos y costumbres que retoma una preocupación frecuente del relato: la inclusión de otras lenguas, dialectos y pronunciamientos, un espacio babilónico que Martín cree abolir con los sonidos de la música que se despliega en los "recitales" callejeros que suele montar.

La construcción de la novela se organiza con capítulos alternados, que se ubican en la isla y en Buenos Aires y que superponen y contraponen los dos ámbitos: en los dos sucede "lo mismo" pero de diferente modo; si en la isla hay que cuidarse —apenas— de consumir drogas, en Buenos Aires hay que cuidarse de conservar la biblioteca (armada subrepticamente por Gerardo); si en la isla la aparición del punk, con el pelo rojo, las botas verdes y la guitarra al hombro dis-



trae un poco la atención de los tranquilos pobladores y los hippies que merodean, en Buenos Aires el rockero es casi un peligro para los ciudadanos y las autoridades que "cuidan" el lago artificial; si en la isla Martín, estando drogado, se estrella con una motocicleta, en Buenos Aires es apaleado por la policía después de estar "desaparecido" durante unos días. Este sistema de permanente contrapunto, es en gran medida el intento de dar cuenta de cómo es posible pensar la cultura argentina y en especial, la historia reciente del país. El miedo, la represión, las desapariciones, sumados a los secuestros de las organizaciones armadas que actuaban anteriormente en el país (los dólares de Martín y Lucina son el producto de uno de ellos y por eso deben huir a Europa), permiten recomponer el itinerario de una generación de argentinos que desapareció o tuvo que emigrar. Es un pensar sobre la historia reciente que se realiza desde España, en el caso de Cohen, y que está tramado en los intersticios de una acción que también quiere dar cuenta de otra vivencia generacional, la de la música de rock y sus mitos, portadores de una ideología contestataria y en cierto modo revulsiva, que operó desde la marginalidad. Este contrapunto está formalizado por dos sistemas de relatos en primera persona: en el que corresponde a la isla es Martín quien narra y en Buenos Aires, Gerardo, un amigo de su madre, especie de conciencia colectiva del lugar que concentra las contradicciones de la comunidad que vive bajo el terror: un intelectual dedicado a vender vinos en damajuanas, hacer avisos comerciales de medias de mujer, escuchar a Miles Davies, que conoce el "país en que vivimos" pero sobre-

vive silenciado en Villa Canedo. Estas dos voces proponen una confrontación que tiene diferentes matices pero que es posible explicar generacionalmente, donde la propuesta narrativa del punk es, obviamente, la privilegiada.

Los héroes culturales que la novela prefiere representar pertenecen casi en su conjunto a la cultura del rock, y aunque no se niega a reconocer una tradición secular, opta por asentarse en las elecciones del movimiento de música *beat*: la cultura comienza con los simbolistas y Rimbaud es su estandarte, para desembocar en Lennon, Hendrix, Joplin, contrafiguras culturales que pusieron en escena con sus vidas y muertes trágicas los deseos de toda una generación que comenzaba a querer vivir de otra forma. Estos modelos escriturarios que el rock postula otorgan al relato un ritmo de aceleración constante y un sistema de producción basado en las asociaciones poco frecuentes, en la "destrucción" de toda una tradición cultural. Pero el material que el rock proporciona está trabajado no desde la literatura marginal que fue modelo de los escritores-hippies, sino desde el sustrato de la novela europea y argentina, es decir que Cohen reinserta esos elementos y escribe manteniendo la interioridad y la exterioridad respecto del material narrado. No se representa al rock desde el rock sino desde una perspectiva que reconoce una tradición cultural que, sin embargo, se caracteriza por la modernidad.

*El país...* también propone un nuevo modelo del consabido *viaje* de la literatura argentina: es el viaje del exilio forzado, pero es además el viaje de aquellos que permanentemente están *on the road*, donde se traman las relaciones de los rockeros y donde se establece un nuevo código de convivencia. Es el viaje del que no espera llegar a un lugar determinado, sino hacer altos en el camino para seguir buscando indefinidamente. De este modo Martín recorre Europa cruzándose con drogadictos, traficantes, músicos, en los que se mezclan idiomas y nacionalidades, y casi todos ellos pueden darle noticias más o menos equívocas de Lucina, que también está deambulando por el continente. Las relaciones ocasionales, los paraderos imprecisos, las ocupaciones oscuras forman parte de ese mundo que se resiste a ser codificado, que se caracteriza por el errabundo permanente pero en el que se experimenta la libertad que el rock levantó como bandera;

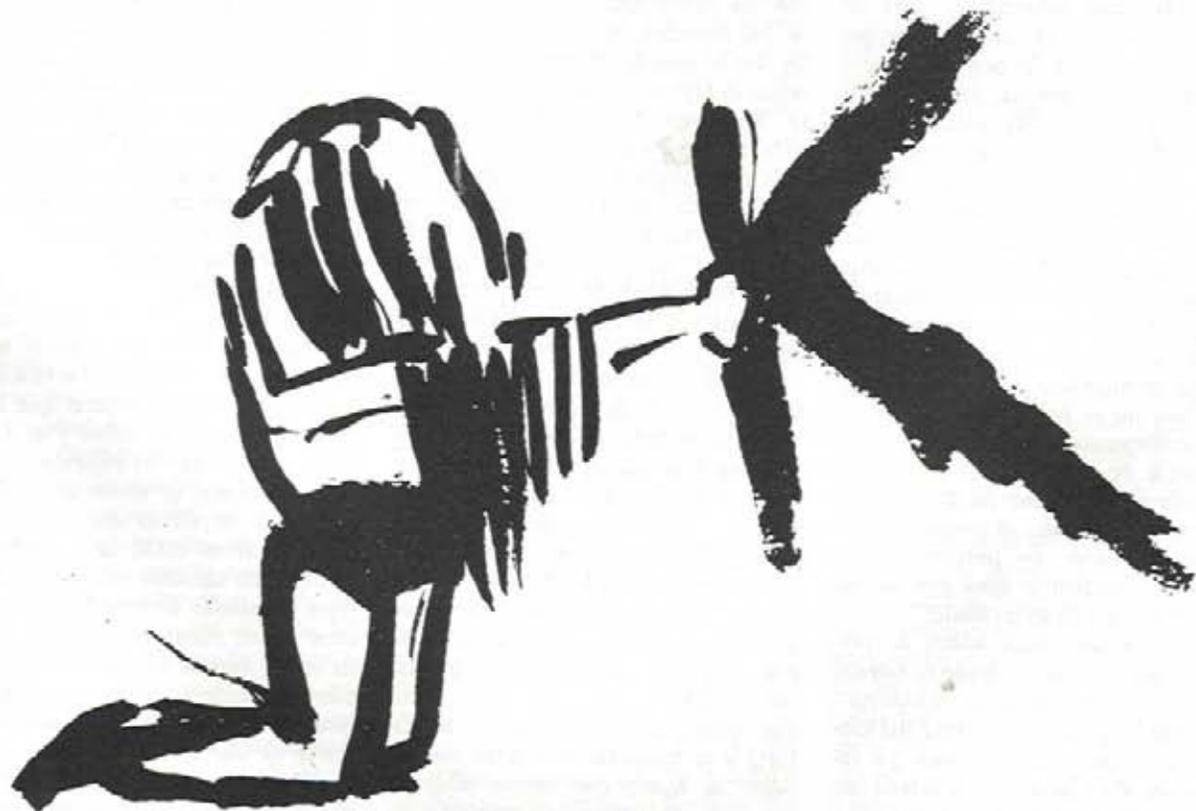
también se busca en el extraño barrio porteño. "El país de la dama eléctrica" es el utópico universo de los rockeros, el que condensa sus aspiraciones y deseos, marcado por el ritmo de la música electrónica, las guitarras, los sintetizadores, que descargan en el relato su marcha alucinante y veloz, su carácter delirante e histérico al mismo tiempo.

La escritura de Cohen no vacila en incorporar la jerga del rock, las imprecisiones de una lengua que quiere traducir su propio universo y representar de este modo la autonomía y marginalidad con que se pensaron los rockeros. Dentro de esta línea se encuentran además los juegos de palabras, que insisten en el corte y en las amalgamas más o menos esperables. Estas rupturas no hacen sino señalar modalidades lúdicas del lenguaje y

describir la apertura hacia otras valencias fónicas que, en general, están cercanas al sistema de V. Huidobro. Se trabaja también con la incorporación de otros idiomas y el registro de otros dialectos y pronunciaciones, como el español de Micol y Wolfgang que describen ese espacio atravesado por los discursos más disímiles y que configuran el texto que opera sobre la búsqueda y persecución de Lucina. La intercalación de rock requiere inevitablemente la recurrencia al inglés que se convierte en la lengua que "traduce", a manera de poesía cantada, las aspiraciones de Martín, porque es la lengua de sus maestros, de sus "amigos", la lengua en que se formalizaron las propuestas de Hendrix, Lennon, Morrison, etc.

Estos héroes del rock, quienes a través de su música están próximos a

Martín, son los que con sus letras van parafraseando la historia de *El país...*, el protagonista no encuentra cómo seguir su historia sino recurriendo a quienes fundaron el lenguaje con que los jóvenes se identifican. ¿Cómo continuar una historia que es la búsqueda de aquello que no se sabe bien de qué se trata, de Lucina en cualquier país de Europa? La respuesta inacabada está en esos temas aprendidos de memoria que a través de la estética de las asociaciones imprevisibles también están buscando algo que no es más que pura búsqueda, aquello que siempre se escapa, que siempre está más adelante. Estas letras permiten incorporar además el sistema compositivo de esa zona marginal del arte redimensionando su valor cultural y repensando un fenómeno que, en este momento, ya constituyó su propia tradición.



## ANSAY, O LOS VERICUETOS DE LA NARRACION

Martín Caparrós, *Ansay o los infortunios de la gloria*, Buenos Aires, Ada Korn Editora, 1984, 291 páginas.

A mediados del siglo XVI, el —póstumamente— identificado como primer poeta mexicano Francisco de Terrazas, escribió un poema épico del que quedan sólo fragmentos en el caso de que lo haya hecho por completo. El poema, dedicado a cantar y honrar la gesta de los primeros conquistadores españoles del territorio de México, intenta reflejar las fatigas, desgracias y fortunas de los diversos actores. Terrazas, sabiéndose —con razón— depositario de una cultura que no solamente era la peninsular sino también la grecolatina, trata de dar cuenta de la conquista utilizando casi la totalidad de la tradición literaria que —de algún modo— encontraba su primera plasmación americana en el poema, inmediatamente después de la gloria de las armas. Terrazas lo escribió en una época en la que la literatura era ya consciente de que sus materiales —o gran parte de ellos— estaban en la literatura misma, pero en la cual aún no se había instalado el celoso sentimiento de carga gravosa que le habría de agregar a esa conciencia la modernidad. La novela de Caparrós me recordó —creo— el poema de Terrazas, en parte, no porque carezca de ese sentimiento sino por su estoica intención de exorcizarlo.

Caparrós, sin duda, habrá de preferir —para continuar, desde su novela, con el contrapunto de la conquista— la sosegada y locuaz escritura del cronista Díaz del Castillo, quien ya entrado en años se dedicó a referir sus experiencias y lucubraciones americanas en forma no del todo idéntica

—aunque sí semejante— a como aproximadamente tres siglos después habría de hacerlo Faustino Ansay, oficial realista. Este militar español a quien —al mando de las armas de Mendoza— la decisión de oponerse a la autoridad del Cabildo de Buenos Aires de 1810 le sobreviene como un alicaído recuerdo de su deber, recorrerá un camino dominado por la descolorida desgracia —y fortuna— de no morir ejecutado sino ser objeto de recurrentes destierros vigilados. Finalmente, viejo y enfermo, obtendrá un salvoconducto para regresar a su patria donde alucinado intentará escribir sus memorias, las cuales son un preciso remedo de las historias que escuchaba y con las que se asombraba de niño: las exuberantes leyendas épicas de la conquista. Por supuesto, en su niñez no le falta a Ansay una subalterna y esmerada participación —a modo de anticipación épica— en las escaramuzas públicas de las bandas infantiles de la villa natal, como tampoco carecerá de la posibilidad de seguir la carrera eclesiástica desechándola al fin por la militar.

A esta altura de la nota, como a tantas otras de la novela, sobreviene una tensión entre la realidad histórica y el material que aporta la narración. Tensión productiva —en uno u otro sentido— si las hay, pero que en este caso prefiero no abordar en función de la resolución que le da el narrador en el texto de la novela: a modo de segunda conciencia, Caparrós expone con claridad —casi diríamos programáticamente— que los datos fácticos, estadísticos que exhiben la historia y la biografía nos dejan una especie de hueco que estuvo ocupado por los múltiples acontecimientos intangibles para la posteridad; y que

la posibilidad de la escritura es la de llenarlo —acertando o no— con otros tan evanescentes y virtuales como los —acaso— verdaderos. Entonces, a esta falta de pertinencia que tendría la exigencia de alguna aclaración con respecto a la referencialidad, Caparrós le da el espacio textual de la casi total ambigüedad y desinterés.

Mezcla de novela histórica y biografía sentimental, *Ansay o los infortunios de la gloria* expone en diferentes tramos las probables alternativas discursivas para poder continuar y resolver una narración que a sí misma se postula como carente de importancia en lo referente a sus materiales: es lo mismo que Ansay logre fugarse o no de su reclusión en Carmen de Patagones como da igual que extrañe con oscura o transparente desazón la figura de su esclava Carmela. Esas alternativas corresponden a las diferentes organizaciones estéticas que puede adquirir el relato, a la manera de una especie de sintonización formal ensayada en pos de obtener una textualidad más eficaz y acorde con la materia a referir. Así, hay en la novela un espectro que acoge los distintos tipos de discursos posibles de ser invocados por el narrador: desde el de las versiones españolas de la novela romántica hasta el objetivista, pasando por el filosófico-político y el de la crónica de Indias. Todos ellos, creo terminan siendo descartados; algunos con más explícita saña que otros.

De todas maneras, me parece que Caparrós apuesta más a la mera aparición de ellos en la textualidad de su obra que a su superación o descarte por el tramado textual mismo de la novela. Con esto quiero decir que hay múltiples remedos o citas de discursos, aunque no se articulan de una forma apropiada para que la superación de aquellos se apoye en un procedimiento paródico. En este sentido, la ironía es un capital que se da por implícito en el lector y el distanciamiento formal en relación con los otros discursos se ubica en un nivel demasiado explícito que no tiene su correlato en el estilo de la narración.

Con este carácter más arriba me refería al intento de Caparrós por exorcizar aquel cargo pesado que genera en estas épocas la —en apariencias— inherente autoproduktividad de la literatura con respecto a sus materiales: tratar de dar cuenta de ellos con la manifestación explícita de que son ya intentadas y elaboradas estrategias de narración. Así como Ansay



representa el hueco de intangibilidades del que no dan cuenta los datos y la historia, la literatura sobre él —el texto de la novela— esgrime la vocación de ocuparlo con la evanescencia de un nuevo y peculiar discurso acotado y asediado por los ya logrados.

Desde otro punto de vista, *Ansay...* intenta representar ciertos aspectos de una memoria colectiva: la de la gesta emancipadora ante la cadenciosa vida colonial, la del sosegado estilo de vida hispánico ante la febril exuberancia de América, y la de la historia patriótica construida a base de contrabandos, crímenes y confabulaciones. Al titular "El Prócer" los tramos de fragmentos intercalados de escritos político-periodísticos de Moreno y de su *Plan de Operaciones* —con transparente intención contrapuntística—, la narración se ubica del lado de las figuraciones canonizadas de nuestros hombres ilustres con lo que esto significa temporalmente: es en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX cuando se está intentando narrar la vida de Ansay; del mismo modo que cuando se dice que éste no pudo entender que se enfrentaba a un cambio nada temporario y que habría de generar su propia descendencia, se lo hace desde el horizonte futuro que

—inevitablemente para la novela— habrían de determinar esos primeros pasos facciosos y brutales de la Independencia. En este sentido, la novela de Caparrós plantea una lectura de la historia teniendo esas zonas de la memoria colectiva como referentes; zonas explotadas por *Zama* y *Sota de bastos*, *caballo de espadas*, y *La gloria de don Ramiro* en lo atinente a la lectura del universo hispánico. Novelas todas que hablan de glorias —virtuales, pretéritas, desafortunadas— y que dan cuenta, junto a muchas otras, del ahínco de la literatura argentina por establecer un diálogo permanente con la historia. Diálogo particular, sin duda —parecido más que nada al soliloquio—, debido a su falta de reciprocidad teniendo en cuenta esa persistente cualidad de los hechos históricos de presentarse ya pretéritos y realizados.

Hay dos instancias en la obra que se erigen como lecturas laterales de la peripecia del personaje central: una es la crónica de los avatares en las Indias que padece un conquistador, alucinado relato que Faustino Ansay incluye en sus memorias, que constituye una traslación a otro registro de ciertos aspectos de su biografía teñidos por el deseo, y también una definida parábola de desamparo, glo-

ria y ostracismo acompañando un proceso de acumulación material, el cual condensa las tenaces ilusiones de descubrimientos de tesoros de los conquistadores y una versión casi antropológica de la gradual división del trabajo y riqueza en las sociedades indígenas. Desde otra perspectiva, las cartas de la esposa de Mariano Moreno reflejan la intimidad política de las facciones posteriores a la Revolución de Mayo, estableciendo una virtual relación especular entre el destino del "Prócer" y los avatares del comandante Ansay. Caparrós también define parte del proceso revolucionario sobre el escenario de una larga enumeración de las propiedades caracterológicas y orgánicas de la ciudad de Buenos Aires, y éste es otro elemento que asocia su novela a la pretensión de elaborar literariamente los procesos históricos.

Caparrós suele definir —fuera de la novela— a la literatura con una gran fe y vocación realista, no en el sentido acostumbrado de la palabra sino postulando una precisa homología entre la escritura y sus referentes. De todas maneras, su primera obra publicada demuestra que la literatura no puede sino apoyarse en un tejido de convenciones; para aceptarlas o, en el mejor de los casos, para subvertirlas.

## UN CLASICO DE LA DERECHA

Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1984, 188 págs.

Carl Schmitt, *Concepto de la política*, Buenos Aires, Editorial Struhart & Cía., 1984, 140 págs.

Carl Schmitt, *La defensa de la Constitución*, Madrid, Tecnos, 1983, 251 págs.

Carl Schmitt, *Teoría de la Constitución*, Madrid, Alianza Universidad, 1982, 377 págs.

Carl Schmitt, *Clausewitz como pensador político*, Buenos Aires, Editorial Struhart & Cía., 1984, 81 págs.

Jürgen Fijalkowski, *La trama ideológica del totalitarismo*, Madrid, Editorial Tecnos, 1966, 354 págs.

Pietro Ingrao, "Contra la reducción de la política a guerra", *Punto de Vista* núm. 20, 1984, págs. 12-18.

La enumeración de las obras de Carl Schmitt publicadas en español en los últimos dos años, a la que cabría agre-

gar la prometida reimpression bajo el sello editorial de Alianza de Madrid de su libro sobre *La dictadura* -editado por Revista de Occidente en 1968- hasta para indicar la fuerte recuperación del interés por el pensamiento de una figura emblemática de la cultura alemana de entreguerras. Reconocido como el más brillante alumno de Max Weber, Schmitt fue uno de los intelectuales de mayor influencia en la universidad alemana y un activo participante de la vida política de su país en los años turbulentos de la república de Weimar y de inicios del régimen hitleriano. Desde 1936 quedó excluido de toda actividad extraacadémica, lo cual no obstó para que en 1945, y luego del derrumbe de tal régimen, fuera procesado por los aliados a causa de sus vinculaciones con el nazismo. Liberado un año después, vive desde entonces en el retiro de su aldea natal aunque desplegando una intensa actividad en el campo de la teoría política y del derecho internacional.

No deja de sorprender, sin embargo,

el creciente interés que despiertan sus trabajos, no atribuible en modo alguno a los sinuosos caminos que recorre, en nuestro país y más en general en los de habla hispana, la apropiación de un patrimonio cultural del que por diversas razones estuvimos excluidos. Schmitt era frecuentado en la España de los '30, donde Francisco Ayala tradujo y prologó en 1934 su *Teoría de la Constitución* que es hoy reeditada por Alianza. Y desde entonces, los estudios dedicados a su pensamiento, sin ser vastos ni tal vez importantes, fueron por lo menos reiterados. No podemos afirmar, por lo tanto, que se trata de un descubrimiento. Por lo demás, el notable *revival* schmittiano es más generalizado, aunque adquiera significaciones distintas y hasta de signos opuestos. Invade áreas resistentes como la francesa, en la que el ultramontano Alain de Benoist insiste en presentar a Schmitt como el padre teórico de la "nueva derecha", pero interesa también profundamente a intelectuales de izquierda y hasta marxistas italianos, que en 1980, y con el patrocinio de la sección veneciana del Instituto Gramsci, organizaron en la Universidad de Padua un coloquio dedicado a debatir la crucial significación de la temática schmittiana.

Pero si la "actualidad" de Schmitt no es producto de la fatal asincronía de nuestra cultura, condenada a repetir tardíamente lo que en otro lugar se dijo antes, ¿cómo explicarla en una época en que el debate gira obsesivamente alrededor de la idea de la *crisis*, en un momento de diseminación inaudita de los modelos de racionalidad, cuando toda una forma "clásica" de la razón se aproxima a su ocaso? Es posible que aquí esté la respuesta, que sea precisamente la forma clásica que en Schmitt adopta la catego-

### COLEGIO ARGENTINO DE FILOSOFIA (C. A. F.)

Profesores responsables: Tomás Abraham, Enrique Marí, Alejandro Russovich.

Primer ciclo: La filosofía en sus problemas

*El poder:* La filosofía entre el diálogo y la guerra. Sus relaciones con el saber.

*La razón:* Formas conciencia-sustancia-razón-sujeto. Spinoza. Hegel.

*El sujeto:* Muerte y escisión de la figura Dios.

Inscripción abierta a partir del 1ro. de abril.

Hombre. Nietzsche, Marx, Freud.

*La existencia.* Conciencia y libertad. Heidegger, Sartre.

*El conocimiento.* Epistemología. El modelo científico. Popper. Wittgenstein.

*El deseo.* Problemática del deseo e historia de la sexualidad. Hegel. Schopenhauer. Lacan. Foucault.

Informes e Inscripciones en Paraná 774 (1º B), Teléfono: 44-2838, de 15 a 20 hs.

ría de lo político lo que la vuelva próxima a nosotros. Y no porque debamos establecer una relación de continuidad entre las categorías que él diseñó en los años '20 y las que el pensamiento político debe imaginar hoy para dar cuenta y contribuir a transformar un mundo ingobernable. Sino por el hecho de que sigue siendo nuestro todo el campo de problemas que sus reflexiones permitieron abrir y que sólo la caducidad de una forma histórica de lo político permitirá cerrar. Porque él establece de hecho un antes y un después, porque con él la categoría de lo político asume un agónico fundamento existencial y trágico, sólo podemos pensar más allá de él.

Es esto sin duda lo que nos ha querido indicar el prologuista de la versión de *El concepto de lo político* ofreci-

da por Folios, cuando defiende la conveniencia y la necesidad de que un público de izquierda aprenda a leer con inteligencia a un gran teórico de la derecha. No me atrevería a afirmar que las razones que él aduce sean totalmente válidas. El mismo hecho de que se sienta obligado a exponerlas indica la presencia de un rechazo, yo diría más bien de un prejuicio, que las exhortaciones bienintencionadas no alcanzan a eclipsar. Para una izquierda convencida de que "*le combat spirituel est plus brutal que la bataille des hommes*" (con esta frase concluye Schmitt su ensayo sobre Clausewitz) resulta un hueso duro de roer una figura tan contradictoria y controvertida como la que comentamos.

Si la situación es la que describimos valdría la pena discurrir un poco

más, -e irritar un poco menos, sobre las condiciones de lectura de estos textos, y pensar en la conveniencia de acompañarlos con la difusión de materiales críticos pertinentes y ¿por qué no? con la publicación de las actas del citado coloquio de Padua, que no por azar tiene en italiano el significativo título de "*La política más allá del Estado*". En este sentido, el libro de Fijalkowski constituye un texto de consulta obligatoria porque se propuso, y estimo que lo logra, efectuar una indagación sistemática y crítica de "*los componentes ideológicos en la filosofía política de Schmitt*". Pero el lector no debería dejar de lado el discurso de Pietro Ingrao sobre el concepto de lo político y la relación entre política y guerra publicado recientemente en esta misma revista.



## RETRATO DE UNA GENERACION AUSENTE



Aquellos que pudimos ser los "nuevos" intelectuales de la primera mitad de la década del '80 (los que quizás hoy tenemos un poco más un poco menos de treinta) arrastramos algunas características peculiares y varios problemas sobre los que me gustaría reflexionar.

Por empezar habría que preguntarse dónde estamos, qué lugar ocupamos en el campo intelectual. A través de un elemental procedimiento estadístico podríamos dilucidar esta cuestión. Al responder a las preguntas: quiénes (en este período) han pasado de inéditos a éditos, o quiénes, sin haber publicado son reconocidos por sus pares debido a prácticas tales como conferencias, artículos, etc., tendríamos un buen panorama para empezar a discutir. Claro que en esas respuestas encontraríamos a la vez de una reducida población, intelectuales que pese a la aparición de su primer libro no pueden considerarse totalmente nuevos<sup>1</sup> (y creo que esta situación persiste aun teniendo en cuenta la fractura producida por el exilio en el campo intelectual).

Si esto es así, ¿dónde están (estamos) los de esta franja fantasma a la que me refería al principio? ¿Cuáles son los signos que permiten hablar de ella? ¿Existen en realidad estos "nuevos"? Entiendo que si nos atenemos al sentido literal responderíamos negativamente a la última pregunta. ¿Por qué? Porque existen (existimos) potencialmente. No es un hecho verificable con los métodos usuales. Somos menos un grupo intelectual que una despoblada franja improductiva —con algunas puntas que no parecen anunciar ningún iceberg de futuros hacedores—. Más una serie de individuos dispersos que aspiramos en las diferentes especialidades a ser algo, que intelectuales constituidos. Más un deseo, un intento que una inserción palpable.

Claro, de acordar con estos supuestos nos veríamos enfrentados a una serie de dificultades y también a una cierta decepción. Dificultades ya que deberíamos preguntarnos si es legítimo hablar de esta especie de grupo que sólo tendría existencia potencial. Decepción en tanto se nos ocurriera intentar (y es imposible no hacerlo) alguna que otra comparación con los predecesores. Bastaría revolver un poco en nuestra historia intelectual más moderna para que esos diversos momentos de nuestro pasado cercano se nos presenten —nos asusten— como situaciones anti-téticas. Las muchas y variadas publicaciones de los '60, el ingreso masivo de los jóvenes intelectuales, la gran cantidad de revistas dirigidas por ellos mismos que a la vez operaban como instituciones consagratorias para sus pares... no estamos en ese clima: ni por los sueños que ellos pudieron soñar, ni por la situación concreta. Piglia, recordando ese productivo momento del ambiente intelectual, decía en el '80: "Si uno compara ese periodo con el actual no puede menos que recordarlo con nostalgia: se podía publicar con relativa facilidad, lo que si bien no mejora la literatura, ayuda a difundirla". Es cierto, y no sólo por eso. El clima es diferente, no tenemos ahora la euforia de esos años de la revolución cubana, ni el psicoanálisis, ni la sociología como elementos novedosos dentro del campo intelectual, no escribimos al amparo de la luz de Sartre, ni "descubrimos" a Cortázar.<sup>2</sup> Lo nuevo dejó de serlo (eso no sería nada) y lo que es peor algunos mitos se fueron desmoronando. Por esto creo que el problema actual es más complejo que aludir a la escasez de editoriales —de todas maneras coincido con Piglia— y a las dificultades de publicación que evidentemente existen.

El clima de nuestra iniciación no es fervoroso ni mucho menos (sobran razones por supuesto), no hay "fa-

ros" al decir de Bourdieu (Borges, pero no con la algarabía del descubrimiento), estamos inmersos en un ambiente signado por la crisis de modelos teóricos, no tenemos la certeza de un camino que nos lleve hacia el lugar porque tampoco estamos seguros del lugar. Y lo que puede ser un benévolo viento foucaultiano es también, y muchas veces, desconcierto.<sup>3</sup>

Por estas cosas y por algunas otras pareciera que los jóvenes intelectuales del '80 somos efectivamente más lo que seremos, algo que se intuye, antes que un grupo con obras y proyectos que nos avalen.

Pero si enfrentamos las dificultades y asumimos nuestra existencia aunque más no sea como aspiración, es legítimo preguntarse quiénes somos, por qué respondemos a esta caracterización retorcida, problemática. Por qué somos lo que somos o, mejor, por qué todavía no podemos ser. Creo que hay respuestas y tal vez muchas parecerán obvias, pero no obstante entiendo que es necesario reflexionar sobre ellas e incorporarlas productivamente. La posibilidad de ser excluye tanto el entierro como la glorificación de la historia reciente: ni borrón y cuenta nueva, ni la construcción de otro edificio mítico para ser adorado.

Posiblemente el porqué somos se conteste insistiendo en el quiénes. Más precisamente, tratando de descubrirnos, de animarnos a mirar nuestro pasado inmediato, intentando repensar (¿o pensar?) nuestra corta experiencia (en realidad nuestra larga experiencia: toda ella de iniciación).

Estamos cansados y somos menos jóvenes que otros (los del '60, por ejemplo), doblemente menos jóvenes. Porque efectivamente algunos tenemos casi treinta o más de treinta y porque estos años nos hicieron envejecer. Somos hombres maduros porque vivimos en el horror, no necesariamente en el horror de los campos; también en el del exilio, en el del miedo constante a la muerte física y a la otra: la de sobrevivir vegetando, resignados. Y aunque tengamos en nuestros ojos o en algún recóndito lugar de la conciencia las marcas de nuestra vejez prematura, somos intelectuales en pañales. Casi no existimos, somos lo que vamos a ser si podemos juntar las hojas de los libros que quemamos o que simplemente no pudimos leer. Y así y todo los que lleguen a serlo no serán quizás los mejores de los que podrían haber sido; serán (o seremos) los sobrevivientes, y dos veces sobrevivientes: porque estamos vivos y porque pudimos continuar con algunas lecturas.

Como algunas personas, como lo fueron muchos intelectuales argentinos, creo que nosotros podemos considerarnos casi autodidactos. Pero un nuevo tipo de autodidacto en una época en la que esta especie se está extinguiendo. Y digo nuevo tipo porque algunos estábamos en la universidad pero no era en ese lugar donde podíamos formarnos. No era allí donde podíamos encontrar qué leer. Nuestras lecturas eran extrauniversitarias, desordenadas, solitarias, con poca posibilidad de discusión.

Pero sí, como decía antes, no tuvimos modelos, "padres", algunos encontramos hermanos mayores que hicieron menos ardua esa marcha con destino incierto por la que nadie (ni nosotros) se animaba a apostar. En una Buenos Aires donde los ámbitos públicos de discusión estaban reducidos al mínimo, unos pocos y dispersos intelectuales (exiliados internos) reunían en anónimas habitaciones pequeños grupos de jóvenes que persistían en llenar el vacío que, como único bien, les proporcionaba la universidad. Hermanos mayores porque estos intelectuales que habían publicado o quizás tuvieron una cátedra universitaria tampoco eran grandes consagrados. Podrían haberlo sido pero la ruptura de la trama de relaciones habitual en períodos más propicios, la desinformación, el silencio, habían creado un espacio en blanco entre ellos y sus lectores potenciales. Eran, además, miembros de los restos de un campo intelectual que por razones de supervivencia había reforzado sus lazos corporativos.

Solitarios como las cúpulas de los edificios abandonados los más jóvenes nos adherimos a ellos con todos los brazos posibles. Eran intelectuales con biblioteca, poseían una enciclopedia que nos permitió ordenar nuestras lecturas dispersas y descubrir otras. Discípulos, tal vez amigos de algunos grandes ausentes, nos enteraban de sus obras y también de cierto anecdótico. Aun en esos aspectos de lo cotidiano parecían intentar el retejido de una trama que indudablemente se había logrado cortar. Huérfanos, encontramos en estos padres sustitutos la posibilidad de enterarnos de la existencia de un mundo intelectual que no llegaba a la universidad. Así y todo, los que hacíamos estas actividades éramos pocos.

Por eso creo que conformamos una élite, una triste élite desarticulada, una élite de los que pudieron seguir caminando. Una élite que no es para nada gloriosa como suelen ser la de los jóvenes intelectuales que descubren la pólvora. Por el contrario es gris, ocupa los bancos de una oscura sala de espera y parece por momentos ser desesperanzada. Aunque, probablemente, el principal motivo de la persistencia sea una esperanza, pero no la esperanza bullanguera y hasta a veces agresiva común a los jóvenes, ésta no es explícita, es casi secreta y solamente se adivina por la intención de hacer.

¿Es que podríamos, por ejemplo, ser parricidas (que aunque suene paradójico sabe ser una saludable costumbre para la vida intelectual), huérfanos como somos? ¿Podemos emprenderla con nuestros hermanos mayores cuando todavía no hemos podido despegarnos de su influencia? Pienso no obstante que debemos diferenciarnos porque a veces nos oponemos sin producción y otras nos mimetizamos con ellos. Y ésta es otra buena oportunidad para responder a la pregunta "quiénes somos". Además de contar con una escasa producción y una deficiente formación, de poseer una casi inexistente presencia en el campo intelectual, tenemos otra historia de vida. Si nuestros hermanos mayores reniegan apasionadamente de antiguos amores creo que nosotros podemos ser más serenos aunque no menos críticos en el rechazo. Posiblemente podamos revisar más desprejuiciadamente esa cultura de izquierda de los años '60 de la que ellos fueron protagonistas y hacedores. Y también mirarla con cierta distancia quizás porque no estuvimos en ese tiempo de sueños en el que se edificaban paraísos. Los pedestales y los altares ya habían sido construidos cuando nosotros llegamos (y ya se veía en algunos signos de su deterioro), las ceremonias y el resto de la simbología que ayudaron a levantar nuestros hermanos mayores estaban en el principio de su decadencia. Llegaba la hora de la acción: más que ellos quizás sentíamos la inminencia de un cambio; a diferencia de ellos nuestra cultura política era muchas veces arreflexiva y por qué no, casi exclusivamente militar. Era el momento en que se resolvía la contradicción que aquejaba a muchos intelectuales de los '60: producción intelectual militante o militancia a secas. Parecía haber triunfado el segundo término de la ecuación y muchos de nosotros éramos el extremo práctico de un proceso que había comenzado alrededor de 1958.

Quizás sean éstas, junto con la censura y la crisis editorial, algunas de las varias razones que expliquen nuestra improductividad. Aunque si es por las últimas podríamos tener obras acumuladas en los cajones de nuestros escritorios. Podríamos haber soñado algún texto genial en medio del vacío que afloraría con el fin de las restricciones. Entiendo que no fue así. En vano buscamos y sólo encontramos escrituras asistemáticas, desordenadas. Solos, ni siquiera pudimos ser buenos cultores del género epistolar. Algunos poetas preocupados se salvan de este panorama poco feliz, pero creo que no ocurre lo mismo con los narradores y supongo que tampoco es diferente la situación de los ensayistas.<sup>4</sup>

Y si algunas cosas mejoran (las editoriales, por ejem-

plo, o las condiciones que permiten la aparición de revistas) nuestra producción aparecerá (probablemente esté apareciendo) junto a gente más joven, a los "adolescentes del proceso" y por eso nos convertiremos en una generación ságuiche. Por un lado nuestros hermanos mayores que legítimamente están ocupando las posiciones de un campo intelectual que trabajosa y conflictivamente se está rearmando y por el otro los jóvenes marcados por Malvinas. Los que quizás y pese a todo tengan características más alentadoras por haber comenzado su proceso de iniciación en un clima de apertura, de discusión pública y de nuevas lecturas. En el medio, nosotros: preguntándonos si realmente tenemos algo para decir.

Si más que intelectuales somos aspirantes a serlo, si tampoco somos los mejores sino los sobrevivientes, si estamos huérfanos de paternidad intelectual, si tenemos una pequeña y a veces desordenada enciclopedia, si somos pocos e improductivos, el interrogante puede pensarse como algo más que una simple coquetería nihilista. ¿Tenemos algo para decir? y antes que eso: ¿hay elementos compartidos más allá de algunas características nada alentadoras? Pienso que sí. En principio muchas de esas características forman parte de un conflictivo proceso de iniciación en el que estamos todavía inmersos. Es por eso que en el murmullo de nuestras voces no se pueden escuchar proyectos, pero sí se intuyen ciertos elementos a los que no llamaría ideológicos sino conformadores de un clima de ideas común.

Nosotros, como muchos intelectuales (y seguramente como todos los que aspiran a serlo), como el narrador de la biblioteca de Babel de Borges, peregrinamos en busca de El libro, del Catálogo de catálogos, pero quizás antes que otros comprendimos los peligros que trae la ilusión del hallazgo. Vemos como nos ven los otros, dice Bloom en el *Ulises*, y es costumbre que practican algunos viejos sabios. Por los avatares (quizás los beneficios) de una vida poco exitosa intuimos ciertos aspectos de esta cuestión: una mirada no parece ser otra cosa que eso y simplemente eso: un recorte parcial. Quiero decir en otras palabras que si no podemos ser intolerantes o autoritarios —significante que pareciera vaciarse por el uso indiscriminado pero que hay que rescatar— por haber sufrido los extremos más aberrantes de esas conductas, tampoco podemos pensarlos dogmáticos ni soberbios. Tal vez aprenderemos, por fin, a ser buenos ateos de todos los dioses.

Ahora bien, estas características seguramente influirán en nuestra producción futura. Nada de lo que se escriba puede ser extraño a la historia de vida de los productores y esa biografía no es extraña a la historia. Eso se verá. Por el momento, no sería arriesgado pensar que en el anonimato de nuestra obligada espera hemos discutido sobre algunas cuestiones. Supongo que existirán cosas que nos preocupan, sobre las que tendremos algo para decir.

De ser así, de concretarse lo que sólo aparece como inquietud, muy probablemente se produzcan refrotamientos de textos y autores olvidados o la revisión de la historia para intentar "construir" un pasado que avale los nuevos aires. Mientras tanto, creo que en ese camino es posible reconocernos. Es deseable pensarnos en el marco de ese clima compartido, de ese sentimiento generador, quizás, de una conciencia democrática, transformadora e irremediablemente libertaria.

## Notas

<sup>1</sup> En 1983, por ejemplo la colección "Nuevas Propuestas" (hoy interrumpida) del Centro Editor de América Latina, publica cuatro o cinco títulos nuevos de diferentes autores. De esos autores sólo dos publicaban por primera vez: Carlos Dámaso Martínez y Elvio Gandolfo. Así y todo estos nombres están más asociados por trayectoria y actividades previas a la publicación a intelectuales iniciados en la última etapa de la década del '60.

<sup>2</sup> Dicen que no todo lo que brilla es oro y puede que sea así. En abril de 1963, en el No. 8 de la revista *Hoy en la cultura*, Pedro Orgambide publicaba un artículo titulado "La gran frustración" en donde se describen las desdichas de los jóvenes intelectuales de ese período ante la irrupción de un clima consumista. Clima que peligrosamente podía llevar a transformar a los nuevos intelectuales en "jóvenes ejecutivos en un mundo gobernado por la alienación, la Alianza para el Progreso, el Estudio de Mercados, la psicotecnia, la sociometría, la música funcional". Implícita y a veces abiertamente se menciona una época de oro en donde esto no ocurría.

Evidentemente el clima que había producido la incorporación de nuestro país a la sociedad de consumo era nuevo. Y se reflejaba o mejor afectaba a los artistas, que para sobrevivir debían realizar actividades poco dignas, alienantes: escritores que deben trabajar en agencias de publicidad (cita a David Viñas), pintores que desempeñaban el mismo y nada gratificante oficio, actores que "por cuestiones económicas... habían dejado el teatro independiente y mendigaban algún 'bolo' en la televisión", etcétera.

Se comprende el temor ante el clima consumista. Aunque desde hoy (no tenía por qué saberlo Orgambide) es posible suponer que ese ambiente generó el fenómeno EUDEBA, *Primera Plana* y seguramente también tuvo algo que ver en el boom.

Pero la angustia de Orgambide tiene diferentes bases que las nuestras. Aquellos que con todo derecho veían un futuro negro habían publicado en su mayoría; Viñas, quien tuvo que trabajar en una agencia de publicidad, lo había hecho; también Constantini que tenía que escribir fotonovelas para vivir, lo mismo Manauta que trabajaba en un aserradero del Tigre. Y si Abelardo Castillo no conseguía lugar para estrenar su obra *Israfil*, acababa de ganar (como lo aclara un recuadro del mismo artículo) un primer premio internacional de autores dramáticos latinoamericanos contemporáneos, organizado por la UNESCO. Los frustrados tenían tras de sí publicaciones y premios. Ya eran y tenían miedo de dejar de ser. Nosotros no somos y si se nos ocurre temerle a algo será al no poder ser.

El artículo nos permite ver que en los paraísos también hay problemas y sobre todo (insisto) que las diferencias en cuanto a la inserción (problemática o no) en el campo intelectual entre esos años y éstos evidentemente existen.

<sup>3</sup> En un artículo de *La Razón* (10-2-85), Oscar Terán se pregunta por qué los argentinos no tuvimos "nuestros años Foucault", si "solamente se debió a la barbarie represiva de los últimos años". Yo no puedo contestar a esa pregunta. En lo que obviamente hay que coincidir es en la inexistencia de "años Foucault". Evidentemente muchos de nosotros desconocíamos a Foucault (por lo menos no lo leímos con la intensidad que supone la existencia de años Foucault). De todas maneras yo arriesgaría que en estos últimos años (dos o tres o cuatro) los que se permitieron interrogar críticamente al pasado inmediato generaron un clima pre Foucault. Un clima en el que dolorosa y tímidamente se aprendía a "hablar de la otredad". Una zona indefinida en la que también conviven el desconcierto y elementos autoritarios.

<sup>4</sup> Aun con este marco desalentador se hicieron algunas cosas. Alrededor de 1978 aparecen en Buenos Aires una considerable cantidad de revistas literarias o culturales (recordar la mesa de subterráneas existente en La casaca de Iván Grondona). En el diario, *La Opinión* del 1º de abril de 1979, una nota que ocupa la parte más destacada del suplemento cultural da cuenta de esta presencia.

Estas revistas nuevas, sin una orientación muy definida (salvo *El Ornitorrinco* y *Punto de Vista*), generalmente hechas por jóvenes, representaron evidentemente un gesto de resistencia cultural ante el vacío provocado por la dictadura. Gesto heroico y desesperado que parecía intentar un "aquí estamos pese a todo", aun sin tener una noción clara sobre quiénes constituían el nosotros.

De todos modos no pasó de ser un intento que en el marco de precariedad de las condiciones existentes se fue diluyendo. Precisamente es esta situación de precariedad la que puede explicar la inexistencia de elementos propios, originales en algunas de estas revistas que parecían ubicarse en el marco de la izquierda. Sutilmente, con una ambigüedad a veces perseguida y otras producto de la desinformación se intentaba el rescate de una cultura de izquierda (en el sentido más amplio posible) que parecía (o de hecho había sido) destruida: restos de la cultura de izquierda de los '60. Probablemente no se podía pedir otra cosa que un rescate, la recolección de los restos. Si las condiciones no eran propicias para realizar ninguna actividad, de intentarla el gesto posible, más que la construcción, sería el de rescate: no se podía edificar sobre la nada.

Juan Carlos Tedesco, Cecilia Braslavsky y Ricardo Carciofi. *El proyecto educativo autoritario. Argentina: 1976-1982*. Buenos Aires, FLACSO, 1983, 305 págs.

Desde que en la década de 1880 la educación y la cultura política del país opta oficialmente por un modelo laico y secular, se inicia un largo, al principio lento, proceso de reabsorción que culmina en el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983).

A partir de 1930, el tradicionalismo católico que había sido derrotado en los históricos debates parlamentarios del '80, comienza una rápida ofensiva dirigida a controlar los resortes estatales de la educación y la cultura, apoyándose en las diferentes variantes del autoritarismo militar. Los autoritarismos europeos de entreguerra, especialmente el fascismo y el falangismo, lo dotará ahora de una mística militarizada. Este sesgo es superado en parte, en los '50 y '60, por nuevas formas del integrismo, algunas de las cuales adoptan un barniz tecnocrático. Esta diversidad que se había manifestado en la conducción educativa de la Revolución Argentina vuelve a aparecer durante el Proceso, en el que la permanente inestabilidad de la conducción y las políticas educativas, sólo es compensada por la uniformidad de la represión y la exclusión. Esta etapa de la historia educativa argentina es la que analizan Tedesco,

Braslavsky y Carciofi desde una perspectiva que integra el análisis de los procesos educativos en el marco más amplio de la sociedad y el Estado. Es así como se abordan tres problemáticas específicas: los contenidos ideológicos del currículum escolar, el papel del Estado y la burocracia en la formulación de políticas educativas y finalmente, la relación entre educación y mercado de trabajo. Desde un principio, se señala la ausencia, en nuestro país, de una reflexión sistemática en torno a la relación entre educación-sociedad, así como la dificultad de trasladar las categorías de la teoría de la reproducción al análisis educativo de una formación social, caracterizada por la crisis de hegemonía.

Esa situación, señala Tedesco en el capítulo II, ha tenido como resultado un currículum escolar híbrido, producto de articulaciones ideológicas diversas y un fortalecimiento de la burocracia establecida como mediadora de la crisis.

En el capítulo III, Braslavsky analiza el impacto de las políticas educativas sobre la evolución cuantitativa del sistema; señala que el carácter subsidiario que se asigna al Estado, tuvo como consecuencia una creciente diferenciación y jerarquización interna del sistema, así como el fortalecimiento del sector privado. Se plantea la necesidad de conocer las articulaciones entre la burocracia, las instituciones y grupos de poder de la sociedad civil, que permitan explicar la articulación social de las diferentes políticas educativas.

En el capítulo III, Carciofi trata de elaborar un programa de investigación alternativa a la teoría del capital humano que ha reducido las relaciones educación-sociedad a fenómenos de mercado. Evitando utilizar el concepto de tasa de retorno, en su versión mole-

cular de ajuste entre la formación y el puesto de trabajo, toma distancia de la teoría mencionada ubicándose en la perspectiva de la disputa social por la distribución del ingreso. Retomando el camino desde el enfoque de las relaciones sociales, la tasa de retorno se transforma así en retorno social, que aparece ahora vinculado al valor socializador e integrador de la educación.

En los tres autores que hemos reseñado está presente la necesidad de reinserir la problemática educativa en el campo más vasto de las relaciones sociales, el carácter del Estado y la problemática de la ideología. Es éste un camino fértil que habrá que transitar en futuras investigaciones, para revelar los mecanismos y reconocer los espacios de los que el integrismo de derecha se ha apropiado con el objeto de impedir fundar una sociedad secularizada y plural.

Carlos Pedro Krotzsch

*Historia de las ideas políticas, económicas y sociales. El siglo XX, primera parte, dirigida por Luigi Firpo, México, Folios Ediciones, 1984, 300 págs.*

A decir verdad, no es fácil encontrar al alcance del público culto y aun especializado, una obra en nuestro idioma que nos permita reconstruir la historia de las ideas políticas, económicas y sociales en su especificidad y mutua trabazón. La especialización cada vez más pronunciada del saber acaba autonomizando un conjunto de disciplinas que aparentan desarrollarse por sí mismas, dando respuestas a las preguntas que ellas mismas se plantean, sin relación clara con las otras dimensiones del saber y con la realidad única que les da

sentido y razón de ser. La *Historia de las ideas políticas, económicas y sociales*, redactada por un conjunto de especialistas y bajo la coordinación general de Luigi Firpo, profesor de Historia de las Doctrinas Políticas de la Universidad de Turín, se propuso cubrir esta ausencia con una obra colectiva de vasto aliento, que en su versión italiana original aún está en curso de publicación.

Acorde con el criterio de la edición italiana, Folios Ediciones de México inicia la publicación del grueso tomo dedicado al siglo XX, cuya primera parte, de las tres en que está dividido, circula ya en las librerías porteñas. En este primer volumen se reúnen trabajos de Alessandro Pizzorno ("Sistema social y clase política"), Dora Marucco ("El sindicalismo"), Pietro Scoppola ("La democracia en el pensamiento católico del siglo XX") y Valerio Zanone ("El liberalismo moderno"). Correctamente vertidos al español y con una extensa bibliografía en la que se incluyen las referencias en nuestro idioma, esta primera parte constituye por sí misma un texto de obligada consulta por la seriedad en el enfoque de corrientes ideales sobre las que no siempre abundan materiales de consulta. Debemos lamentar, sin embargo, que una empresa cultural de la magnitud de la que con oportunidad y buen juicio ha iniciado Folios, no haya contado con una nota introductoria que informe al lector de su vastedad e importancia. Si anotamos simplemente que la colección abarcará en español no menos de 25 volúmenes, podrá advertirse hasta dónde tal nota era imprescindible. A título informativo, señalamos que las dos partes restantes del tomo dedicado a nuestro siglo, que aparecerán en este año, contienen trabajos sobre los siguientes temas, los

totalitarismos; el pensamiento comunista después de Lenin; el federalismo; el pensamiento económico del siglo XX; la filosofía de la política; el pensamiento sociológico; la ciencia política; la ciencia y la filosofía del derecho, y perspectivas del pensamiento político contemporáneo.

J. A.

**Helmut Dahmer, *Libido y sociedad. Estudios sobre Freud y la izquierda freudiana*, México, Siglo XXI, 1983.**

La publicación de esta obra (tardía: la edición alemana es de 1973) "vuelve" a traernos la cuestión de la relación entre psicoanálisis y marxismo. Y no viene mal que lo haga si atendemos a la gravitación que tuvo ese campo de problemas en nuestro medio hacia los años '70, y al vacío presente de estudios que se inquieten por lo que significó ese pasado "cuestionador" del psicoanálisis porteño, bastante reciente en el tiempo y, a la vez, bien alejado de sus rasgos actuales.

Dahmer no disimula la toma de posición que lo orienta; ante todo, la postulación del psicoanálisis y el marxismo como "las dos grandes teorías críticas de nuestro tiempo". Una primera generación de psicoanalistas, integrantes de eso que P. Robinson llamó "la izquierda freudiana" habría coincidido—según Dahmer—en el intento de combinar un psicoanálisis "naturalista" con una filosofía materialista de la historia. Pero son Adorno y Marcuse los que inauguran la tarea de una "reinterpretación del psicoanálisis como una ciencia social de tipo hermenéutico-dialéctico" (p. 12). Es en esta tradición, en todo caso, que Dahmer viene a situar sus textos.

La primera parte intenta

un "rescate" del contenido social de la obra de Freud; a partir de las nociones iniciales dominadas por la física y la neurología, "la explicación de la historia desemboca en el proyecto de una teoría de la socialización y la 'cultura'... Las neurosis son heridas producidas por la socialización malograda" (p. 56). Armado con estos supuestos, el autor emprende una lectura de *El porvenir de una ilusión* que le permite desarrollar la confrontación entre el psicoanálisis, como teoría crítica de la cultura, y las tesis del materialismo histórico. Y si algunas observaciones son dignas de ser consideradas, el conjunto se resiente por el presupuesto básico de que forman parte de un campo homogéneo de problemas.

La segunda parte, destinada a "psicoanálisis y marxismo" resulta, sin duda, más importante para una consideración histórica de la cuestión. Si las diversas tomas de posición de Freud respecto del marxismo son bien conocidas, no puede decirse lo mismo del estudio, bien documentado, que dedica a las vicisitudes del psicoanálisis en la URSS en las dos décadas posteriores a la Revolución de Octubre, a partir de aquellos comienzos en que, para algunos, como "teoría materialista y sexual revolucionaria", podía esperar una suerte favorable en un proyecto de transformación social y cultural.

El libro incluye una exposición bastante extensa de las contribuciones de los psicoanalistas de orientación marxista (W. Reich, E. Fromm, S. Bernfeld y O. Fenichel), entre 1925 y 1935, con un desarrollo adicional de la "economía sexual" reichiana, y culmina con una extensa bibliografía que es una fuente indispensable para investigar un espacio de problemas teóricos, ideológicos y culturales que constituyen un capítulo en

blanco, no sólo en la historia del psicoanálisis sino, también, de la cultura "de izquierda". Pero no es a ese propósito al que apuntan las tesis de Dahmer, que aparecen—leídas hoy—un tanto envejecidas e incapaces de advertir que también las empresas de "refundación crítica" tienen una historia.

H. V.

**Unidos, Buenos Aires, diciembre de 1984, n° 4, 125 págs.**

Si hubiera que encontrar una frase que resumiera el empeño que alienta, si no a todos, a la mayoría de los artículos de esta revista peronista, ninguna parece más apropiada que la exhortación final del escrito de Alvaro Abós: que el peronismo deje de "dialogar con las sombras para dialogar con la sociedad". El punto de partida común, reconocible aunque no siempre explícito, de casi todas las colaboraciones de *Unidos* es la crisis del peronismo, una crisis de identidad que resulta difícil de atribuir a la derrota electoral del '83. Más allá de ese punto de partida—y de la convicción igualmente compartida de que el peronismo sigue siendo no sólo el movimiento popular por excelencia, sino el eje (virtual al menos) para todo proyecto de transformaciones sociales avanzadas en el país—, los temas de los artículos así como las pistas que algunos de ellos sugieren para superar la crisis actual, proporcionan un registro matizado de posiciones. Más o menos innovadores respecto de la tradición intelectual del peronismo, esos artículos tienen el mérito de eludir las fórmulas más fáciles y complacientes—el "chivo emisario" o el agente exterior—al analizar los problemas presentes del movimiento fundado por Perón.

Los más heterodoxos son,

sin duda, el trabajo de Alvaro Abós y el de Vicente Palermo (en realidad se trata de la segunda parte de un ensayo iniciado en el número anterior de la revista). El primero, "De lo plebeyo a lo social", traza una imagen crítica—y provocativa—de lo que considera rasgos anacrónicos en la cultura política del peronismo, residuos de la etapa plebeya del movimiento, pero cuyo peso le impediría hoy recibir y dar forma a los impulsos renovadores nacidos en la sociedad argentina tras la experiencia de la última década. Ante ese peronismo anclado en el pasado y ensimismado en sus propios mitos, sólo quedaría la alternativa de un peronismo recreado a través de la comunicación con la realidad social y cultural emergente después del experimento autoritario. El artículo de Palermo, "Construcción del poder popular", tiene como horizonte de referencia un espacio que ya no es exclusivamente el del peronismo, sino el campo de lo popular. Si los dos partidos mayoritarios aparecen como componentes básicos de ese espacio, éste no se agota en ellos, ni todos los sectores del radicalismo y el peronismo entran por igual en el campo de lo popular. Sobre esta línea, familiar para el discurso peronista, Palermo se esfuerza por encabalar otros dos modelos de agregación y representación política: el del sistema de partidos y el de los llamados movimientos sociales. Obviamente, la idea nacional-popular, la del sistema de partidos y la de los movimientos sociales no hacen muy buenas migas entre sí. Pero únicamente esta dinámica llena de tensiones entre formas heterogéneas de hacer política permitiría, según Palermo, construir una sociedad más justa a través de las instituciones, pero también del debate y el conflicto.

C. A.

*Fascismo, democracia y frente popular. VII Congreso de la Internacional Comunista, Cuadernos de Pasado y Presente, num. 76, México, 1984, 495 págs.*

El mentado congreso comunista de 1935 reaparece continuamente en el debate teórico e histórico como un momento crucial no sólo en la vida de las formaciones de ese signo político, sino también en la lucha del movimiento obrero y popular de entreguerras contra el fascismo. La misma discusión actual acerca de los caminos al socialismo, de la relación entre democracia y socialismo, y de la táctica y estrategia que se plantean aquellos movimientos vinculados de algún modo con la herencia de la Internacional Comunista, remiten a este acontecimiento y a lo que él pudo haber encerrado de potencialidades desaprovechadas o de limitaciones no resueltas. Más en particular, y respecto de la realidad latinoamericana, buena parte de la crítica de la izquierda de matriz trotskista, y de lo que se ha dado en llamar el "socialismo nacional", sitúa en el privilegiamiento de la lucha antifascista y en la formulación estratégica de los "frentes populares" que arrancan de tal congreso, el renunciamiento a la acción antiimperialista que caracterizó por más de una década la acción de los comunistas latinoamericanos y del que el "browderismo" fue su previsible desembocadura. Entre la propuesta de un frente amplio de clases lanzada en 1935 y la teorización del dirigente comunista norteamericano Earl Browder sobre un mundo de posguerra, en el que el imperialismo yanqui y la Unión Soviética concertarían de común acuerdo la construcción de un orden democrático y justo, la izquierda revolucionaria no

comunista estableció una relación directa, una vinculación de causa a efecto, de modo tal que la condena de esta visión idílica involucró necesariamente a la propuesta frentista. Sin embargo, y es ésta una paradoja sobre la que bien vale reflexionar, cincuenta años después de ese congreso, la izquierda no ha logrado desembarazarse de la lógica de hierro de las dos formulaciones estratégicas de la Comintern. Y el rechazo de la hipótesis del frente popular elaborada en el VII Congreso concluye finalmente exhumando diversas modalidades de ese clasismo estrecho que alcanzó en la propuesta de "clase contra clase" lanzada por el anterior congreso de 1928 su punto extremo de aislamiento sectario.

¿Es posible alcanzar hoy un juicio histórico, basado en una estricta indagación historiográfica, que permita una relación menos maniquea con la reflexión teóri-

ca? El énfasis puesto por el informe de Dimitrov en el reconocimiento del valor fundamental de la iniciativa política, ¿significaba o no una modificación de la hipótesis leninista que inspiró los congresos anteriores? Dicho de otro modo, ¿el congreso del '35 fue un simple viraje táctico o introdujo elementos de novedad con respecto al patrimonio ideológico de la Internacional Comunista? Cualesquiera sean las respuestas a estos interrogantes es innegable que la sustitución de la propuesta del frente único por la del frente popular encerraba una nueva manera de concebir la relación entre clase y pueblo. Una manera que, como señala con justeza Franco De Felice en su introducción, privilegia la primacía de la política como el único terreno que permite al proletariado postularse como clase *general* y eje de una reorganización social de conjunto.

El presente volumen, que concluye la publicación de los documentos emanados de los siete congresos de la Comintern hace años emprendida por los Cuadernos de Pasado y Presente, es enriquecido con la acertada inclusión de las intervenciones de los delegados latinoamericanos. La extensa introducción del historiador comunista italiano Franco De Felice analiza con agudeza crítica y riqueza de análisis los hallazgos y debilidades de una elaboración teórica y política que, en lo referido a nuestra realidad, mostró una singular incapacidad de penetración. Porque al colocar como terreno de referencia principal el enfrentamiento clásico en las áreas capitalistas avanzadas, tal elaboración menospreció ese gran nudo problemático de la relación entre movimiento obrero y cuestión colonial.

A. Z.



## SUMARIO

La democracia en América latina, por Fernando Henrique Cardoso	1	Ansay, o los vericuetos de la narración, por Sergio Chejfec	40
El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional, por Tulio Halperín Donghi	8	Un clásico de la derecha, por Albino Zeni	42
"Duraciones" y "paradigmas" en la escuela de los "Annales", por Juan Carlos Korol	18	Retrato de una generación ausente, por Lucas Rubinch	44
Cultura y moral: el amor y la sexualidad en Occidente, por Hugo Vezzetti	26	<b>MINIMA</b>	
Kant: crítica y modernidad, por Jorge Eugenio Dotti	29	"El proyecto educativo autoritario. Argentina: 1976-1982", de J.C. Tedesco, C. Braslavsky y R. Carciofi; por Carlos Pedro Krotsch	47
"A un tero perdido", de Arnaldo Calveyra	35	"Historia de las ideas políticas, económicas y sociales. El siglo XX, primera parte", dirigida por Luigi Firpo; por J.A.	47
<b>LIBROS</b>		"Libido y sociedad. Estudios sobre Freud y la izquierda freudiana", de Helmut Dhamer; por H. V.	48
Una historia de los orígenes del peronismo, por Leandro Gutiérrez	36	"Unidos", por C.A.	49
El otro cambio, los que se fueron, por Graciela Montaldo	37	"Fascismo, democracia y frente popular VII Congreso de la Internacional Comunista", por A.Z.	49